

CÓMO NOS CONTROLAN

EL PODER EN LA VIDA COTIDIANA



FRANCISCO ABAD ALEGRÍA

CÓMO NOS CONTROLAN

EL PODER EN LA VIDA COTIDIANA



FRANCISCO ABAD ALEGRÍA

© Francisco Abad Alegría
zabalegui2@gmail.com

Edita: Francisco Abad Alegría.

Cubierta y contracubierta: Francisco Abad Alegría.

Depósito Legal: Z-340-2017

Diseño, maquetación e impresión: Arascán S.A. Zaragoza.

« ÍNDICE »

JUSTIFICACIÓN

– De qué se trata	11
– El poder como pasión.....	15
– Cómo se explica.....	17

LAS FORMAS DEL PODER

FORMAS MAYORES DE PODER

– Poder y autoridad	21
· Poder opresor de la autoridad.....	22
· Efectos irreversibles del poder	22
· Abusos.....	23
· Abuso institucionalizado.....	23
– Poder de la información	25
· Información sobre las personas	26
· Información perjudicial.....	26
· Indagación para obtener poder.....	27

– Poder político	29
· La condición del político.....	29
· Nepotismo.....	30
· Participación ficticia en el poder.....	30
· Abuso de la representatividad.....	32
– Poder religioso	33
· Poder eclesiástico.....	33
· Manipulación social con lenguaje religioso.....	37
– Poder académico	40
· Universidad.....	40
· Formación preuniversitaria e ingeniería social.....	40
– Poder mediático	43
· Ocultación de la realidad.....	44
· Dificultades para información veraz y objetiva.....	44
· Delimitación del ámbito informativo.....	45
– Poder de la manada	47
· Neuronas espejo.....	47
· La manada al poder.....	48
· La gran repartidera.....	49
· Sumisión a la opinión general programada.....	53
· Olor a sangre.....	54
– Poder del sexo	56
· Impulso sexual.....	56
· El sexo femenino como clase social.....	58
· La mujer como arma de invasión.....	60
· Ideología de género.....	61
– Poder irresistible	62
· Fuerza directa.....	62
· Fuerza secreta.....	63
· La envidia.....	64
· Imposición normativa.....	65

FORMAS COTIDIANAS DE CONTROL

– Poder familiar	71
· Poder sobre los familiares.....	71
· Poder de los familiares.....	72
· Bomba de detonación retardada.....	72
– Poder de la familiaridad en el trato	76
· El gesto y la actitud.....	76
· El tratamiento.....	77
· Eufemismos familiarizantes.....	79
· Sustituciones intencionadas.....	80
– Poder de las dádivas	80
· Táctica calculada.....	81
· El meollo de la cortesía.....	81
– Poder de la palabra	82
· Forma de bloquear la relación.....	82
· El tono.....	83
· Ortodoxia lingüística y clasismo.....	84
· Falseamiento verbal intencionado.....	84
· Manipulación política.....	86
· La actitud como acompañamiento.....	88
– Poder del silencio	89
· Comunicación.....	89
· Autoritarismo.....	89
· Agresión.....	90
– Poder de la debilidad	91
· Debilidad como táctica.....	92
· Debilidad opresora.....	93

– Poder de la broma	94
· Humor y broma.....	94
· Broma autoexculpatoria.....	94
· Invalidación de cualidades ajenas.....	96
· Destruir la autoestima.....	97
· Cambio de registro.....	98
· Cómo maniatar al prójimo.....	99
– Poder del rencor	100
· Sentimiento normal.....	100
· Rencor fomentado.....	101
· Odio.....	101
· Venganza controlando la propia vida.....	102
– Poder de la edad	104
· Niñez.....	104
· Adolescencia y juventud.....	106
· Vida adulta.....	110
· Involución.....	110
– Poder de la secta	113
· Concepto de secta.....	113
· Libertad personal.....	115
· Sectas en la vida cotidiana.....	115
· El club.....	117
· Estructuras sectarias secretas.....	118
– Poder del autismo electrónico	120
· Televisión.....	121
· Teléfono móvil.....	124
· Ordenador.....	126

ARGUCIAS DEL CONTRAPODER

– Empujan y empujan	131
– Recetario práctico	134
· Gobierno de la sociedad	134
· Relaciones eclesiales.....	134
· Relaciones interpersonales.....	136
· Servicio.....	137
· Trabajo.....	138
· Voto	138
· Igualitarismo	139

CONCLUSIÓN	141
------------------	-----

« JUSTIFICACIÓN »

DE QUÉ SE TRATA

Estas páginas pretenden mostrar en parte de qué modo nos someten, manejando a las personas y la sociedad y disfrazando al tiempo la pasión controladora con expresiones populares o simulacros participativos, especialmente en la cercana vida cotidiana. Se pretenden mostrar algunas realidades que tenemos delante de los ojos, pero que por la pura costumbre de sufrirlas no percibimos con claridad. No hay afán de originalidad; lo dicho está disperso en muchas páginas sabias, en conversaciones sustanciosas y hasta en charlas de bar. El poder de verdad se impone por sí mismo y se alimenta aprovechando los restos de los humanos transformados en ganado, como el *soylent green* de aquella trágica película¹ en que se recicla para alimento humano a los cadáveres también humanos. Si alguien tuviera la fórmula para librarse del poder, no la daría: sería el amo. Se hace una llana reflexión, intencionadamente nada académica, sobre el poder controlador, en una labor de sistematización que se pretende útil, especialmente a las personas jóvenes, ayudándoles a evitar ser

¹ *Cuando el destino nos alcance*, 1973, dirigida por Richard Fleicher y protagonizada por Charlton Heston, Edward G. Robinson y Leigh Taylor-Young.

atravesadas con un largo alfiler y colocadas en el lugar correspondiente de la colección de insectos del dueño del museo de los horrores de la ordenación de la sociedad.

Cuando el camino se va acabando, es normal pensar en el cúmulo de errores al que llamamos pomposamente *la propia vida*. Sistematizar tan nefastas experiencias produce un cierto placer, ya que se descubren indicios de orden en el aparente desorden vital. Y el orden facilita la comprensión, aunque no siempre la excusa o exculpación. Cuando se comprende, mengua la ansiedad, la sensación de ser hoja marchita llevada por el viento a un desconocido destino, generalmente el cubo de la basura. Contemplar la ingenuidad con que nos enfrentamos a la vida, es enternecedor y forma parte también de otro fenómeno de comprensión, lo que llamamos aprendizaje. Y eso es muy bueno, siempre que se llegue a tiempo. Cuando de un error importante se deriva una consecuencia irreversible que condicionará en buena parte el futuro, el aprendizaje obtenido no sirve absolutamente para nada, es estéril. Y la conciencia ética se rebela: no deberíamos permitir, si es posible impedirlo, que a otros les ocurra lo mismo. Hay que evitar a los optimistas los mapas–derroteros engañosos o letales; un pesimista es un optimista bien informado.

Una de las causas de sufrimiento irreparable es la reflexión sobre lo que no se hizo y pudo o debió hacerse. Tres son las causas más importantes que impiden actuar libremente ante una oportunidad vital: El miedo a lo desconocido, la sensación de incapacidad para afrontar una nueva situación y la presión externa causada por personas o circunstancias. El miedo a lo desconocido es parte de un modo de ser, pero frecuentemente también –con demasiada frecuencia– una actitud socialmente inducida que anida en los espíritus más vulnerables. Dicen que Colón no se habría lanzado al Descubrimiento con la sola hipótesis de un acceso por el oeste a las tierras de las especias y que algún retazo cartográfico o descripción desconocida para el común de la población, pudo ser decisivo para acabar de animarle a la empresa. A veces las empresas u oportunidades desconocidas se pueden presentar con acentos de imposibilidad fomentados por quienes manejan las cosas, con objeto de descartar posibles

competidores. La sensación de incapacidad es una de las constantes más influenciadas por los poderes, especialmente el familiar, laboral y académico; muchas veces es real –alguien con escasa inteligencia matemática no puede salir airoso en el campo de la ingeniería– pero otras el poder, los poderes, han podido literalmente triturar a la persona, por diversos motivos, destruyendo su autoestima, con lo que la sensación de incapacidad no será selectiva para una habilidad o conocimiento, sino generalizada: a esta persona la llamamos *perdedor universal*.

Respecto a los impedimentos coercitivos externos, no hay mucho que decir: *Si te atreves a presentarte a esta oposición, yo me encargo de que no la saques y además estarás vetado en las siguientes mientras yo tenga poder* –por ejemplo–. De las coerciones directas, si son eficaces e invencibles, nadie se puede zafar, salvo ejerciendo una fuerza mayor que la que le impide la actuación, aunque en ese terreno ya se entra en el vidrioso terreno que el Padrino, don Vito Corleone, denominaba *una oferta que no se puede rechazar*. Lo realmente importante es descubrir en qué medida las coerciones ejercidas crónicamente sobre alguien por quienes determinan quién está destinado a mandar y quién a someterse, han conseguido castrar la capacidad real del sujeto; la vida puede dar muchas sorpresas en ese campo.

Lo esencial es que verdad y poder son enemigos irreconciliables. Es posible que les cuenten, como a los de mi generación nos contaron –quiero suponer que con buena intención– que hay tres reglas vitales permanentes: 1. Que la verdad acaba siempre por salir a la luz; 2. Que el tiempo acaba poniendo a cada uno, antes o después, en el lugar que le corresponde; 3. Que el esfuerzo al final siempre tiene su recompensa. Las tres son una absoluta y venenosa mentira; la anestesia administrada en la educación para evitar la rebelión ante el destino injustamente programado. Ahora, hace ya demasiado tiempo, ni siquiera es necesario tal veneno: basta con la despreocupación y la ignorancia más absoluta, fomentada por una deseducación programada con todo detalle, que ha hecho de buena parte de las personas meros individuos de una masa obediente y ovejuna. Estas tres reglas van a ser determinantes para controlar a

las personas por parte del poder; junto con el sexo, creo, son las que van a marcar cómo será nuestra vida.

La verdad, con el paso del tiempo, es cada vez más difícil de sacar a la luz, porque se pierden datos y testimonios y también porque evolucionan o cambian los valores de la sociedad y no se juzga correctamente sobre presupuestos distintos de los que ésta tenía en el momento en que algo ocurrió. Y además a ello ayuda el olvido natural que da el alejamiento de los hechos por el tiempo y el inducido por su voluntaria omisión a cargo de aquellos que transmiten datos de lo ocurrido. El tiempo no solo no acaba poniendo a cada uno en el lugar que le corresponde, sino que es un factor definitivo para falsear el mérito o demérito, las virtudes o los vicios de las personas, para enterrar la verdad.

El primer monje de notable familia genovesa que se hartó de la austeridad del monasterio y decidió empuñar una espada y conquistar para sí y algunos seguidores un pedazo de tierra donde vivir la vida libre y lo más cómodamente posible, fue el fundador de la actual dinastía de los Grimaldi, en el Principado de Mónaco –de ahí lo de *mónaco*, monje–; sus descendientes son ya de sangre real y el territorio un imperio económico con diversidad de negocios. Miguel de Cervantes acabó muriendo en la miseria; los homenajes actuales no le sirven para nada a él, aunque dan brillo a quienes se reúnen en su nombre para otorgar premios o fundar instituciones. Asesinos de todo color han dado nombre a nuevos países y son venerados como heroicos fundadores –y muchos de sus actuales seguidores, además, nos dan lecciones de civismo y justicia–. El inventor del submarino, Isaac Peral, pudo ver en vida cómo en su propio país se le despreciaba y se atribuía el invento a ingeniería extranjera y sigue tan alejado de la mente de sus contemporáneos como de los actuales ciudadanos. El tiempo no pone a cada uno en el lugar que le corresponde, sino en el que ha conquistado, en general por la fuerza, a veces por merecimiento.

Respecto al triunfo final del esfuerzo, nada hay más perverso en la transmisión de valores de domesticación del poder a los súbditos a través del *biempensantismo* –palabra que me invento ahora por la proliferación

de biempensantes que abarrotan calles, diócesis, periódicos y foros de *pensamiento*-. El valor fundamental del esfuerzo, es el autoperfeccionamiento, la ascética de la persona responsable para lograr alcanzar un objetivo vital; en la sociedad real es más bien objeto de burla. La vida es esencialmente injusta y es habitual que grandes esfuerzos acaben en rotundos fracasos, mientras que pequeños movimientos, hechos en tiempo y lugar oportunos, lleven al éxito. La expresión oriental clásica *el clavo que sobresale debe remacharse*, hace alusión a esto de forma descarada; el igualitarismo en los *súbditos* aleja el peligro de perder el poder y si el destacar no se puede evitar sí se puede eliminar o controlar por la fuerza. Al tiempo, vemos a personajillos de minúscula talla intelectual, moral o cultural –a menudo sumando estas tres lamentables cualidades– que no se han desgastado ni en el estudio ni en el trabajo manual, vivir espléndidamente y ser acogidos como seres destacados de la sociedad por sus contemporáneos².

EL PODER COMO PASIÓN

El poder es una pasión inagotable que aumenta con la edad; con el tiempo la gula y la lujuria disminuyen, mientras que el ansia de poder aumenta hasta niveles incontrolables.

La auténtica fuerza del poder es pasar desapercibido, infiltrándose en el pensamiento cotidiano de las personas sin que advirtamos que está ahí. Mas cuando el poder se muestra en toda su crudeza, lo hace sin ocultación, disfruta presentándose a cara descubierta. Quizá lo hace por dos motivos: Intimidar aún más a los gobernados o dirigidos y gozar de la sumisión, de la confirmación de que realmente se posee. Atribuyen a un viejo millonario la expresión de que para nada sirve la riqueza si no se puede hacer ostentación de ella. Y es verdad. Por ejemplo, ¿cuánto caviar puedo tomar al día sin enfermar? ¿cuánto champán de igual modo? ¿cuán-

² *Es situado el inepto en muchos puestos elevados, mientras que los aptos se sientan abajo* (Eclesiastés 10, 6).

tos metros cuadrados de casa puedo habitar cómodamente sin perderme en el edificio, sin sentir la angustia de la soledad? ¿cuánto dinero puedo acumular sin poder contabilizarlo? ¿cuántas amantes puedo disfrutar sin fallecer de agotamiento? ¿cuántos aduladores puedo tener conociendo sus nombres y condición? Abusar de todo eso no da más placer que la pura demostración de poder.

El poder es un valor en sí. La Biblia lo explica bien Génesis 3; es lo que hace que el humano sea *como Dios*, que pretenda ser dueño de su propio destino y sobre todo del ajeno; poder es la capacidad de obligar a otros a actuar o pensar según nuestra propia voluntad. Pero el poder absoluto no existe en el mundo real, aunque la aspiración a él persiste en la raza humana. Por eso nadie estamos libres de ceder ante la tentación de intentar aumentar la porción de poder que nos corresponde por posición o función social, aunque sea en términos modestos, o de desear en el fondo el poder desmesurado e infinito. Es una pasión inexplicable, congénita, pero con enorme capacidad de hacer sufrir a quienes lo buscan y sobre todo a los que lo padecen.

Vivimos inmersos en un mundo de poderes. La mujer ejerce su poder sobre su pareja, por métodos más que obvios; el hombre hace lo propio, por métodos a menudo menos sutiles, pero casi siempre engarzados en la rueda de la supervivencia. El padre y la madre ejercen el poder sobre los hijos, unas veces educándolos y no pocas dirigiéndolos por caminos no necesariamente conducentes a destinos de libertad. El profesor puede dirigir la enseñanza en un sentido o en otro y así ejerce su poder, o lo intenta, sobre el alumnado. El alcalde de un pequeño pueblo puede dañar o beneficiar a un vecino desafecto o un amigo con una decisión arbitraria sobre remodelación de planes urbanos o aplicación de tasas de dudosa definición. El clérigo puede controlar la evolución de su comunidad imponiendo criterios absolutamente personales o a menudo acordes con un pequeño núcleo de la feligresía que le resulta afecta o a su vez le domina. El Presidente de una Comunidad autónoma ejerce su poder decidiendo con la ayuda de sus aliados a qué partidas se destinan los presupuestos, procedentes de la recaudación sobre la totalidad de

la población, y de qué modo se aplica la política fiscal. Y el jefe militar decide sobre la vida y la muerte de sus subordinados a través de una orden. Todo es poder, es decir, capacidad de determinar la conducta propia y la de los demás.

CÓMO SE EXPLICA

La exposición de los mecanismos del poder en la vida cotidiana se hace por medio de dos apartados. El primero se denomina **Formas del poder**. Se refiere a los diversos mecanismos con los que la sociedad en general controla al individuo, condiciona a la persona; se centra en aspectos de la convivencia cotidiana relacionados con el influjo poderoso. El trabajo concluye con un apartado denominado **Argucias del poder y contrapoder**, que pretende sintetizar la esencia de lo ya expuesto en forma de sentencias breves, agrupadas en temas, invitando a la reflexión y la acción defensiva.



AS FORMAS
DEL PODER

« FORMAS MAYORES DEL PODER »

PODER Y AUTORIDAD

Cuando el poder está encaminado a organizar la convivencia social del mejor modo posible o al menos aceptable para el momento y el nivel de capacidades de quien lo ejerce, hablamos de autoridad. Si la autoridad actúa de este modo, lo que hace es prestar un servicio. Tomás de Aquino definía así la actividad normativa que procede del poder–autoridad: *Ordinatio rationis ad bonum commune, ab eo qui curam communitatis habet, promulgata*³. Esto es una obviedad y resulta de largo conocido, pero resulta difícil no deslizarse en algún momento en la dinámica del poder como tentación: *puedo, dispongo, obligo*. A veces eso es inofensivo y con demasiada frecuencia pasa desapercibido a los sometidos al poder, aun en sus mínimas formas: *Así me gusta y como nadie se opone, así se hará*. Otras veces el pequeño poder se ejerce sin demasiada reflexión, por la perplejidad o ausencia de criterio bien formado de quien lo ostenta; no es lo ideal pero al menos no es maligno.

³ Ordenación de la razón hacia el bien común, promulgada por quien tiene a su cuidado el gobierno de la sociedad.

Poder opresor de la autoridad

Pero cuando el poder ya se manifiesta como una auténtica fuerza del mal, es al imponer una voluntad objetivamente dañina para las más altas cualidades de la persona humana; cuando el poder limita o condiciona la libertad de albedrío, de pensamiento o de proyecto vital de las personas –que el poder tiende a denominar individuos– ya entra definitivamente en el campo del mal objetivo. Es imperdonable salvo que el agraviado, limitado, condicionado, constreñido, lo haga. Cuando se roba algo, la condición para el perdón del delito es, además del arrepentimiento, la restitución de lo robado, siempre que sea posible o la aplicación de la normativa legal no lo excuse. Si ello no es posible, la culpabilidad del arrepentido puede quedar perdonada, pero el daño objetivamente causado nunca se repara.

Efectos irreversibles del poder

El poder tiene esa cualidad satánica de hacer daños que suponen casi siempre un cierto grado de irreversibilidad: el mal hecho pocas veces puede repararse, ni aún queriendo hacerlo; mucho menos si además no se quiere o no se reconoce la condición natural de personas libres a los sometidos. ¿Cómo reparar los crímenes contra la Humanidad debidos a decisiones de poderosos, cuando estos suponen la muerte, mutilación o traumatización psicológica irreversible de los perjudicados por el mal ejercido? El mal hecho por el poder clama al cielo y –así lo creemos muchos– tendrá reparación en otra dimensión, pero jamás en la presente, en el mundo en el que se aplicó. El daño hecho por el poder suele ser si no imperdonable, irreparable. Ningún arrepentimiento de asesino ha devuelto la vida al asesinado; ninguna limitación de la libertad de expresión, de acción, de instrucción, de pensamiento, se recupera por la conversión de quien ha cometido tales daños. En este sentido, el poder es diabólico. Condiciona y controla las vidas ajenas. Y una sucesión programada de acciones poderosas dirige la evolución de las personas y las sociedades, sin posibilidad de defensa. Por eso es tan repugnante el abuso

del poder. Por eso son tan diferentes poder y autoridad. Por eso tantos humanos nos debatimos en el cieno de la vida real, coloreado por el gris sucio de auténticos asesinos de destinos, mentes y personas.

Abusos

Hay una forma menor del poder que emana de la autoridad: el pequeño abuso, la prebenda injusta que se asume como parte de los derechos de quien ejerce la autoridad. Bien está la deferencia con quien ejerce la autoridad, porque en cierto modo representa a la sociedad que rige y porque es un modo de remuneración en especie. Pero extralimitaciones impuestas ya son asunto distinto. Por ejemplo, a principios de 2016 se encontraron cargos al presupuesto municipal de Zaragoza para gastos de perfumería del alcalde. Cuando se le llamó la atención al respecto alegó que como representante público debía estar presentable y tras un breve y ridículo debate, la cuestión quedó zanjada. Una parlamentaria canaria, juez en excedencia, montó una bronca más que mediana en dos ocasiones porque no se le facilitaba tratamiento y sala de espera VIP en el aeropuerto, por su condición política, negándose incluso a ser identificada por un agente de la Guardia Civil⁴. Esos son dos ejemplos menores de la emanación poderosa de la autoridad; resulta difícil de tolerar que por razón de autoridad se haga distinción en el trato personal, rebasando ampliamente lo institucional.

Abuso institucionalizado

Maquiavelo formula claramente una ley a la que resulta difícil encontrar excepciones: *Quien teniendo poder no abusa de él, será despreciado por el pueblo*. Esto, que todo poderoso conoce perfectamente, tiene distintas explicaciones, de índole sociológica, moral o práctica. Pero lo importante es que funciona prácticamente siempre; las personas pue-

⁴ Libertad Digital, 4-4-2016.

den percibir claramente cómo quien abusa no tiene derecho a ello, pero se le tolera...¿por qué? Es habitual que quien dicta la norma lo hace de modo que se ve libre de ella, por artificios legales incluidos en la misma o simplemente por la vía de los hechos consumados. En sociedades antiguas era frecuente la invocación del origen divino de una autoridad irresistible, aun cuando la actitud de la población general fuese abiertamente agnóstica o solo muy superficialmente religiosa; el ejemplo del código de Hammurabi, que invoca su autoridad como emanada de los dioses, al principio y al final del texto, resulta paradigmático: lo interesante de las normas promulgadas con su amplio margen de discrecionalidad, es que los dioses solían expresar su acuerdo mediante el brazo ejecutor de la justicia humana. Y, por si acaso, las gentes se acostumbraron a tolerar el abuso. El *Codex Romanoff*, presunto manuscrito de Leonardo da Vinci en el que se recogen usos culinarios y de comensalía⁵, explica cómo en tiempo de Cuaresma el papa y algunos cardenales eludían la práctica penitencial impuesta como ley positiva por la propia autoridad pontificia, tomando carne o atiborrándose de alimentos entre horas (ver *La salchicha de León X*, p. ej.) a sabiendas de que quienes les rodeaban se percataban de ello y nada podían hacer.

En nuestro país existe un tipo especial de abuso institucionalizado: el *aforamiento*. Aforar es conferir un fuero o ley especial a una persona o una colectividad, al modo de los antiguos fueros que los reyes otorgaban a determinadas villas o territorios. Pues bien, en España existen en la actualidad alrededor de 17.000 aforados, entre políticos, alto personal judicial, estamentos militares y de seguridad y la familia real⁶. La cifra inicial de aforados prevista en la Constitución era muchísimo menor, pero se ha ido ampliando, larvadamente, con el desarrollo de normativas particulares y de la estructuración de las Autonomías. El aforamiento con-

⁵ Da Vinci, L. *Notas de cocina* (2ª ed.). Temas de Hoy, Madrid. 1997, pp. 183–184 y 201–202.

⁶ Libertad Digital, 2–4–2016; Heraldo de Aragón, 3–4–2016.

siste en que en el caso de procedimiento judicial, las personas acogidas a tal situación deben ser juzgadas exclusivamente por las altas instancias judiciales, por simplificar. Eso supone en la práctica una práctica poderosa de sentar una efectiva desigualdad de los ciudadanos ante la ley, con excusas inconsistentes en la mayoría de los casos. En Alemania, Suiza o Reino Unido, por dar ejemplos que se ponen aquí para explicar diferencias y homologaciones salariales y tributarias, rara vez se sobrepasa el número de diez aforados en toda la nación. La comparación resulta odiosa, porque denuncia una especie de sometimiento adicional de la población general. Sin una reforma legislativa, no es posible remover tal inequidad.

PODER DE LA INFORMACIÓN

No se habla de la información que se nos da a través de los medios de comunicación –luego lo veremos– sino a la información auténtica, al poder que da saber cómo son las cosas en realidad, hasta dónde alcanza un hecho, qué pasa realmente con la fluctuación de los mercados o quién está detrás de una determinada maniobra social. Muchos pensarán que de eso ya se ocupan los medios, pero no es así, de ningún modo. La información real, la relevante, jamás está al alcance del ciudadano normal, salvo que se trate de un hecho físico incontrovertible y objetivamente constatable; incluso en tal caso, la forma de transmitir la información producirá diversos efectos, por ejemplo, la noticia de un terremoto grado 6 en la escala de Richter en la zona de Bengala no se detallará del mismo modo en un telediario indio que en Nueva York. Hace poco anunciaban en televisión un reloj moderno, elegante, exacto y lleno de perfecciones, que añadía a sus cualidades la de indicar si es de día o de noche; eso es una simpleza, salvo para quien esté encerrado y aislado, porque la información sobre la caída de la noche se obtiene inequívocamente mirando por la ventana; el dato es adorno, no información.

Información sobre las personas

Hay un tipo de información cuyo dominio es fuente de poder: la que concierne a las personas y sus circunstancias. Pongamos un ejemplo muy sencillo para que se vea de qué hablamos. Una persona aspiraba a competir con otra de similar curriculum por un puesto laboral superior. No conocía más que el nombre y la edad y nadie le había dado información alguna sobre el detallado historial o cualidades del sujeto. Como el desarrollo del proceso de selección iba a ser laborioso e incluía una especie de competición dialéctica abierta entre los dos aspirantes, se le aconsejó que hiciese lo posible por conseguir una muestra de la escritura y la firma del contrincante, lo que obtuvo justo la víspera de la convocatoria. El análisis de la letra y la firma reveló que el competidor era una persona de la peor especie, violento, mentiroso y agresivo, poco cultivado intelectualmente y con enorme afán de poder. El consejo fue no presentarse al proceso de selección, lo que naturalmente asignó automáticamente el ascenso al opositor; antes de transcurrido un año, la empresa había resuelto el contrato del individuo, por su autoritarismo, que destruía la convivencia del departamento con la consiguiente bajada de rendimiento laboral. La información obtenida a tiempo ahorró sufrimiento estéril al opositor que se retiró de una sangrienta pelea de gallos en el momento de la selección. A veces, dicen los sabios, una retirada a tiempo es una victoria. En este caso lo fue. Pero era precisa la información previa.

Información perjudicial

Tenemos otro ejemplo mucho más sangrante, que se refiere a la disposición a facilitar información a los demás. Contaba una persona que se presentó a una oposición, de qué modo con su propia información había perdido la batalla académica. Dudando de sus propios méritos, confió su historial académico completo a un amigo, o eso creyó, que estaba muy próximo en edad y nivel a los miembros del tribunal juzgador. Le pidió que examinase su documentación y que le dijera francamente si tenía alguna posibilidad de éxito al presentarse a la oposición. En pocos días recibió una respuesta cordial y elogiosa, animándole a que siguiese

adelante, puesto que su curriculum era brillantísimo. Durante la oposición se encontró con la sorpresa de que absolutamente todos los puntos menos firmes de sus méritos académicos fueron analizados minuciosamente por el tribunal, que insistió mucho en preguntarle sobre ellos; al cabo de media hora de inquisición, el opositor sufría la sensación de que era un perfecto ignorante o de que resultaba misterioso el certero interrogatorio del tribunal sobre sus deméritos y no sus méritos académicos. Por supuesto, obtuvo la plaza un opositor que resultó ser hijo de un íntimo amigo de dos miembros del tribunal, al tiempo que amigo desde la infancia del profesor al que confió tan cándidamente su curriculum. La propia persona había dado la información que sirvió para derrotarle.

¿Quién puede vencer en un concurso cerrado de adjudicación de obra pública: el amigo de quien pone las condiciones o el extraño? Si se pretende iniciar un proyecto siguiendo las normas legales establecidas y existe un interés oculto previo en el mismo sentido, ¿acabarán alguna vez las trabas administrativas para quien tal intenta? ¿Cómo es posible que al adquirir unos bienes aparentemente de escasa entidad, la inversión se revalorice desmesuradamente poco después y que eso les pase casi siempre a los mismos tipos de gente? En toda historia de poder generado por la información, hay indefectiblemente un beneficiado y un perjudicado. Por ejemplo, el rústico que vende una parcela poco productiva si le ofrecen un precio que le resulta atractivo, será perjudicado si no sabe que en un plan de urbanismo listo para su aprobación, ese terreno multiplicará su valor; a cambio, el comprador obtendrá un enorme beneficio.

Indagación para obtener poder

Como la información es poder, su circulación suele estar en la práctica reservada a círculos de poder ya existentes. Es una especie de asociación de socorros mutuos que viene funcionando perfectamente desde hace muchísimos siglos y solo falla cuando otro poder más enérgico o violento desbanca al preexistente. Pero en el fondo todo se reduce a una desigual batalla en la que el desinformado –porque no tiene posibilidad de obtener la informa-

ción— es controlado por quienes sí la tienen. El archiconocido Sun Tzu, en su *Arte de la Guerra*, escrito hace 25 siglos, dedica un capítulo entero⁷ a la obtención de datos sobre el enemigo —y a la hora del poder, cualquiera que busque el sometimiento de su prójimo lo es— por medio de agentes secretos o espías. Dice algo muy interesante: *Se llama conocimiento previo a lo que no se puede obtener ni por espíritus, ni por Dioses, ni por la analogía con situaciones pasadas, ni por cálculos. Debe obtenerse de hombres que conocen la situación del enemigo.* Más claro no puede ser. Es necio acometer empresas o iniciar proyectos que requieran esfuerzo, sin conocer previamente qué intereses ajenos existen al respecto; en caso de desconocerlos, el riesgo es directamente proporcional al esfuerzo humano y económico que se pretende hacer. A veces se pueden obtener datos de la situación mediante el empleo de agentes que el sabio denomina *liquidables*, encargados de proporcionar datos falsos al enemigo. Añade el estratega: *¡Tema muy delicado! ¡Realmente delicado! No existe lugar donde no se use el espionaje... Las actividades de los agentes secretos son esenciales en la guerra; de ellas se fía el ejército para realizar cada uno de sus movimientos.*

Pero lo más interesante de todo esto no es lo que se dice, sino lo que realmente implica. En primer lugar, que el poder que prevalece, siempre emplea mecanismos de información que son desconocidos para el sometido. En segundo lugar, que emprender algo sin una razonable certeza de estar bien informado de los intereses y personas que están implicados, es insensato. En tercer lugar, que en ausencia de una información que se juzgue adecuada o razonable a la hora de acometer una empresa, aún suponiendo que existe el empeño de luchar denodadamente por conseguirlo, es mejor renunciar al proyecto. Y en cuarto lugar, que la ocultación activa de las propias fortalezas y debilidades y sobre todo de los propios proyectos, es una de las condiciones para zafarse de las garras del poder; aunque, como se ha visto, no es suficiente si se carece de información sobre el poder ajeno real.

⁷ Sun Tzu. *El arte de la guerra*. Evergreen, Köln. 2008, cap. XIII (*Empleo de agentes secretos*), pp. 231-239.

PODER POLÍTICO

La condición del político

Quizá para reflejar la realidad actual, sirve parte de la carta LI de Gazel a Ben-Belley de las *Cartas marruecas* de José Cadalso. Este autor, que no llegó a ver impresa su obra, fue un coronel ilustrado peculiar, reformista, entristecido por la decadencia de la España de la que formaba parte. Dice lo siguiente, desgraciadamente tan vigente ahora como en la fecha de su composición (hacia 1870, aunque publicada en 1890): *Política viene de la voz griega que significa ciudad, de donde se infiere que su verdadero sentido es la ciencia de gobernar pueblos, y que los políticos son aquellos que están en semejantes cargos o, por lo menos, en carrera de llegar a ellos. En este supuesto, aquí acabaría este artículo, pues venero su carácter; pero han usurpado este nombre otros sujetos que se hallan muy lejos de verse en tal situación ni de merecer tal respeto. De la corrupción de esta palabra apropiada a semejantes gentes nace la precisión de extenderme más. Políticos de esta segunda clase son unos hombres que de noche no sueñan y de día no piensan sino en hacer fortuna por cuantos medios se les ofrezcan. Las tres potencias del alma racional y los cinco sentidos del cuerpo humano se reducen a una desmesurada ambición en todos ellos. Ni quieren ni entienden, ni se acuerdan de cosa que no vaya dirigida a este fin. La naturaleza pierde toda su hermosura en el ánimo de éstos... Nada importan las cosas del mundo en el día, la hora, el minuto, que no adelantan un paso en la carrera de la fortuna. Los demás hombres pasan por varias alteraciones de gustos y penas; pero éstos no conocen más que un gusto, y es el de adelantarse, y así tienen, no por pena, sino por tormento inaguantable, toda contingencia y las infinitas casualidades de la vida humana. Para ellos, todo inferior es un esclavo, todo igual un enemigo, todo superior un tirano... Desprecian al hombre sencillo, aborrecen al discreto, parecen oráculos al público, pero son tan ineptos que un criado inferior sabe todas sus flaquezas, ridiculeces, vicios y tal vez delitos... Creen muchos de éstos que la mala intención puede suplir al talento, a la viveza, y al*

demás conjunto que se ve en muchos libros, pero en pocas personas⁸. No ha cambiado mucho la cosa, según dicen.

Nepotismo

Una emanación del poder familiar que se engarza con el político. Resulta curioso que en los últimos años y protagonizado sobre todo por opciones políticas autodenominadas *progresistas*, este fenómeno se haya acentuado más si cabe. La alcaldesa coloca al sobrino en un puesto de confianza, bien remunerado naturalmente, la concejala al padre y al hermano, la presidenta a su sobrino político, el alcalde a su antigua amante y a la actual esposa, etc. Resulta paradigmático el caso de un prócer valenciano que en menos de un año ha colocado en puestos de la administración pública a tres de sus cuatro hijos, en un alarde de capacidad laboral asociada a la genética⁹, porque ¿cómo es posible que el 75 % de la descendencia de un político esté tan bien dotada para el ejercicio de responsabilidades en la res pública? Las vinculaciones familiares, en este caso, se conjugan con otras formas complejas de poder y tejen una maraña difícil de desentrañar y combatir. En muchos pequeños municipios, pueblos de toda la geografía española, las relaciones familiares van a ser determinantes a la hora de promocionar políticamente a candidatos a la alcaldía, porque la familia vota en masa a *los suyos*. En reciprocidad, la asignación de favores o empleos de rasgos nepotistas será la contraprestación. Miremos a nuestro alrededor y veremos que aquí no hay ni un ápice de invención: la familia es un poder, mantiene entre sí relaciones de poder y además puede condicionar el poder público en cierta medida.

Participación ficticia en el poder

Hay otro aspecto del poder político que resulta bastante chocante. Se trata del ejercicio del que podemos denominar *asamblearismo selec-*

⁸ J. Cadalso. *Cartas marruecas* (9ª ed.). Espasa Calpe, Madrid. 1989, pp. 193-194.

⁹ Libertad Digital, 17-4-2016.

tivo. El nombre es de mi cosecha, pero el invento es viejo, viejísimo. Consiste en que aspectos fundamentales del regimiento de una colectividad (pueblo, autonomía y hasta nación) se deciden, sin duda lícitamente, por el poder político establecido, que se supone emanado de la voluntad popular. Pero ocasionalmente a algún *lumbera* de esos que se sientan en sillones de responsabilidad, se le ocurre preguntar a los gobernados por el modo de conducir un proceso o sobre la toma de una decisión, siempre intrascendente, absolutamente irrelevante, dando la sensación –a lo que parece bastante impactante– de que el pueblo soberano interviene directamente en la gobernación además de en la elección de sus representantes. Un ejemplo ilustrativo es la consulta que el ayuntamiento de Zaragoza hizo a la población sobre los colores con los que se debía repintar el llamado *Puente de Hierro* sobre el río Ebro, a finales del año 2009. Había varias alternativas y cerca de 14.000 votantes escogieron en una consulta voluntaria pero vinculante para el ayuntamiento, pintar el dichoso puente con una combinación de colores azul y blanco, los del club de fútbol *Real Zaragoza*¹⁰. Simultáneamente, sin consultar directamente al pueblo soberano, se troceó la ciudad en cuatro porciones con la instalación de una doble línea de tranvía, costosísima, que se debate ampliar, también sin consultar al mismo pueblo soberano, lo que ha producido cambios importantes en la movilidad y los servicios de la ciudad. Lo más llamativo del asunto es que cuando se preguntó la gansada del color que había que aplicar al *Puente de Hierro*, un elevado porcentaje de ciudadanos respondió a la llamada municipal. Y eso ya lo sabían los convocantes y todos los detentadores de poder político. Las consultas marginales, superfluas, son capaces de producir en el pueblo soberano la sensación de que se le tiene en cuenta, aunque las decisiones fundamentales se tomen en despachos cerrados a cal y canto, y eso neutraliza en cierta medida la potencial capacidad de rebelión contra el abuso del poder político.

¹⁰ Heraldo de Aragón, 14-12-2009.

Abuso de la representatividad

Aunque los diferentes Gobiernos aseguren que laboran para el bien del pueblo administrado, la realidad es que a menudo proceden según criterios muy discutibles. Es más; la actividad de los políticos acaba suponiendo en los países de nuestro entorno, la mayor causa de estrés social, de preocupación de los ciudadanos, por encima de la seguridad económica directa o las amenazas del terrorismo internacional¹¹. Por ejemplo, en el caso de dilación del pago de la paga extra de 2012 a funcionarios¹² (2015), alegando problemas de presupuesto, el Gobierno de Aragón (desconocemos si otros también actuaron así) destinó por decreto a subvenciones a diversas entidades benéficas una enorme cantidad de dinero, en lugar de cumplir con sus obligaciones salariales, pagando lo debido, para luego pensar en beneficencia y cooperación. La asignación arbitraria de recursos, incumpliendo obligaciones irrenunciables, es práctica habitual en la Administración. De esta forma se produce un triple efecto perverso: aumenta la política recaudatoria para subvenir a las benéficas ocurrencias de los Gobiernos correspondientes, se fomenta la arbitrariedad, que puede llegar al abuso al no existir un mecanismo real de control por parte de los administrados y se incumple la función propia de la Administración, que es justamente esa, la de administrar los recursos públicos para el bien de los administrados, no de los amigos o beneficiados de la Administración. Esta práctica se extiende no solo a derroches benéficos, sino a concesiones de todo tipo, para lo que las manos libres del poder, que reclaman una revalidación comicial cada cuatro años, actúan sin freno posible. Confiar en que los electos actuarán cumpliendo con sus deberes hacia los ciudadanos que les han elegido, es un acto de fe de alto riesgo.

Otro caso sangrante de dominar desde el poder a los ciudadanos, es la fijación de emolumentos, asistencia de asesores, cupos de empleados

¹¹ Stress in America: U.S. presidential election. Informe de 2016 de la American Psychological Association.

¹² Carta al Director de Heraldo de Aragón publicada el 4-12-2015.

públicos y gastos generales de mantenimiento de las organizaciones de la Administración controlada por el poder político. En fechas recientes se ha demostrado que los gastos de muchas administraciones públicas suponen la mitad real del dinero administrado, es decir, que para que las cosas funcionen, el 50% de las partidas destinadas inicialmente al servicio público se utiliza en alimentar a la estructura que administra y organiza tal servicio público¹³. Si además es hecho demostrado que más de la mitad de las lícitas ganancias obtenidas por el trabajo de cada persona se detraen del bolsillo del trabajador en forma de impuestos¹⁴, la cosa resulta escandalosa. Cuando el administrado carece de la menor posibilidad de controlar de qué modo se gastan sus impuestos, la democracia es ficticia y el administrador se puede transformar en parásito. Aquí y en el resto del mundo. El único modo, por el momento, de evitar esto, es controlar férreamente el proceso de elección de los representantes democráticos y articular contrapoderes. ¿Es esto posible?

PODER RELIGIOSO

Poder eclesiástico

Génesis progresiva. El ejercicio del poder en la Iglesia Católica –por referirme a mi Iglesia, que conozco bastante, sin excluir a cualquiera otra– ha sido progresivo y actualmente resulta ya asfixiante. A partir del edicto de Milán (313) la religión cristiana fue plenamente libre en el Imperio Romano; en ese momento los obispos, que habían sido elegidos por los fieles frecuentemente entre personas culturalmente preparadas, para sobrevivir en una sociedad claramente hostil, empezaron a mostrarse con algunos atributos externos, adoptando incluso vestimentas comunes a los próceres de otras religiones. Tal sería el origen del palio, la capa pluvial y

¹³ El Español, 24-2-2016.

¹⁴ Libertad Digital, 8-12-2015.

el antecedente de la mitra. Pero es a partir del edicto de Tesalónica (360) cuando la religión cristiana ya única oficial del Imperio de Oriente, se encarama al poder y el vestido de sus obispos y clérigos en general se hace propiamente imperial, adquiriendo costumbres y sobre todo valores cortesanos; dice Confucio en el *Lun-Yu*, que *mandar consiste en sentarse en alto, mirar con severidad y vestir con ropajes diferenciados*; no hace falta mucho más comentario al respecto.

Abusos. A partir del siglo XI, con Gregorio VII, que ya tiene suficiente poder temporal y además controla la mayor fuerza de poder temporal y espiritual supranacional, la orden benedictina reformada, las alianzas con reyes se hacen en plano de superioridad y el papado despliega su poder total sobre el mundo –si Clemente I fue el primer obispo de Roma del que tenemos doctrina escrita ¡qué diferencia de tono!–, con escasas excepciones, como el saco de Roma del emperador Carlos. Del ejercicio del poder monárquico absoluto del papado, confirmado expresamente por el reciente papa Juan Pablo II, se ha llegado al abuso multiseccular del nombramiento de los obispos desde Roma y en los últimos diez años a su fulminante deposición, a menudo con excusas vagas o simplemente falsas.

En el ámbito diocesano no han sido menos los abusos. Por ejemplo, en la vieja Umbría –al decir de Sánchez–Ostiz– un obispo excomulgó a una diocesana por la negativa de ésta a alquilar un piso de su propiedad a una familiar del monseñor; la presión de autoridades civiles relevantes, hizo que la excomunión se suspendiese al día siguiente; pero estuvo excomulgada un día entero. Pero en todas las diócesis *cuecen habas* y cada uno conocemos las de las nuestras, aunque solo las más notorias, que la ropa sucia de los abusos del poder se lava en casa.

Trepadores. Aunque, como se dice, en el pecado llevan la penitencia. La falsificación de los currículos de los aspirantes al episcopado, es mucho más frecuente de lo que se cree. Pero lo verdaderamente grueso es la minimización de los méritos de muchos otros, que podrían ser magníficos pastores, pero que han concitado la repulsa del clero que les rodea, porque con sus cualidades denuncian sin quererlo la mediocridad o espí-

ritu rastrero de los demás. Se han visto *carreras* eclesíásticas truncadas de raíz o destierros a diócesis de escasa relevancia, por la valía de los candidatos o porque los ya instalados han tenido la osadía de llamar a las cosas por su nombre. Y todo eso es intolerable para el poder, que quiere antes sumisión que eficacia. Por supuesto que tengo ejemplos, pero no los puedo divulgar sin faltar al compromiso de sigilo que adquirí. Pero tenemos bien cerca y bien publicado un ejemplo de trepador nato, que ha conseguido el favor de Roma a base de gestos demagógicos y al tiempo hinchando su curriculum; el obispo Osoro, ahora en Madrid, habría blasonado de cuatro licenciaturas universitarias, careciendo de todas ellas¹⁵. Tanto secreto informe al decidir un nombramiento episcopal, reservado bajo excomunión y luego se dejan colar no una sino cuatro informaciones relevantes sobre una persona. Ordeno y mando, sin contar con el pueblo presuntamente *corresponsable* y al final haciendo el ridículo.

Eclesíásticos dirigiendo la política. No necesitamos que unos señores que ven el mundo a través de una peculiar segregación social dentro de la Iglesia, vengan a iluminarnos sobre lo que al común de los mortales compete. Y especialmente si lo hacen partiendo de principios religiosos, generalmente manipulados. Habrá que reconocer que ellos también son ciudadanos y con cierta cultura y formación intelectual y pueden tener opinión autorizada sobre bastantes temas, pero eso no les autoriza a dictar orientaciones de pensamiento o conducta en asuntos estrictamente extrareligiosos o dudosamente asociados a una determinada ortodoxia moral.

En nuestra tierra hay dos polos de atracción de la interferencia clerical en la política: Cataluña y el País Vasco. Pues bien, desde opciones nacionalistas catalanas, como los grupos tipo *Església Plural* y algunos obispos catalanes, que incluirían, *sensu lato*, al abad de Montserrat¹⁶, se ha hecho una abierta defensa de la autodeterminación de Cataluña. Incluso

¹⁵ Infovaticana, 18-4-2016.

¹⁶ Libertad Digital, 18-12-2013.

el miércoles 18 de diciembre de 2013, el grupo *Cristians per la Independència*, organizó una convocatoria de oración por la independencia de Cataluña en la cripta de la Sagrada Familia, amparándose en la eficacia de la oración para lograr las lícitas aspiraciones humanas y el derecho de los pueblos según la Doctrina Social de la Iglesia, que dicen aplicar a su caso¹⁷. Es un intolerable caso de descaro institucional, porque se ejerce manipulando las conciencias a través de una concreta interpretación de la historia y el amparo de la Iglesia; se abusa de la autoridad moral para impulsar una opción política pura, temporal, lícita aunque perfectamente opinable, de una forma de enfocar la convivencia que algunos defienden como ajustada a la historia y otros niegan con el mismo derecho, según las premisas de que se parte en el análisis histórico.

Con todo lo repugnante que es tal maniobra de intromisión, resulta similar a lo que se ha desarrollado en el País Vasco y Navarra, especialmente a raíz de la controvertida pastoral del obispo Añoveros en 1974. Los eclesiásticos de estas regiones se posicionaron de forma heterogénea, pero mayoritariamente, a favor de un independentismo vasco que generó una organización causante de casi 900 homicidios y cambios sociales importantes en todo el Estado. Un obispo emérito, Uriarte, que sustituyó a Setién en San Sebastián, ha dado explícito apoyo al nacionalismo, con pastorales confusas en apariencia pero claras en el contenido, tácticamente callado ante atentados mortales que han asolado su diócesis y las vecinas¹⁸. Además lleva años defendiendo algo que es ontológicamente imposible: la reconciliación de los bandos en litigio. Desde la lógica ¿cómo puede reconciliarse la víctima con quien lo ha matado?, ¿cómo podrían reconciliarse los millones de asesinados en los campos nazis con sus verdugos, si están muertos? Este individuo, y muchos más como él, sustituye arrepentimiento y solicitud de perdón por *reconciliación*, manipulando la actitud moral, de modo que si no se da un auténtico *borrón y cuenta nueva* no es por culpa del agresor, sino del agredido. Un

¹⁷ Religión Digital, 19-12-2013.

¹⁸ Libertad Digital, 3-2-2014.

análisis histórico que recoja caminos previos de agravio continuado o de opresión, no se puede aplicar objetivamente al hablar de reconciliación, porque, una vez más, depende de las premisas históricas de que se parta y eso es variable y opinable. Es vil el manejo de la religión en apoyo de una opción política concretísima con argumentos presuntamente evangélicos.

No dicen la verdad quienes afirman que la religión es causante de innumerables muertes y formas de esclavitud, entre otras cosas porque decir *religión* no es decir nada, ya que hay muchos modos de experiencia religiosa, a menudo antagónicos. Y afirmar que los eclesiásticos no pueden meterse en temas temporales o políticos, tampoco es justo, porque cualquier dimensión ética de la vida pública puede tener una versión religiosa o un enfoque religioso, que los ciudadanos, sean creyentes o no, pueden aceptar o dejar a un lado. Pero en estos casos paradigmáticos no se habla de nada de ello, sino de la utilización de la religión para actuar políticamente y eso ya es otra cosa. Si en algo opinable, un ministro religioso relevante toma partido y además reviste su actitud de lenguaje o argumentación religiosa, está manipulando de forma intolerable a las personas; desde la autoridad eclesiástica no se puede apoyar o fustigar ninguna lícita opinión política y menos si eso tiene consecuencias sociales trascendentes.

Manipulación social con lenguaje religioso

Expresiones religiosas en asuntos no religiosos. Aunque una buena parte de la sociedad sea de hecho agnóstica o religiosamente indiferente, el peso del sedimento religioso es inmenso. Y una de las expresiones de tal sedimento es la verbal. Invocar mediante terminología religiosa supuestos derechos o castigar determinadas conductas, es habitual. Por ejemplo, en ámbitos secesionistas, se observa con frecuencia cómo se introducen las palabras *sagrado* y *profanación*, que son síntesis de lo religioso o vulneración física de un espacio u objeto religioso: *Profanan nuestra sagrada tierra, ultrajan nuestras sagradas y viejas leyes, escupen sobre lo más sagrado*

de nuestra esencia e historia, etc.; no resulta difícil identificar a los impositores que suelen emplear estas expresiones.

La invocación de la moral para justificar lo injustificable también se da, por ejemplo, cuando se habla de que algo va contra la *decencia*, que es un *pecado* de lesa humanidad una acción bélica determinada, que debemos convertirnos en *buenos samaritanos* para acoger migrantes, que *clama al cielo* el bienestar de algunos frente a la pobreza de otros, que la *sangre* de algunos activistas es *semilla* de nuevas generaciones triunfantes, etc. Bien está valorar con criterios religiosos y expresar con palabras conformes a ello, la realidad analizada con la perspectiva de la persona de firme criterio vital religioso, pero la apropiación de formas religiosas de expresión para enfatizar, a veces de modo indiscutible, hechos sociales o políticos que pueden valorarse sin tales argucias argumentales, es un abuso y una manipulación. Hay que filtrar mentalmente toda expresión que viene contaminada con esa envoltura pseudoreligiosa.

Argumentos de origen religioso en la acción social. Este asunto se puede ilustrar de forma paradigmática con unas declaraciones de responsables de Cáritas, además acordes con algunas bobadas que dicen por ahí muchos caritativos prelados. El siguiente es un ejemplo claro, pero si recordamos las apologías laicas de documentos tan discutibles científicamente como la encíclica *Laudato si* del papa Francisco, se ve bien cómo la excusa religiosa viene bien a algunos grupos sociales totalmente ajenos a la vida religiosa. Por lo visto *tiramos* –obsérvese el plural inclusivo, en primera persona– un montón de comida a la basura, que estaría pasada de fecha y con la que se podría alimentar a muchísima gente que padece necesidad. La idea es sencilla: somos *culpables* del hambre ajena y además nuestro comportamiento no es únicamente insolidario sino despectivo hacia los necesitados, prácticamente una ofensa a la humanidad doliente.

Esa pandilla de cínicos que se dedica a dar doctrina social, normalmente tiene como *hobby* culpabilizar al prójimo tras reunirse en pías asambleas, que siempre dirigen contra *los de siempre*, es decir, quienes

tienen un sueldo. Pero la realidad cotidiana choca frontalmente contra las consignas. Si se examina críticamente lo que los piadosos activistas pregonan, no hay egoísmo o acaparamiento en el asunto de la comida desechada. Una de las tácticas más empleadas por el poder, por todo tipo de poderes, es echar la culpa de problemas que no han podido o querido resolver a los ciudadanos. En este caso hablamos del despilfarrero de comida, motivado obviamente no por acopio egoísta sino por la imposición de horarios laborales (hay que comprar el fin de semana, con escasa planificación y no se puede acudir a comercios de proximidad que abren en el tiempo de trabajo del usuario) y formatos comerciales tipo ahorro (cantidades excesivas para una persona o una familia corta).

En otros casos la cosa es más sangrante. Por ejemplo, cuando dicen todos esos adoctrinadores cosas como *hemos destruido los bosques tropicales*, refiriéndose al expolio maderero de algunas compañías de explotación, muchas veces para amueblar los enormes despachos de esos mismos que nos acusan de algo que no hemos podido hacer de ningún modo; o cuando nos acusan del *régimen de esclavismo* en que trabajan algunas empresas textiles orientales, que venden sus productos en nuestras latitudes, cuando están enriqueciendo a los intermediarios amparados por el poder; o nos echan en cara que la inmigración ilegal se produce como consecuencia del expolio europeo de los países pobres, cuando la realidad es que tal expolio ha sido hecho a medias por algunos occidentales y sus dictadores amigos de los países expoliados. Nosotros no hemos hecho nada de eso, pero los buenistas nos culpabilizan, a cambio de no resolver nada, de seguir en sus cómodos papeles de censor universal y de intentar, a menudo con éxito, que los de siempre paguemos por el mal que otros han hecho. No dejar invadir la conciencia por mensajes de este tipo es uno de los deberes ineludibles de cualquiera que pretenda mantener un ápice de libertad. Otro deber es colocar un espejo ante quienes denuncian de modo tan sesgado y cínico los problemas, de modo que vean en él la cara de un fariseo, de un desvergonzado o de un majadero espiritual.

PODER ACADÉMICO

Universidad

La universidad, antaño surgida al amparo de la Iglesia, fue separándose paulatinamente de su afán puramente docente e investigador y se acabó constituyendo también progresivamente en un reducto de poder. En primer lugar por el control de las titulaciones superiores que impartía y la presunta ortodoxia de sus enseñanzas. Así, en materias opinables acabó siendo árbitro de decisiones finales; es paradigmático el caso del dogma de la Inmaculada Concepción promovido a lo largo de muchos años desde la universidad española. Pero con todo, el papel preeminente de los profesores en las instituciones civiles generales, acabó conformando pronto un sistema cerrado de promoción al profesorado permanente, antaño representado únicamente por la cátedra. La relación entre el control económico y político de la enseñanza, servicio público costoso cuyo fruto no se percibe al modo comercial convencional, y el profesorado, ha permitido que la ya ideologizada universidad de hace décadas, se transforme en un reducto de poder inasequible no solo al acceso de muchos aspirantes procedentes de centros docentes distintos, sino además totalmente condicionada por la adscripción política o de otra índole de los opositantes al profesorado permanente.

Formación preuniversitaria e ingeniería social

Sin llegar a la universidad, hay un poder académico mucho más generalizado y aún más eficaz: la enseñanza primaria y media. La universidad forma, en principio, a las élites de la sociedad, a quienes tendrán que asumir labores directivas de toda índole, pero la enseñanza primaria y secundaria implica a la mayoría de la población. Por eso las leyes de Educación son objeto de duros enfrentamientos políticos; todas las facciones pretenden controlar la formación de la infancia y la juventud de la nación, de modo que se acomoden a los dictados del poder y lo refuercen. Las armas que el poder ha ideado para dominar a través de la educación son bastante sencillas: Desorganización, desinformación, ideologización y política lingüística. Veamos de qué modo las emplea.

Desorganización. Consiste en que se elimina la disciplina formal y la diferenciación entre el profesor y el alumno. Mucha gente cree que eso es bueno, que fomenta la confianza y la familiaridad, pero resulta una absoluta mentira. La cosa es tan sencilla como pensar en un sargento que trata a su general como a un igual; en muy poco tiempo, el gesto ha educado el pensamiento y el sargento se cree con el derecho de discutir las órdenes recibidas o la competencia del superior. En el caso de la docencia primaria se produce algo análogo, aunque no idéntico. Si no hay una neta diferencia entre quien enseña y quien aprende, al final la enseñanza se hace discutible, en plano de mayor o menor igualdad, y se resquebraja la credibilidad del docente, porque –así es el humano– el gesto no solo es expresión del pensamiento, sino que lo condiciona (por eso funciona el yoga o la relajación autógena, por ejemplo). Ya en los años 70 se generalizó en nuestro país la costumbre de tutear a los profesores y de llamarlos por su nombre de pila, sin tratamiento adicional; los mismos profesores solían decir cosas como *llamadme Paco*. Y así, de una forma tan sencilla, se destruye la relación docente–discente, eliminando la necesaria percepción de quién es el que enseña y quién el que está aprendiendo. Y eso fue fomentado desde arriba, simultáneamente en todo el país y en concreto momento histórico. Además de la difuminación del papel docente, se ha conseguido en la actualidad que uno de los problemas más importantes que padece la enseñanza media sea el de las agresiones, verbales o físicas, a los profesores¹⁹, al fin considerados como no muy diferentes de *compañeretes* de clase, aunque algo más viejos.

Desinformación. Algo que no precisa mucha explicación. Basta con rebajar los contenidos de la enseñanza para lograr alumnos desinformados. Eso se programó cuidadosamente desde los años 80, moviendo hegemónicamente los textos escolares, que se transformaron en auténticos cuadernos de *pinta y colorea*, con fotos preciosas, letras de colores, cuadros sinópticos llenos de ilustraciones y muy poca información real.

¹⁹ Heraldo de Aragón, 13-5-2016.

Decían los responsables de la programación docente que de este modo se eliminaba la discriminación de los menos capacitados. Pero eso es una auténtica estupidez; es como si para que un par de ciegos puedan jugar al balón en un equipo, se les tapasen los ojos a todos los demás jugadores. A diferentes capacidades, distintos rendimientos y además no es preciso ser experto en todo; unos son excelentes en matemáticas y otros en idiomas y eso no autoriza a rebajar el nivel de enseñanza en los dos campos para evitar presuntas discriminaciones. A ello hay que añadir la fragmentación de enseñanzas, de modo que en las diferentes Comunidades Autónomas no hay uniformidad de criterios docentes ni metodológicos ni de contenido, y así, en muchas Autonomías se desconoce la historia común y la geografía nacional, con el consiguiente empobrecimiento para todos. Hace años, hablando con un joven colega catalán, médico que se formaba en nuestro Servicio, salió a colación el tema del emperador Carlos (I de España y V de Alemania); el joven médico –titulado *superior*– dijo que pasaba del tema, porque era de *otro país* –España–. Se estaba refiriendo nada menos que al monarca más importante del mundo de su tiempo; pero al parecer, no tenía nada que ver con su Autonomía... o Nación.

Ideologización. No en referencia a la *educación para la ciudadanía*. Padre de tres hijos que han pasado por centros de enseñanza públicos y privados, en más de una ocasión nos hemos tenido que enfrentar con profesores que intentaban inculcar principios sectarios –en centros públicos y privados– a nuestros hijos. Algunos de los contenidos ideologizantes más fuertes que se transmiten en la enseñanza, ni siquiera son explícitos y van *implícitos en el lenguaje*. Otro ejemplo personal aclarará el resultado de tal ideologización. Desde hace años –cerca de quince– he hecho en clase de Medicina del Sueño, que impartía a alumnos de medicina de 4º y 5º curso, la experiencia de preguntar algo tan sencillo como si *ser solidario* es bueno o malo (la idea era valorar el grado de madurez de la gente); indefectiblemente siempre y todos contestaron que, *evidentemente bueno*. Luego les preguntaba qué era más solidario: un batallón de las SS eliminando en formación cerrada una población rusa, un banco

de sardinas en movimiento o un bloque de hormigón armado. Silencio, estupor. Programación a través de las palabras.

Política lingüística excluyente. Una lacra que se ha mostrado en todo su esplendor en Cataluña desde hace tres décadas, pero que se extiende por el resto del Estado de modo devastador, a despecho de lo preceptuado por la Constitución de 1978. No habrá que insistir mucho en esto, pero la lengua es el diferenciador mayor que hay en la cultura, seguido de cerca por la forma de comer. Pensemos además, que es un modo de aislar culturalmente a una porción de la población. Lo más importante de todo lo que se acaba de decir, es que los cuatro rasgos del control académico del poder sobre la enseñanza primaria y secundaria, se han dado y se dan simultáneamente, en un concreto periodo, en un mismo sentido e independientemente del color político de los gobernantes elegidos. Son instrumentos del poder para condicionar la convivencia y el futuro. ¿Y cuál es ese poder?

PODER MEDIÁTICO

A menudo la información que se nos da parece pura manipulación o descarada mentira, otras la auténticamente relevante se oculta –y en eso el mundo no ha cambiado nada– de modo que aún el mejor informado juzga sobre sombras de la realidad. Como norma, la información con que se nos bombardea es la que conviene a quienes tienen el poder real y ahora se dirige a la crisis de los refugiados de Oriente, luego a las matanzas de África, otras veces al cambio climático, otras a los problemas energéticos –enfaticando algunos aspectos y ninguneando otros que pueden ser aún más relevantes– de modo que las posibilidades de decidir libremente sobre datos trucados es nula. A veces es incluso posible, en temas muy concretos y de limitado alcance, ofrecer tal cúmulo de datos reales a la población, que resultan imposibles de seleccionar y asimilar, abandonándose por imposible la idea de obtener una adecuada información sobre lo que ocurre alrededor.

Ocultación de la realidad

La información relevante no se facilita casi nunca y la adecuada u objetiva raras veces: decir que el precio de una barra de pan es 1 euro es un dato objetivo pero una información inútil si no se adjuntan datos que permitan comparar tal precio con países de nuestro entorno o el peso relativo que tiene sobre el consumo doméstico total; un dato no es objetivo ni útil si se da aislado de su contexto. Cuando además se oculta lo relevante por medio de adjetivaciones o valoraciones adicionales, la cosa es canallasca. Por ejemplo, ante un reciente accidente de tráfico en el que murieron catorce jóvenes ocupantes de un autobús escolar, en el que volvían de las fiestas de Las Fallas de Valencia, se ha *informado* que la totalidad de los fallecidos no tenía abrochado el cinturón de seguridad del asiento; se ha omitido, sin duda intencionadamente, que no llevaban puesto tal artilugio el 100 % de los viajeros del mismo autobús y que el único que sí lo llevaba era el conductor, que sobrevivió y tuvo una gravísima contusión pulmonar con infección subsecuente, que le puso en riesgo vital crítico. En la campaña de recaudación de multas por no llevar puesto el cinturón de seguridad –porque de eso se trata en realidad– se proclama que más del 25 % de los fallecidos en accidente de circulación no llevaban abrochado el cinturón de seguridad, cuando la noticia real, según parece sensato, es que cerca del 75 % de los fallecidos sí lo llevaban, de lo que se deduciría con absoluta claridad que es más peligroso para la vida llevar abrochado el artilugio que no llevarlo. O eso parece indicar la aritmética y el sentido común.

Dificultades para la información objetiva y veraz

La información objetiva es una aspiración difícil de colmar. Por ejemplo, se puede informar de forma veraz y humanamente objetiva –la objetividad absoluta no se da ni siquiera al transcribir datos contables– pero eso tiene que hacerse a través de un medio de comunicación. Y un medio de comunicación es un negocio, un empeño empresarial que se plantea como una forma lícita de beneficio. El problema es que para sacar adelante un medio de comunicación de suficiente penetración, hay que invertir importantes cantidades de dinero. Y la premisa para ello es disponer de

tales bienes. Y en un mundo de intereses diversos, ligados lógicamente a la actividad económica, la concentración de los poderes es cada vez mayor. Hablando en plata: las posibilidades de que un grupo económico muy activo busque dirigir la opinión en un sentido que le pueda favorecer, es muy elevada. Y si además dispone de medios económicos para hacerlo, no tendrá problemas en hacer una inversión para controlar una línea editorial o al menos enfatizar algunas informaciones y minimizar otras. ¿Dónde quedó el informador veraz y objetivo, el periodista puro y descarnado? El medio podrá controlar el alcance de sus informaciones –no se dice que lo haga, pero evidentemente podrá– y lo que llegue al informado podrá estar contaminado por diversos modos de control. Otra cosa es la opinión, pero a menudo ¡es tan difícil separar ésta de la información!

Y a eso hay que añadir las informaciones sobre hechos ampliamente conocidos y fácilmente comprobables, pero que se ocultan activamente a la población, a la que se supone va dirigida la información, por falta de pruebas concluyentes, cuando de forma negligente o interesada no se hacen las gestiones para obtener evidencias de lo que ocurre, que, curiosamente, suele tener relación con estructuras de poder más que evidentes. En nuestra tierra aragonesa dicen que somos privilegiados en este tipo de conductas, a lo que parece, pero pueden ser simples habladorías; a veces, cuando llega un momento concreto, salen a la luz hechos que ya eran del dominio público, a punto de prescribir judicialmente o con la aparente intención de castigar selectivamente a determinados personajes, desviando el brazo de la justicia de otros cómplices o instigadores, pero como esto también está sujeto al sesgo informativo, aplicado aparentemente de forma selectiva, vaya usted a saber si estamos en el terreno de la sospecha o de la mera paranoia.

Delimitación del ámbito informativo

Hay un aspecto que resulta especialmente interesante en la manipulación poderosa de los medios de comunicación social, singularmente la radio y la televisión. Se trata de la capacidad de crear y resolver ambi-

güedades. Esto es especialmente importante en momentos de inestabilidad social y política. Por ejemplo, al iniciar un telediario, se delinea una agenda informativa: el último terremoto, la caída del precio del peso, la última denuncia judicial por corrupción a un determinado personaje, el aumento de la población inmigrante de origen australiano y el derbi Calatañazor–Olesa. En el mismo momento en que se ha trazado el índice de lo que se va a tratar, quedan excluidos de la conciencia general otros temas, quizá tan importantes como los enunciados, quizá mucho más trascendentes. Se ha seleccionado hacia dónde debe dirigirse la atención del espectador u oyente y al tiempo se ha excluido de la realidad circundante lo no enunciado. Alguien dirá que por la limitación de tiempo es necesario seleccionar los temas de que se va a tratar o supuestamente informar, pero qué temas y con qué extensión se comentarán, son asunto del informador.

Una vez clara la jugada, queda la segunda parte: plantear posibles disyuntivas en la explicación de algunas informaciones importantes y problemáticas. Por ejemplo, ante un caso de corrupción en la administración pública, el informador dará paso a intervenciones que explican el asunto como un problema de partido, o de ética personal, o como una trama corrupta. Pero podrá excluir otros, quizá más importantes, como la relación que tiene el hecho con el tiempo político o económico o con algún tipo de decisión supranacional que implica a determinados personajes o gobiernos. En suma, que las informaciones que se van a presentar se seleccionan, incluyendo o excluyendo determinados ítems y además la explicación de lo ocurrido se limita al abanico de posibilidades que decide el informador o quien le controla. Y al mismo tiempo se puede producir en el tiempo, con el sistema de goteo continuo de determinadas informaciones, con ocultación de otros, y con explicaciones en una cierta dirección, la orientación de la opinión y consecuentemente de la conducta de los presuntos informados. A eso se le llama una *campaña*.

PODER DE LA MANADA

Intencionadamente se renuncia a hablar del grupo o de la secta, que ya se han comentado, para mencionar la *manada*, que se refiere a un grupo de animales que van juntos. Se trata de enfatizar la animalidad, el proceder irracional, de los grupos que por distintos motivos renuncian a su humanidad, pasando de sociedad a masa pura, cuya esencia se enfatiza retóricamente con el término de *manada*. Y en ello hay además diversos grados de comportamiento animalizante y al tiempo capaz de influir poderosamente sobre nuestras vidas.

Neuronas espejo

Hasta finales del siglo XX no se describieron tales neuronas. Son células neuronales (no gliales) cerebrales, que se activan cuando un ser animal, y los humanos lo somos, ejecuta una acción que refleja de forma exacta o especular la de otro congénere. No se trata de un proceso conscientemente voluntario, sino de una mera imitación o reproducción, que está ligada a cualidades como la empatía, la imitación y, en fin, la vida social menos consciente. Por ejemplo, cuando se oye una explosión y todo el mundo corre alocadamente en dirección contraria a la zona de origen de esta, son las neuronas espejo, situadas en las áreas frontales inferiores y lóbulo parietal precentral las que dirigen tal acción, automática, irreflexiva. Lo mismo ocurre en el caso más grato del niño que aprende a sonreír como reflejo de las reiteradas sonrisas de quienes le acogen y miman; obsérvese que niños pequeños, a veces preciosos, resultan repelentes cuando por el motivo que sea no han adquirido la función espejo de responder con gesto agradable, copia de las expresiones afectuosas que contemplan.

El automatismo que se genera a partir de las neuronas espejo puede ser muy útil en determinados momentos, por ejemplo para empatizar en una reunión social o para huir de un peligro ante una amenaza patente, sin necesidad de reflexionar en lo que se hace: fiesta–amabilidad, alarma–huída. Pero también puede ser empleado para unificar el gesto y consecuentemente el pensamiento, de una gran colectividad. Pensemos en las

grandes concentraciones cubanas o coreanas, por poner ejemplos extremos, que educan en espejo –especularmente– el pensamiento y la conducta de las personas. Veamos la mimética y sana alegría de las multitudes juveniles que acuden a las Jornadas de la Juventud, escasas de frutos pero hábilmente movilizadas con consignas uniformizadoras y halagadoras de la *alegría juvenil*. Pensemos también en la reacción irracional de un grupo de ciudadanos, calentados y fanatizados por la soflama de un individuo con capacidad de convicción, que avocan a una conducta unánimemente agresiva, por ejemplo al linchar a un presunto culpable de algo, sin razonar en lo que ocurre y sin juicio previo.

La acción masiva e inmediata se aprovecha por los manipuladores de la sociedad, de modo que se recurre a los mecanismos más elementales del cerebro, pasando olímpicamente por encima del razonamiento y la valoración propiamente humana de las cosas; los movimientos masivos habitualmente están teñidos de la más radical irracionalidad y según quien los dirija, son una manipulación imparables, injusta e inhumana. Pensemos, por ejemplo, en algo que ocurrió hace veinte siglos: el asesinato de Jesús de Nazaret. Días antes, la masa enfervorizada, movida sin duda por el contagio del gesto común de neuronas espejo, aclamaba al Rey de Israel como Mesías y Libertador; en la víspera de la Pascua judía, exactamente las mismas personas (quizá no personas, sino más bien individuos), movilizadas por los príncipes del pueblo, gritaban ante Pilatos su sentencia: *¡Crucifícale!* Y eso sigue siendo aplicable a todo tipo de manipulación masiva (todo, sí señor...).

La manada al poder

El clarividente, y por tanto relegado al olvido, ensayo de Ortega, *La rebelión de las masas*²⁰ habla de una realidad que se impone desde principios del siglo XX: el acceso al poder de las masas. Entiende don José la masa como el agregado no estructurado, no social, de individuos, que

²⁰ J. Ortega y Gasset. *La rebelión de las masas* (15ª ed.). Espasa Calpe, Madrid. 1961.

tienen en común un concepto primitivo de la existencia, reducido a la supervivencia y una vida de relación elemental, renunciando a lo propiamente humano; la masa sería lo que queda del pueblo cuando renuncia a su esencia distinguidamente humana. No se trata de las élites, porque élites son también los mandones brutales de un campo de concentración cuando están en ese medio, ni de la excelencia de pensamiento, que corresponde a sectores minoritarios de la sociedad, porque exige cualidades superiores y sobre todo esfuerzo. La masa es la que resulta consciente de su bajuno proceder, masivo, gregario, facilón, acomodado más a la animalidad de los humanos que a su humanidad propiamente dicha.

Y en esa deriva poderosa, tal masa (Ortega repite que tan masa puede ser el titulado superior, como el jefe militar o el dirigente de cualquier tipo) tiene una única preocupación: ya que no puedo ascender en la escala humana, porque no quiero, porque es más fácil ser masa que persona, porque se está muy bien metido entre la masa como un individuo más, anónimo, vulgar, amorfo, pensando todos los mismo y haciendo lo mismo, que el mundo se acomode a mí. Y como una de las derivas insanas de la democracia es la masificación, la masa puede acabar imponiendo su norma (lo vulgar, lo masivo, lo antihumano) a toda la sociedad. Aunque no me agrada, creo que se puede ilustrar lo dicho, sin hacer más sangre, con una anécdota personal, por la que pido perdón. En una comida de celebración de varias familias, fui abroncado, literalmente, por un individuo setentón al que no conocía, afeándome que yo estaba tomando unos langostinos con cubiertos mientras que el resto de la gente lo hacía con las manos; incluso recibí el calificativo de *señorito antisocial*. Pues eso es la masa; pero cuando gobierna, la cosa es bastante más importante que el caparazón de un marisco; bastante más.

La gran repartidera

Cuando a principios del siglo XX las clases proletarias hablaban en nuestro país de lo que se denominaba la *gran repartidera*, refiriéndose a que los bienes de todos se iban a repartir entre todos por igual, con lo que

los menos favorecidos salían siempre ganando mientras que los demás perdían, se formulaba un deseo que realmente subyace en el consciente, y bien consciente, de la masa: poseer lo que no se ha conquistado con el esfuerzo. A salvo, claro está, de las injustas diferencias sociales, que no se suelen arreglar con la famosa repartidera porque quienes poseen son los que de un modo u otro controlan la sociedad. Dicen que el infausto personaje Álvaro Figueroa y Torres, conde de Romanones, ridiculizaba la famosa repartidera con un cínico argumento: Magnífico, porque entre lo que tengo y lo que me toque, seré aún más rico. Lo absurdo de la formulación es evidente. Sin embargo la pugna masiva por apropiarse de lo ajeno está cada vez más presente.

El igualitarismo económico es una utopía que hasta el comunismo chino desechó hace años. Pero sigue presente hasta en las formulaciones políticas de la derecha más recalcitrante, sin duda porque concreta con una aspiración masivamente sentida: se le llama redistribución y consiste simplemente en un expolico legal de las personas que perciben más ingresos como compensación a trabajos de superior responsabilidad o esfuerzo. Ese camino ya ha sido recorrido por los países de la órbita socialista clásica, demostrándose su esterilidad. Efectivamente, si con diferente esfuerzo y penosidad laboral, con distintas responsabilidades, la retribución es igual, la tendencia humana natural es abandonar todo esfuerzo y optar por el mínimo. Y eso hunde a la sociedad. No es lugar de soflamas políticas, pero Den Xiaoping y Gorbachov lo explicaron elocuentemente. Las desigualdades impositivas son naturales, siempre que no entren en el terreno de lo confiscatorio: a distintas cargas fiscales, iguales derechos. Pero no a costa de esterilizar la iniciativa, que es lo que al fin hace avanzar a toda la sociedad. Cuando se habla de que quien más tiene debe cotizar más, late debajo un afán confiscatorio; quizá sería más sensato decir que quien menos tiene menos debe cotizar. No se olvide que no solo instancias sociales generales sino también eclesiásticas, abogan por esa insensata gran repartidera: hay formas de suicidio más lento.

En nombre de la justicia social se ha producido un doble fenómeno. En primer lugar el expolio de las personas más preparadas y que conse-

cuentemente están mejor remuneradas y en segundo lugar que quienes carecen de cualificación profesional, unas veces por incapacidad personal o por pura inercia o pereza, jamás se superarán ni empujarán a superarse a sus hijos, porque entre lo que cobran por su trabajo y las ventajas fiscales y sociales que tienen, acaban percibiendo en total casi lo mismo que sus directivos. Pero las responsabilidades no son las mismas. Si se hunde un puente en construcción, los ingenieros que lo diseñaron irán a la cárcel, no el obrero. Si un enfermo muere durante una intervención quirúrgica, el encausado será el cirujano, no el celador que lo transportó en camilla. Cuando se dice que *todos somos igual de necesarios*, se tergiversa la realidad, porque sobra lo de *igual*; un director de obra puede sustituir a un operario de encofrado, pero ese operario no podrá dirigir la obra de ningún modo. Todos somos necesarios, pero no *igualmente necesarios*. Y asumido esto, el esfuerzo de formación, el tiempo de sacrificio dedicado al estudio y la formación y la diferencia de responsabilidad, tendrá que remunerarse de algún modo. Y si no se hace así, ni la más brutal fuerza conseguirá que la sociedad siga funcionando adecuadamente: a igual remuneración, en la práctica, igual responsabilidad.

Hace algún tiempo se promulgó en Francia una Ley de grandes fortunas. La idea era que los más ricos debían soportar el mayor peso de la sociedad. En cierto modo eso debe ser así, pero hay dos problemas: Cuál es el límite que separa a los ricos de quienes no lo son y si se trata de contribuir o confiscar. Un famoso actor, Gerard Depardieu, advirtió que cinco séptimos de sus ganancias iban para el fisco y entonces, considerando que le gustaba mucho su trabajo y no lo iba a abandonar y también que no iba a permitir que le robasen en nombre de la *égalité*, con tanta *inegalité*, se empadronó en Rusia, donde le concedieron la nacionalidad y ahí sigue pagando sus impuestos no confiscatorios y tomándose sus innumerables copas de excelente vino, francés, naturalmente. En el mismo sentido, a propósito de un asunto de cuentas bancarias de españoles ingresadas en bancos panameños, a salvo del fisco español, se expresaba el Nobel Vargas Llosa. Fue acusado, al parecer injustificadamente, de tener una cuenta fraudulenta en el paraíso fiscal panameño.

En unas declaraciones hechas en París, Vargas Llosa dice literalmente²¹ –así parece indicarlo el entrecomillado– que *hay países donde los impuestos son como expropiaciones y uno comprende que haya empresas, individuos o familias que intenten escapar a lo que perciben como una amenaza terrible para su futuro*. Y añade que *hay que respetar la ley, que es importante, fundamental para que funcione la democracia, pero al mismo tiempo hay que buscar que la ley sea realista. Hay leyes que lo empujan a uno a la transgresión de la ley*.

Hace tiempo, las casas productoras de software informático llegaron a la conclusión de que el mercado estaba inundado de copias pirata de sus originales por el excesivo precio al que vendían el producto. Así que optaron por mantener los derechos de autoría –lícitos, puesto que se había hecho una fuerte inversión para producir tales herramientas informáticas– pero rebajaron mucho los precios. La conclusión es que las ganancias aumentaron, porque los usuarios preferían un programa con garantías a una problemática copia y todo el mundo quedó contento. Pues bien, esto que es tan sencillo de entender por la empresa privada, parece inasequible a las expropiatorias mentes de los administradores de la cosa pública. La multitud de individuos que jamás se han esforzado en adquirir una formación profesional, una sólida cultura o en arriesgarse lo más mínimo para llevar adelante una iniciativa empresarial, se aprovechan con la inefable y manipulable excusa de la *solidaridad y justicia social* de los que son despojados de sus bienes lícitamente adquiridos. La escritora Ayn Rand, decía: *Cuando la mitad de la población se percata de que está trabajando para la otra mitad que no produce –y ahí caben los improductivos administradores que aplican las normas confiscatorias– estamos a punto de presenciar cómo la sociedad se paraliza*. No es respetable lo que permite la diferencia en aras de la igualdad; es un contrasentido en sí mismo. Los maniatados por el poder deben rebelarse al menos ante la praxis cotidiana, pregonando a todos los vientos y especialmente repitiéndose a sí mismos, que lícito y legal, no son sinónimos.

²¹ OKDiario, 8-4-2016.

Sumisión a la opinión general programada

Lo dice la mayoría, luego será verdad. A partir de las majaderías de Rousseau en su *Contrato social*, el criterio de la mayoría como garante de ortodoxia, veracidad y bien común, se ha generalizado de forma alarmante. La experiencia demuestra que lo mayoritario es únicamente mayoritario: nada más. Ante situaciones complejas, la mayoría piensa o actúa de un determinado modo, pero sobre la premisa de que las informaciones que le han llevado a esa conducta o criterio pueden estar (suelen estar) intencionadamente alteradas o ser simplemente una falsedad o fruto de la omisión parcial de elementos fundamentales para el juicio; la cosa cambia. A ello hay que añadir que si todo el mundo tiene perfecto derecho a tener y defender sus propias opciones u opiniones, nadie lo tiene de controlar la marcha de la sociedad entera a partir de criterios discutibles o abiertamente erróneos; una estupidez o un error asumidos por la mayoría, no se transforman en sabiduría o acierto por tal asunción. Hay que añadir que a través de medios poderosos de control, es posible inculcar en la mayoría criterios u opiniones que acabarán condicionando el devenir de la sociedad entera; es decir, que unos pocos, acabarán dirigiendo el pensamiento de la mayoría y como se esgrime el indiscutido principio de que la mayoría tiene razón o al menos el derecho de imponer su criterio, al final unos pocos acabarán imponiendo su dirección a la sociedad. Oponerse a esta afirmación con la excusa demagógica de que las personas no son necias y distinguen lo verdadero de lo falso, es puro cinismo: aún en el caso de que así fuera, las opiniones y las conductas se toman en función de la información de que se dispone y si esta viene manipulada de origen, el resultado quedará predeterminado.

Quizá un ejemplo aclarará lo antedicho. En 2014, la profesora Cheryl Abbate de la universidad jesuita de Marquette (Michigan, USA), dijo en clase que tomarían como *premisa indiscutible el derecho al matrimonio entre personas del mismo sexo* y que eso respondía a algo de *universal y reconocido consenso*. Un alumno discrepó públicamente, explicando la diferencia entre una unión de hecho y un matrimonio natural y la profesora de la universidad jesuítica le tachó de *homóforo* porque alguno de los con-

discípulos podía ser homosexual y verse agredido por los comentarios del estudiante, expulsando al alumno discrepante de clase. Cuando el profesor de la misma universidad John McAdams se enteró del incidente, denunció el hecho en su blog el 9-11-2014 y explicó la táctica de desautorizar apriorísticamente a todo discrepante, juzgando las opiniones contrarias como *retrógradas y ofensivas*. En el terreno de lo opinable, por respetable que sea cualquier opinión (y lo es si se hace desde el respeto a las contrarias), acudir al consenso general, previamente inoculado por masivas campañas de opinión, como criterio indiscutible, es intolerable. Al profesor le advirtieron de que su apreciación de lo ocurrido era incorrecta y se le abrió expediente disciplinario por la autoridad académica, *exigiéndole disculpas* por su valoración de la conducta de la profesora Abbate, también antigua alumna de la universidad; por supuesto, el profesor McAdams no se retractó. Ahora, en marzo de 2016, la universidad jesuita ha suspendido de empleo y sueldo al profesor denunciante del presunto desafuero *hasta que admita su culpabilidad* en el asunto²². Pocas cosas hay tan eficaces para manipular en última instancia a una persona en nombre de la *opinión generalizada*, que el ataque furibundo, directo, violento e insultante. Cualquier disidencia de la mayoría imperante en lo ideológico, suele ser inmediatamente reprimida con abucheos, escraches, insultos manidos –facha, franquista, señorito, intolerante, cavernario– aislando al librepensante y esterilizando su mensaje. Por supuesto, a eso se ha sumado todo tipo de poder, incluido el eclesástico, con matices por si acaso queda crudo.

Olor a sangre

Cuando desde la mayoría se reprime violentamente un criterio discordante, en general bajo la dirección de una minoría aparentemente neutral pero sembradora del germen uniformizador, se observa cómo los individuos, prescindiendo de su condición de persona, engrosan el número de los represores de forma espontánea. Se han puesto antes ejem-

²² A. Martínez-Bordú, Infovaticana, 5-4-2016.

plos: la ley de Lynch se da en todos los ámbitos de la vida. Para ilustrar nítidamente este ítem, permítasenos aportar un ejemplo real de cómo al amparo de un ambiente social concreto, previamente inducido o creado, se añaden represores que consuman la labor poderosa de imposición de directrices sociales.

Una catalana, Ana Moreno, dio testimonio en el Parlamento Europeo del calvario de su familia por haber osado exigir que, de acuerdo a la ley, sus hijos recibieran enseñanza escolar al menos en el 25 % del tiempo lectivo en español, en lugar del 100 % en catalán²³. Otros padres han seguido la misma táctica, con idéntico resultado y similar calvario. Cuando la demanda de la señora se hizo de forma oficial, un medio publicó los nombres de padre, madre e hijos, estigmatizándolos públicamente por cuestionar el modelo de inmersión lingüística y pretender que se aplicase la ley de forma estricta. A partir de ahí se sucedieron los escraches ante el domicilio de los osados padres y la actitud despectiva de la mayoría de los vecinos, aparentemente no significados en un modo tan restrictivo de entender la sociedad. Se señaló públicamente el negocio familiar, un pequeño centro de celebración de fiestas infantiles y familiares, con servicio de restaurante, que hubo de cerrar ante el boicot masivo de los pobladores de Balaguer. Al tiempo la asociación de padres del colegio al que acudían los niños, el *Gaspar de Portolá*, señaló como indeseables a los padres protestantes; se creó un ambiente enrarecido que llegó a la prohibición explícita por parte de los padres del resto de niños del colegio de dirigirse a los hijos de quienes demandaban sus derechos, negándose incluso los compañeros de clase a jugar o relacionarse con ellos. También se organizó a las puertas del colegio una manifestación convocada por la AMPA y los padres de alumnos, pretextando que por *una sola protesta* se iba a erradicar el proceso de inmersión lingüística ya que sería obligado introducir nada menos que una asignatura impartida en español. La sentencia del Tribunal Superior de Justicia de Cataluña, favorable a los padres demandantes, fue ignorada, sin consecuencias de ningún tipo para

²³ Libertad Digital, 5-4-2016.

los que no la acataron. Los padres no tuvieron más remedio que enviar a sus hijos a un centro privado de Lérida, donde también se enseñaba en español. Y en eso seguimos. La acción nociva de los agentes anónimos espontáneos, puede ser determinante, por muy despreciable que resulte desde el punto de vista ético. Otro ejemplo vivo de esto es la película *La lengua de las mariposas*²⁴; un maestro de escuela enseña a sus alumnos todo lo que puede, con una técnica didáctica ejemplar y entregada y se dedica singularmente a un niño que considera que tiene un buen futuro intelectual; al llegar la Guerra Civil, ante la inminencia de la llegada del bando vencedor, la gente que tanto agradecía su benéfica actividad al maestro, es la primera en denunciarlo al vencedor nacional, ya que el maestro era republicano, y el iniciador del abucheo y denuncia pública, seguido después por todo el pueblo, es el alumno favorito del profesor. La renuncia a ser persona es causa de problemas gravísimos, ya que una masa desbocada lo arrasa todo.

PODER DEL SEXO

Al hablar de sexo la mente deriva automáticamente hacia terrenos obvios, hormonales, deslizantes a lo largo de toda la trayectoria vital de ser humano. Pero el asunto es algo más complejo, al menos en relación con el ejercicio del poder. Habrá que deslindar el tema en distintos aspectos que implican al sexo: el relativo a la pulsión sexual estricta y el que se relaciona con la realidad humana sexuada dentro de la sociedad.

Impulso sexual

En la práctica, el impulso sexual supone una fuente de poder directa y también un modo poderoso de expresarse en sociedad. Por ejemplo, vemos a individuos aparentemente repulsivos, de aspecto detestable, car-

²⁴ Protagonizada por Fernando Fernán Gómez y dirigida por José Luis Cuerda (1999).

gados de dinero y poder, que consiguen para personal uso y disfrute a las más codiciadas hembras de la especie humana. Intencionadamente se expresa así la realidad, de modo que se vea cuán repulsiva es, según se constata sin finiquituras sociológicas ni paso por el matiz de lo políticamente correcto. El rico se lleva a la hembra codiciable porque esta se vende al mejor postor. Brutal, pero descriptivo. Hace años un amigo psiquiatra tenía en su despacho un curioso cinturón de cuero, recubierto por muchas tiras de la misma piel que ensartaban cuentas de una piedra azul pulida; la explicación de tan curioso aderezo era que se trataba de un cinturón de sexo de una tribu africana, que a modo de condecoraciones militares ostentadas sobre el pecho del heroico guerrero, mostraba la candidata al matrimonio, de modo que cada ristra de cuentas azules representaba a un amante o esposo pasado; de esta forma, el acaudalado pretendiente sabía que optaba por la mejor mujer, porque tantos amantes demostraban su pericia en las artes eróticas.

Dice Juan Ruiz, arcipreste de Hita, que las dos cosas por las que se mueve el hombre son *por haber mantención y por tener ayuntamiento con fembra plazentera*, es decir, la comida y el sexo. Y parece que de eso sabía un poco. Evolutivamente, el sexo tiene la doble vertiente de que la mujer más codiciable acaba logrando éxito social y que el hombre más poderoso presume de su adquisición. Así es de primitivo y claro en la sociedad actual, a pesar de las protestas de liberación y otras zarandajas: no se observa en la práctica mucha diferencia con lo que dicen que movió la guerra de Troya hace mucho más de tres milenios, por la pasión de Paris y Elena; una inverosímil excusa para justificar lo que en realidad fue una guerra comercial, que se hizo creíble por la percepción cotidiana de los oyentes de la epopeya homérica.

Un ejemplo extremo de poder en que éste se ejerce desde el pretendiente a la pretendida, es el de la historia de Gengis Khan, el emperador mongol, que reorganiza durante el siglo XIII la gran Asia; además de la unificación política, actualmente se ha demostrado que cerca del 10 % de los pobladores del antiguo imperio, ya fragmentado en distintas naciones, llevan la carga genética del gran Temudjin, que impuso no solo su

poder político sino también el genético por la cohabitación cotidiana con numerosas jóvenes pertenecientes a las diferencias etnias de los territorios conquistados

Y al hablar de la complementariedad varón-mujer se debería incluir la que se daría entre personas del mismo sexo, ya documentada desde tiempo inmemorial. El amor dórico griego como el de Sócrates por Alcibíades, mucho más real por el contexto que la mera ficción como excusa retórica, y sus coletazos tardíos como la imperial pasión de Adriano por Antinoo, son exponentes de un hecho innegable. En tales casos, la separación entre pasión erótica y factores reproductivos, introduce elementos diferenciales sobre lo antedicho, pero no rebasa la dimensión poderosa del recíproco influjo de los amantes deseables y deseados y sus pretendientes. El influjo poderoso unas veces unidireccional y otras bidireccional, que la complementariedad sexual supone, ha sido y sigue siendo la base de muchas microalianzas fácticas en la sociedad.

El sexo femenino como clase social

Aunque parezca un exceso conceptual, la realidad es que al margen de consideraciones biológicas y éticas, lo es. Naturalmente nos referimos a la realidad actual; la posible evolución en diferente dirección de lo que tenemos, tendrá que interpretarse de otra manera, pero por el momento habrá que referirse a lo que existe, al margen de las consideraciones referentes su origen.

Por condicionantes biológicos, la mujer solo es fecunda unos pocos días cada mes lunar, mientras que el varón es capaz de fecundar varias veces cada día. Este hecho biológicamente innegable, supone un correlato en la conducta sexual de mujeres y hombres. Normalmente la mujer no se ve impedida genésicamente a la relación sexual más que en momentos concretos, mientras que el varón tiende a propagar su semilla a la primera ocasión. Naturalmente hablamos en términos puramente procreativos; pero eso forma también parte de la cultura y de los condicionantes cerebrales, neuroendocrinos, de los dos sexos. De esta forma, la mujer

es habitualmente más remisa a la relación sexual mientras que el varón es proclive a una cierta promiscuidad. La cultura, la moral y los condicionantes sociales generales van a tamizar tales tendencias, que no serán ya puramente animales. Pero subyace siempre la tendencia, la famosa tendencia. Y por la complementariedad reproductora y la diferente fecundidad de sendos sexos, la tendencia de la mujer será una cierta resistencia, mientras que la varonil será cierta tendencia al asalto, galante por supuesto. Esas diferencias biológicamente condicionadas, también darán como resultado comportamientos diversos, en los que la voz cantante será siempre de la mujer, porque es la que puede acceder o no a las demandas no cíclicamente reguladas del varón. Don Mendo, en la alegre astracnada de Muñoz Seca, sintetiza la conducta contraria con una expresión un tanto excesiva, pero muy plástica: *La infeliz es más coqueta que las clásicas gallinas*. El coqueteo es la subversión conductual de una tendencia biológica. Pero habrá que asumir que esto es así aquí y ahora y que no presupone un actitud persistente a lo largo del tiempo. Negar la evidencia no tiene mucho sentido, por mucho que a muchos parezca detestable o degradante para la mujer. La conclusión biológica de lo antedicho es que la mujer tiene la llave de la permanencia de la especie humana. Y quien tiene la llave, puede abusar de ello. Y lo suele hacer. La dominación del varón, en ese sentido, se constata en muchos casos.

De forma complementaria, la capacidad procreativa de la mujer implica un control adicional de la especie: el periodo fértil. Desde hace tiempo la mujer se independiza en su conducta social de la actividad sexual y reproductiva, por la irrupción masiva de la anticoncepción. La púdica jovencita de antaño puede actuar sexualmente sin temor a la consecuencia: el embarazo. Pero eso no obsta para que persista una tendencia neuroendocrina, frecuentemente contrarrestada por una masiva invitación social a la conducta contraria a la fecundidad restringida. Mas el control adicional se hace desde la dimensión social por otro mecanismo, que es el retraso en la edad de concepción. En efecto, por condiciones sociales, muchas veces impuestas por motivos laborales o académicos, y otras pasivamente asumidos como respuesta a aplastante propaganda masiva, la

edad del primer embarazo se retrasa cada vez más, con lo que el control de la pervivencia de la especie se hace selectivamente para sociedades que se mueven culturalmente en una manipulación proclive a la limitación de la fertilidad. Las consecuencias pueden ser tremendas, por envejecimiento de la población y por cambio radical del modelo de estructura social. Y ello está, una vez más, en las poderosas manos de la mujer.

La mujer como arma de invasión

El papel reproductivo de la mujer es fundamental en los mecanismos de migración e invasión masiva de las sociedades occidentales. No es novedosa la afirmación de algunos dirigentes musulmanes que reza, literalmente: *Conquistaremos Occidente con la matriz de nuestras mujeres*²⁵. Esto es un hecho, no una suposición o una acusación. Las migraciones programadas a los países europeos desde países socialmente muy distintos, básicamente musulmanes, africanos e iberoamericanos, se acompañan de una explosión genésica de los mismos inmigrantes, lo que produce dos hechos innegables. El primero de ellos es el acaparamiento de las ayudas sociales programadas para los estratos de población autóctona menos favorecidos²⁶, que supone a su vez dos subfenómenos: el despojo de tales ayudas para los ciudadanos propios del país de acogida o llegada y el favorecimiento del subsiguiente aumento de la procreación en los inmigrantes, que se aprovechan de tales ayudas. Y en el desplazamiento social de poblaciones y ayudas a los menos favorecidos, el papel de la mujer como transmisora de vida es crucial; la mujer logra, apoyándose en normas previas de los países de llegada, desplazar la función de apoyo social inicialmente diseñada para favorecer a los más desfavorecidos de la sociedad. Y consecuentemente, el segundo fenómeno es la contribución decisiva a la transformación demográfica, en lo que la política natal restrictiva de los autóctonos, también mediada por la mujer, es eficaz cooperadora.

²⁵ *Proyecto Huari Bumedian*, presidente de Argelia, expuesto en discurso ante la Asamblea General de la ONU en 1974.

²⁶ El Confidencial Digital, 14-8-2016.

Ideología de género

El nebuloso tema de la ideología de género es difícil de sintetizar. Pero se puede afirmar que toma carta de naturaleza en una proclamación internacional que tiene su origen, en medio de una atmósfera escasamente proclive a tal iniciativa, en la *IV Conferencia Mundial de las Naciones Unidas sobre la Mujer*, que tuvo lugar en Pekín en 1995. La proclamación se impregnó inicialmente de un ropaje aparentemente favorable a los derechos de la mujer, que se asumía que había sido perjudicada en la historia previa y debía tomar su papel igualitario y condigno con el varón. La síntesis, completamente ajena a la promoción de la mujer, de la definición de la ideología de género emitida por la cumbre de Pekín, fue la siguiente: *El género se refiere a las relaciones entre mujeres y hombres basadas en roles definidos socialmente, que se asignan a uno u otro sexo*. Tal definición es un puro apriorismo sociológico, que parcialmente podría ser asumido, por ejemplo en los papeles de varones y mujeres en determinados trabajos u ocupaciones, pero que pasa por encima de un hecho inevitablemente impuesto por la naturaleza, que es la diferenciación anatómica y fisiológica de los sexos, la procreación y las consecuencias inmediatas de esta en el cuidado materno.

No es objeto de este trabajo apoyar o discutir la ideología de género, aunque la asunción de *género*, término estrictamente gramatical, en sustitución de sexo, hecho biológicamente innegable, no parece que se resuelva satisfactoriamente por una declaración impuesta. Y mucho menos que los individuos asuman voluntariamente un rol social masculino, femenino o de otro tipo, salvando las cuestiones de homosexualidad o bisexualidad, que tienen un ámbito realmente más restringido. Sirva como ejemplo la asunción del vegetarianismo como una opción natural y sana del ser humano. Al estudiar en el humano la composición de la dentadura, las características de sus jugos digestivos y la estructura y longitud de su tubo intestinal, el vegetarianismo resulta una opción puramente voluntarista, contraria a los condicionantes biológicos del humano. Menos llamativa que la incapacidad para volar del humano, que no tiene manos de largos dedos unidos por una membrana, como los murciélagos, y que por tanto

si intenta lanzarse al vuelo tropezará con la tozuda realidad de la ley de la gravedad.

Pues bien, el apriorismo no se sabe si indemostrable, pero por el momento indemostrado, de que el rol social del sexo es lo que hay que defender a pesar de las condiciones biológicas, se encuentra en el fondo de un profundo cambio de la sociedad, en el que el sexo se diluye, la familia se esfuma, los papeles materno y paterno desaparecen y las diferencias de los sexos, evidentes desde el punto de vista físico, endocrino y cerebral, independientes de los roles sociales, desaparecen. La fuerza con que se apoyan desde instancias poderosas, como la ONU, las iniciativas de ideología de género²⁷, supone una importante modificación de la estructura social y, por su ropaje ideológico, científicamente discutible a todas luces, una imposición que llega desde el tamiz de una visión irreal del sexo. El sexo como excusa para un cambio social mundial radical. Y ello no tiene nada que ver con el feminismo, la defensa de la homosexualidad o bisexualidad o los derechos de las personas; es un salto cualitativo decisivo cuya espoleta de inicio es el sexo, transformado, por obra de la presión poderosa, en género.

PODER IRRESISTIBLE

Fuerza directa

Poco hay que explicar en este apartado. Ante la contundencia de una pistola apuntando al pecho, una navaja firmemente apoyada en el pescuezo o una llave de estrangulamiento, las posibilidades de defensa suelen ser escasas. Algunos expertos en autodefensa pueden zafarse de amenazas poderosas de este tipo, pero el común de los mortales no tenemos muchas posibilidades de escapar a tales formas de control de nuestra

²⁷ SIAME (México), 10-10-2016.

voluntad. La contundencia de un bombardeo o el acoso violento en derredor, sin una fuerza de amparo eficaz, policial, jurídica o militar, no tiene antídoto. A veces es posible la acción represiva posterior, como disuasión de ulteriores imposiciones de poder. En ocasiones es eficaz una acción preventiva, pero eso supone la intervención de los poderes públicos, capaces de reprimir el poder indebidamente ejercido o de disuadir de su empleo. Y hablar de ello nos llevaría lejos y sin mucho fruto. La fuerza física pura solo se puede neutralizar con otra fuerza física de mayor magnitud o una contundente actitud preventiva, pero la ley también condiciona las condiciones en que ello se puede ejercer. Y a menudo eso deja inermes en la práctica a muchos ciudadanos; o eso me parece al mirar alrededor.

Fuerza secreta

Hay otra fuerza que podríamos considerar en cierto modo irresistible, porque se impone brutalmente sin posibilidad de defensa: la de las organizaciones secretas de control. Se ha detallado algo sobre tales sociedades en el capítulo de la secta. Tienen todas las características del poder físico y añaden a éste otros dos rasgos: la transversalidad y el secretismo. Lo transversal puede implicar a individuos e instituciones de muy diversa cualidad y nivel decisorio y habitualmente no se detecta externamente por adscripción a una opción política o un credo. Los antiguos gremios medievales de artesanos podían tener gran fuerza en la sociedad en que actuaban, pero se sabía perfectamente qué eran y quiénes los componían; la transversalidad hace muy difícil deducir el poder que se puede ejercer desde cualquier rincón de la sociedad y en qué momento. Por otra parte, el secretismo hace imposible la precaución o la defensa. No es posible saber en qué medida un acto propio puede chocar con los intereses de un ente social secreto, con sus propios objetivos y diseño de estrategias.

No es paranoia afirmar que hablamos de entidades realmente activas y existentes, no de conjuraciones imaginativas. No contar con esta forma de poder es falta de realismo. No es infrecuente que a la hora de tomar una iniciativa o intentar algún tipo de empresa, los promotores cho-

quen con insospechadas resistencias; incluso resulta extraño que personas aparentemente muy alejadas del área de intereses que se está tocando, protagonicen tales resistencias. En estos casos será frecuente encontrar subyacente una asociación entre promotores, inversionistas y personajes públicos, que únicamente se descubre tras difícil indagación. Y lo más irritante es que en la asociación de individuos poderosos, no resulta raro que confluyan personas con intereses e ideología totalmente opuestas, al menos aparentemente. Nada es lo que parece.

La envidia

Y en el mismo plano de lo antedicho, hay una perversa fuerza de imposición, que se esconde casi siempre y emerge en el momento más inesperado: la envidia. La envidia es una pasión, una enfermedad moral, pero también un poder destructivo. Muchos de los actos repugnantes que se produjeron en nuestra pasada Guerra Civil fueron causados por este avatar del poder, con disfraces ideológicos variados y especialmente en el medio rural esto es aún constatable. La envidia a veces es patente, pero con mucha frecuencia cursa como una pasión secreta, insospechada para el envidiado. Anida en el corazón de personas que anhelan poseer lo que no pudieron o no tuvieron el empeño de lograr y que sí tienen otros. Da igual cuál sea el objeto de la envidia: un terreno de cultivo, una bella esposa, una familia ejemplar, un título académico, un reloj lujoso, un coche de alta gama; frecuentemente se trata de algo objetivamente irrelevante pero muy codiciado por el envidioso, como un sedoso y ondulado cabello, una voz armoniosa, la capacidad de jugar bien a la petanca o un bello y antiguo rosal que adorna la entrada de la casa heredada del abuelo. Lo peor de la envidia es que tiende a degenerar en odio, al no poderse consumir la posesión de lo apetecido; el odio es la aversión total hacia la persona envidiada, hasta el límite del exterminio físico y que se perpetúa, de modo que persiste incluso cuando el ser odiado –envidiado– ya ha muerto, como ya se ha visto. Las manifestaciones de la envidia pueden ir desde el gesto desdeñoso o descortés a la habladuría injustificada, pasando por las microagresiones sociales ocasionales o continuas

y llegar a la delación ante la autoridad del momento por motivos graves aunque sean inventados, buscando la eliminación del envidiado incluso sin llegar a posesionarse del objeto codiciado. Defenderse de la envidia es muy difícil; en la medida de lo posible hay que evitar mostrar valías o posesiones codiciables, pero como ya se ha dicho, la envidia puede generarse por motivos variadísimos, incluso imaginarios, y en tal caso la fuerza antagonica que desencadena es imposible de neutralizar.

Imposición normativa

Quien controla el Boletín Oficial, controla la vida ciudadana. Es una máxima reduccionista, pero verdadera en su esencia. Una vez dictada la norma, resulta difícil revertirla. Asistimos con creciente alarma a la voracidad legislativa de los políticos, sea cual sea su color. Todo el mundo echa su cuarto a espadas a la hora de determinar, hasta en el menor detalle, las normas que deben observar los ciudadanos; ya se ha visto antes que tales normas son habitualmente vulneradas o sorteadas por los mismos que las dictan, pero eso es otra cuestión. Y el aspecto más sórdido de este asunto radica en la difícil reversibilidad. Algunos recientes rescates económicos nacionales, más o menos encubiertos, han dado paso a un cambio radical de la estructura de la sociedad, de modo, por ejemplo, que el colchón de amortiguación que supone la clase media, adelgace de modo significativo, propiciando un abierto enfrentamiento entre clases que han quedado engrosadas cuantitativamente por arriba y por abajo. Eso se está viendo claramente en la reciente historia de Europa y resulta difícil pensar que obedece solo a una coyuntura económica y no está activamente favorecido por la deriva social impuesta por medidas legislativas tomadas para manejar tal coyuntura. Meditar sobre este aspecto nos puede llevar muy lejos, al borde del delirio paranoico, al carecer de datos fehacientes sobre qué ocurre realmente y por qué se toman unas medidas y no otras. Y ahí lo dejamos, abierto a la meditación del sagaz lector.

Se pueden poner un par de ejemplos que ilustrarán bastante bien este capítulo. Hablemos de energía y de la engañifa de la energía limpia;

no hay energías limpias, sino eficientes e ineficientes, en función de los aspectos negativos y positivos que implican. Calificar moralmente un tipo de energía, según su origen, es una pura manipulación. Veamos una realidad directa en nuestro país. Recientemente se ha aprobado un Real Decreto que constituye el broche final de las medidas de control energético estatal. Tras la condenación de la energía de origen nuclear, que se compra a precio de oro en Francia y la promoción de los aerogeneradores, que cubren como una plaga rapaz todas las lomas y montes de nuestra tierra y la instalación por el artículo 33 de grandes agrupaciones de paneles fotovoltaicos, todo ello asociado a enormes ventajas fiscales para los dueños de las empresas responsables, la subida del costo de la energía eléctrica, y por tanto el precio final, ha sido espectacular. Total, que se paga un elevado precio que además de enriquecer a las arcas del Estado beneficia a las empresas que están detrás de la maniobra energética. El nuevo Real Decreto impone una tasa económica a los autoconsumidores que conectados a la red eléctrica común²⁸. De esta forma, además de pagar la instalación propia, con dinero también propio y con la posibilidad de vender lícitamente un bien energético propio, generado por el propietario de la instalación fotovoltaica, el Gobierno decide enajenar parte de esa ganancia, metiéndole un rejonazo fiscal. Para que nos entendamos, sobre la argucia de que se utiliza una red ajena para vehicular la energía excedente que se produce, se cobra una especie de indemnización por verter caudal eléctrico en lo que ya se está pagando como derechos de conexión. La cosa está clara: se paga dos veces, una como consumidor y otra como productor y las dos por un mismo bien: la red eléctrica instalada. Y la consecuencia lógica es que va a vender excedentes de energía fotovoltaica el tonto del lugar. Pero la norma también tiene prevista esta contingencia. Mediante un nuevo impuesto que se ha llegado a denominar *impuesto al sol*, la adquisición de equipos de energía solar, de captadores de calor, pero especialmente de placas fotovoltaicas, se grava con una tasa, que parece que revierte

²⁸ Heraldo de Aragón, 10-10-2015.

a los déficits de las empresas eléctricas y al Estado. Es decir, que quieras o no quieras, pagas. Pero pagas a quienes tienen el monopolio de hecho sobre la electricidad que necesitas para la pura supervivencia en un medio civilizado.

Se trata de un ejemplo de cómo el poder detecta rápidamente las posibilidades de escapar a su imperio y a continuación impone nuevas condiciones que limitarán la libertad de las personas, además de incrementar la fiscalidad. Eso genera el doble efecto perverso de aumentar el poder de quien dicta la norma y disminuir el del administrado, a quien se detraen recursos económicos. Algo parecido ocurrió hace algunos años, cuando se impulsó el consumo de gasóleo en lugar de gasolina, porque el precio de tal combustible era menor y además había excedentes en la producción de las empresas de hidrocarburos; una vez que el parque automovilístico estuvo mayoritariamente formado por vehículos con motor Diesel, se proclamó a los cuatro vientos que el gasóleo era más contaminante para el medio ambiente que la gasolina y se gravó con un impuesto –que por lo visto descontamina mágicamente la atmósfera de los gases de combustión de tales motores– adicional al gasóleo. La conclusión es más impuestos para la Administración y más ganancias para las petroquímicas. En el caso de la energía eléctrica doméstica la cosa es similar pero más descarada: consumiréis la energía eléctrica que yo os proporcione, lo queráis o no; no habrá escapatoria para el dinero que os enajenaremos a cambio.

Otro ejemplo mostrará cómo el poder legislativo acaba controlando hasta el detalle de la vida de las personas. Es un hecho la progresiva eliminación del pago en metálico en todas partes de modo que las transacciones comerciales tienden a hacerse sistemáticamente por medios electrónicos. Con moneda o billetes de banco en el bolsillo, se puede comprar un libro, tomar un café o dar una generosa propina al camarero que te ha atendido muy bien y en todo caso actuar dentro de la libertad de hacer con sus bienes, legalmente habidos y conservados, lo que a cada uno le parezca oportuno. Pero si todo eso se *debe* hacer a través de un proceso electrónico, el bolsillo estará libre pero cada uno de los gastos

y sus circunstancias serán controlados por un *Gran Hermano* que no se sabe cómo va a utilizar esa información.

Hace años se empezó a hablar de que habría que eliminar los billetes de curso legal de 500 euros, porque al disponer con ellos de altas cantidades de dinero ocupando poco volumen, eran el vehículo perfecto para la delincuencia organizada y para la evasión de capitales; algunas conocidas familias políticas y muchos negocios clandestinos emplean el método. Pero controlar esos billetes es tan absurdo como impedir la venta de cuchillos de cocina porque pueden emplearse para cometer crímenes o prohibir la venta de cuerdas, porque pueden servir para estrangular a alguien o maniatar a un secuestrado. La tendencia parece que va en serio y cada vez más gobiernos abogan por la retirada de los billetes de alto valor facial, para progresivamente sustituir todas las monedas y billetes de curso legal por transacciones electrónicas sin discriminación alguna. De momento las compras con tarjeta de crédito ya superan ampliamente a las realizadas en metálico, especialmente en las grandes superficies, y ha descendido la retirada de fondos en metálico en los cajeros automáticos en más de un 10 % respecto al año anterior²⁹.

Además ha irrumpido un nuevo modo de pago, el famoso *bitcoin*, aún en fase de despegue. Se trata de un código encriptado que almacena su propietario en el ordenador personal o el teléfono móvil, y que tiene un valor en el mercado libre, con lo cual se le considera como una moneda, sujeta a reevaluación y devaluación, lo que lo transforma en una auténtica moneda supranacional. El problema es que tal instrumento realmente es un código, respaldado por un valor adquisitivo contante del propietario, de modo que la supresión progresiva de la moneda corriente, que hace que el control sobre todas las transacciones que hacemos sea total por parte de quienes controlan los movimientos financieros informáticos, se haga aún más agresivo al internacionalizarse y desvincularse de un país o nación. Es decir, la globalización radical del control de la transac-

²⁹ Heraldo de Aragón, 12-4-2016.

ción comercial. En resumen, a través del control de *bitcoin*, una empresa supranacional –por el momento extranacional– va a poder controlar las finanzas privadas de quienes se acojan a tal sistema de transacción.

Ni Orwell en sus más lúcidos años de intoxicador de la BBC inglesa, tras el retorno de la campaña bélica de Aragón y Cataluña, pudo imaginar tal sofisticación en el control de la persona: libre para moverse en el ámbito de la jaula que se le ha asignado. No hay posibilidad de disidencia, no se puede comprar literatura prohibida –que volverá, sin duda– ni se puede acudir a un prostíbulo, por ejemplo, sin que una delación con pruebas pueda arruinar una carrera administrativa o política, ni se puede comprar un matasuegras bien grande para darle un susto al concejal que te está impidiendo ejercer una servidumbre de paso por un terreno. No se puede hacer nada lícito o ilícito sin que el poder tenga cumplida noticia de cada paso que se da.

El poder se autoalimenta siempre, indefectiblemente, si no tiene control. El mayor poder, después del de controlar el pensamiento y sistema de valores, es el económico. Oímos a muchos próceres religiosos decir esa majadería de que *el dinero es malo, porque mata el alma*; además de que la afirmación es cínica, porque hay normativa eclesial sobre donativos, cuestaciones y óbolos imperados, supone una simplificación apta para idiotas. Sin dinero no existe la libertad. Todos somos esclavos. La supervivencia se convierte en la preocupación primordial y todo lo demás desaparece. Además, el dinero es necesario para favorecer el ocio, es decir, lo que hace propiamente humana la vida: poder hacer un obsequio a la esposa, tener unas vacaciones en familia, comprar libros, acudir al teatro o a un concierto, viajar y conocer mundo. Y se favorece el ahorro y la inversión, mejorando la condición vital de los descendientes y contribuyendo a crear empleo. La pasión por la acumulación de poder económico es lo malo; el dinero en sí mismo es meramente instrumental. Y por eso todos los poderes intentan controlar cómo y en qué lo gastamos; conocidos los gastos de la persona, es posible saber cuáles son sus preferencias éticas y estéticas, su ritmo de vida y hasta sus actividades más reprobables. No es necesario modificar su ritmo de vida: conocerlo puede facilitar su control

y manejo de todo tipo. El movimiento del dinero da un perfil perfecto de la persona y puede tener consecuencias de todo tipo; exactamente las que determine el poder que tiene acceso a esos datos³⁰. La resistencia activa contra la eliminación del dinero en metálico es una parte sustancial de la lucha por la libertad, porque impide que se conozcan hasta los menores detalles de nuestra vida y que se actúe en consecuencia según criterios que nos son ajenos pero que invariablemente pasan por una restricción en la libertad. Y el problema de la fuga de capitales, de los sobornos o del narcotráfico, que lo solucionen por otros métodos, sin excusas que permitan el control de todas las personas.

³⁰ Libertad Digital, 14-5-16.

« FORMAS COTIDIANAS DE CONTROL »

PODER FAMILIAR

Poder sobre los familiares

La aversión a la suegra es un ejemplo secular de la presencia del poder explícito en las relaciones familiares. No es fácil saber de qué modo va a evolucionar la relación entre los dos sexos en el futuro, pero sí se puede afirmar que al menos en nuestra actual cultura y en los dos siglos precedentes, por no meternos en honduras antropológicas, la mujer es la dueña casi absoluta del cuidado de la prole y del hogar –eso no excluye la esclavitud de hecho, pero se trata de mostrar quién toma las últimas decisiones en esos campos– mientras que el varón enfoca su actividad básicamente al mundo exterior, laboral y de participación social. Las cosas ya no son exactamente así, pero persiste la inercia secular del poder de la mujer sobre la prole y el hogar y además ahora lo hace de forma más chirriante, porque las protestas de igualdad entre sexos no se corresponden realmente con un mayor protagonismo del varón en los campos antes reservados a la mujer y viceversa. En todo caso el razonamiento es simple: Si la mujer controla, porque tendría ese derecho y esa función según los roles sociales asignados secularmente, la prole y el hogar, la madre de la mujer, es

decir, la suegra, tiene perfecto derecho a controlar al menos parcialmente su emanación, es decir, el hogar y la familia de *su* hija. La cosa no es tan simple y hay suegros dominantes, maridos dependientes de sus padres o singularmente de su madre, mujeres desarraigadas, etc. La lucha de desgaste que supone vencer esta tendencia asumida como natural pero que es puramente cultural, puede ser de tal calibre que genere –y a menudo así lo hace– distanciamiento en la convivencia matrimonial y abandono del cuidado de la educación de los hijos por parte del varón.

Poder de los familiares

Fuera de ese ámbito concreto, las relaciones familiares son fuente de poder, a menudo patente, muchas veces autoimpuesto. A un familiar directo se le pueden perdonar con cierta facilidad excesos en sus atribuciones a la hora de controlar al sumiso hermano, hijo, sobrino o primo; también se puede producir el caso contrario. En el caso de las relaciones con las cuñadas, la cosa es más difícil, porque se suman parentesco político y condición femenina, de modo que parte de lo asumido en las relaciones mujer–marido y suegra–esposa, se suman en una misma figura familiar; así, un viejo refrán árabe del siglo XII reza: *Quien tiene cuñada, no necesita enemigo*. Detrás de muchas reuniones familiares entrañables, alrededor de un núcleo concreto –abuela, abuelo, hermano mayor, etc.– late un ansia perfectamente explícita, aunque a menudo consentida y más o menos disfrazada, de control de los miembros del círculo familiar. Incluso el afectuoso gesto del *tupper* con comida elaborada para la hija recién casada o el hijo emancipado, puede –aunque no necesariamente ha de ser así– esconder el inconsciente deseo de consolidar la dependencia, es decir, una relación de poder, sobre hijos emancipados.

Bomba de detonación retardada

Lo más perverso de la utilización más o menos consciente del poder familiar, es que como ocurre con los daños del tabaco, sus efectos condicionantes de la vida, limitantes de la libertad, se producen mucho después

de inculcado el daño poderoso; lo que no obsta para que además actúe en el mismo momento de ejercer la presión.

Emplearemos intencionadamente el término *inoculación*, porque el veneno de la serpiente se inyecta en un momento por la mordedura y los efectos se producen al cabo de cierto tiempo. Quizá una forma relativamente inocente de inoculación es la de los *gustos*. No tiene demasiada importancia siempre que no limite la capacidad de relación o de apertura al mundo. En una familia se cocina de un determinado modo, se hacen con preferencia algunos platos, se tiende a vestir con un cierto estilo, se valora la estética decorativa con unos valores concretos; generalmente ello es mera consecuencia de la cultura y la disponibilidad económica. Pero cuando la vida desarrollada no corresponde a la deseada, puede darse un fenómeno de autoafirmación del núcleo familiar inicial, padres y hasta hermanos mayores, que ante la estrechez económica o la limitación estética y cultural, enfatizan el valor de lo que hacen proponiéndolo como ejemplo de lo deseable o correcto; al mismo tiempo, cualquier modo o costumbre que se oponga a ello se estigmatiza como ajeno o ridículo o elitista, creándose un círculo de seguridad que resulta confortable mientras no se establezcan comparaciones; una frase muy vulgar y antaño muy extendida, recogía en pocas palabras el fenómeno: *El que a los suyos se parece, honra merece*. Y para no separarse de la apiñada realidad, nada mejor que cerrarse a nuevas experiencias: cerrazón a lo nuevo, lo *ajeno*, y desprecio por lo que no es lo propio, lo *nuestro*. Con la consiguiente limitación de libertad, de ampliación de horizontes vitales de todo tipo y de relación con otras personas.

En el mismo ámbito está la inoculación de *valores*, aunque esto tiene matices. Por ejemplo, es mucho más habitual encontrar familias en las que la práctica totalidad de sus miembros participan de un modo antisocial de vida, que lo opuesto; es más frecuente la existencia de familias incultas y groseras con descendencia de idéntico comportamiento, que lo contrario; parece que lo vulgar, agresivo y materialista agradece el apoyo de la *ley de la gravedad* (esa que hace que una piedra que se lanza tiende siempre a caer, a lo bajo) mientras que el esfuerzo, el autocultivo y la preferencia

por valores intelectuales o estéticos, como requiere esfuerzo tanto familiar como personal, lucha contra tan ineluctable ley.

La inoculación de la *jerarquía* dentro de las relaciones familiares sigue la misma ley que en el resto de la sociedad: se impone el más fuerte. Pero como en el seno familiar resulta repugnante admitir tal imperativo etológico, se suele disfrazar de diversos modos. Antaño se decía, quizá con convencimiento, que *los mayores en edad, dignidad y gobierno*. El mayor manda sobre el más joven, porque es el proveedor de bienes, de protección y el que tiene la experiencia vital (a menudo muy limitada, por una vida estrecha y ramplona), es decir el más fuerte. En las familias suele multiplicarse el problema por dos, ya que padre y madre pueden tener distinta dotación de las cualidades señaladas, de modo que las dependencias familiares serán de diferente ámbito para padre y madre si no hay un acuerdo previo; que solo excepcionalmente se da. Al tiempo, la relación interparental podrá ser desigual (suele serlo) y se establecerá una jerarquía en la cumbre; padres o madres dominantes sobre toda la familia, incluido el cónyuge. A ello se asocia el posible dominio de miembros de la fratria.

El origen de este fenómeno es diverso, pero casi siempre está en el trato dispensado por la madre, en su papel tradicional. En efecto, la madre, considerada como *madre de la especie* (humana) tenderá a proteger al hijo más desvalido y abandonará (destetará) al que en cierta medida ya puede valerse por sí mismo. Ese es el origen de la posición privilegiada que suelen tener los benjamines de las familias y al tiempo de responsabilidad mayor y conducta más seria (menos *divertida*, dicen quienes se benefician de tal actitud, los menores) de los primogénitos. En algunos casos se dará por añadidura un factor de salud o de responsabilidad adicional en algún hijo; un débil o enfermo crónico, requiere más atención materna y consecuentemente paterna, que otro sano y relativamente autosuficiente; un hijo que se comporta responsablemente, que no da problemas, tiende a ser ignorado (como suena) en la consideración materna (no necesita amparo ni cuidados) y acaba perdiendo protagonismo, salvo a la hora de pechar con responsabilidades familiares,

lo que curiosamente es activamente fomentado por la madre (y a veces el padre), que sabe que puede exigir más, sin contrapartida alguna, de quien es más responsable. Con el tiempo, la relación paterno-filial se hace en unos casos más estrecha y en otros más laxa, de modo que se generan desigualdades reales de trato y absolutamente innegables de afecto, inconfesables e intolerables por un concepto de justicia familiar, que acaban generando tensiones que normalmente se resuelven por la vía de los agravios, desviando la atención de la conciencia de desigualdad, para pasarla al ámbito de lo moral. Considerar al más responsable como serio o despegado y al más dependiente como cariñoso o unido a su madre y a veces padre, es el disfraz de la desigualdad. No es raro que en situaciones especiales, por ejemplo herencias o cuidados de padres dependientes, esa situación explote, con consecuencias siempre negativas para todos, ya que lo objetivamente constatable no puede asumirse moralmente y se transforma en un asunto de daños, culpas, deberes, derechos y condicionantes afectivos que acaban tiñendo la vida adulta y la relación intrafamiliar.

Consecuencia de lo anterior es la inoculación de *deberes* y *derechos* familiares. En la compleja evolución de derechos y deberes de origen infantil, se produce una interacción continua, una dinámica a menudo perversa, que acaba definiendo papeles de dominio indiscutibles o al menos indiscutidos, de sumisión y de parasitismo, siempre firmemente establecidos. Se definen de este modo los roles permanentes de autoridad familiar, benefactor universal y parásito universal, y de miembros liberados, que pueden asumir tal rol por pura evolución o a menudo tras una ardua lucha, que implica el destierro mental de la familia y hacia la familia.

Y a la postre se derivan conclusiones desastrosas. Familias separadas, porque han sido absorbidas por un núcleo dominante de poder familiar político (ya se ha comentado el papel aglutinador de un núcleo que al tiempo separa a otras familias o matrimonios de sus relaciones sanguíneas directas). Hijos esclavos de sus padres y luego de sus hermanos parasitarios, siempre atentos al sacrificio por la familia. Y lo que es aún peor:

hijos que rechazan a sus padres y por ellos son rechazados, porque no se ha plegado a los papeles que se les han asignado en el devenir familiar. Todo ello condiciona a veces de forma muy importante (especialmente en el medio rural, poblacionalmente restringido, con interrelaciones muy cerradas respecto a la sociedad circundante) la libertad y la vida de las personas y además tiene la diabólica cualidad de implicar aspectos morales de la propia vida, con indebidos sentimientos de preeminencia o culpabilidad. Ignorar todo esto solo porque resulta repulsivo aceptar que la relación familiar no sigue unas leyes de convivencia distintas a las del resto de sociedades humanas, aunque tenga sus peculiaridades, es negar una fuente de poder capaz de potenciar o destruir la libertad de las personas.

PODER DE LA FAMILIARIDAD EN EL TRATO

Hay una forma de poder que podríamos denominar parafamiliar, y es el amistoso trato, que en nuestro contexto llamamos familiaridad. Se trata de una relación de confianza que asume una vinculación más estrecha que la meramente profesional o de vecindad con alguien. La familiaridad es la expresión externa de la amistad: abolición parcial de signos de respeto o distancia, informalidad en las relaciones, afectividad en la expresión. Este modo de comportamiento facilita mucho las relaciones interpersonales, siempre que no sea impuesto, pero también tiene unos códigos.

El gesto y la actitud

Por ejemplo, los gestuales, que serían como los *mudras* de la relación. Al alzar la mano abierta, moviéndola en lo alto, saludamos, repitiendo un gesto ancestral que realmente indicaba al prójimo que no tenía que temer que la mano que se extendía abierta pudiera empuñar un arma. El apretón de manos tiene el mismo significado: al sujetarse

recíprocamente las manos, quienes lo hacen se impiden simultáneamente la libertad de empleo de un arma. El abrazo ya tiene un significado más profundo y está a medio camino entre la aproximación afectiva, propia de las relaciones sexuales, y la retención recíproca para prevenir una posible agresión. Todos estos estereotipos gestuales han pasado con los siglos a significar algo diferente de lo que antaño suponían y se consideran rasgos de proximidad o familiaridad en el trato. En principio no tienen nada de malo, aunque su significado puede variar en diferentes culturas. Tienen la virtud o poder de rebajar la posible prevención ante la relación interpersonal; ejercen un poder de apaciguamiento clarísimo. Pero cuando se dan sin una relación amistosa previa o al menos de cierta familiaridad, suponen la imposición de un modo de relación. Por ejemplo, si me encuentro con un prelado que me tiende la mano mostrando el anillo episcopal y yo se la tomo, girando la posición y estrechándosela –es un caso real– los mensajes cruzados son: *Soy tu superior jerárquico* y *No tanto, monseñor, no tanto*. Cuando en una reunión de trabajo o negocios alguien esboza un abrazo difícilmente explicable por el conocimiento o relación previa, está clarísimo que intenta ejercer un poder de convicción sobre el abrazado, mostrándole que no media gran distancia jerárquica entre los dos, de modo que la negociación sea más igualitaria. Y así podríamos seguir con más ejemplos.

El tratamiento

Otro modo de familiaridad a distancia, que no implica el contacto físico, es el tratamiento. Y ahí sí que se ha producido una auténtica subversión del uso tradicional. El más simple es el tuteo. Al hablar de usted a las personas indicamos simultáneamente distancia y respeto; el tuteo implica un claro grado de familiaridad o de igualitarismo. Muchos ignorantes –o no ignorantes sino malintencionados– dicen que el *you* anglosajón equivale al *tú* español, pero yerran o mienten, ya que el *tú* español en el mundo anglosajón es el tratamiento por el *nombre propio* –llámame *Richard*–. Pues bien, el tuteo se ha impuesto de un modo aplastante en la sociedad, como un modo de igualitarismo, de familiaridad impuesta.

Mas tengamos en cuenta que las cosas no ocurren porque sí, sino que son inducidas, siempre inducidas y consecuentemente con algún objetivo. La señal de peligro ya no dice *Tengan precaución con el suelo resbaladizo*, sino *Cuidad con el piso resbaladizo*. No dice *Peatón, circule por la derecha*, sino *Peatón, circula por tu derecha*. El poder me ha hecho obligatoriamente familiar a quien me trasmite las instrucciones para la circulación, para sacar un billete o para cualquier menester. Y ya se sabe que a la familia no se le puede negar nada... Cuando el tuteo se refiere a una consigna publicitaria, la cosa se pone aún peor, ya que adquiere caracteres sutilmente conminatorios. Por ejemplo la recomendación *Compre esta semana en Galerías Sol*, se transforma en una orden sutil cuando se escribe *Compra esta semana en Galerías Sol*. Y así sucesivamente. Quienes manipulan tan groseramente el trato familiar lo hacen con clara conciencia de poder sobre la iniciativa ajena; no se trata de sencillez o informalidad, sino de imposición de un rol social.

Pero a veces olvidan que el modo de tratamiento no es más que un código de señales, un semáforo que nos advierte del lugar que ocupamos en las relaciones sociales. Pongamos un ejemplo real. En una universidad, hace bastantes años, un rector aparentemente llano y poco amigo de distinciones en el trato, invitó en la Junta de Gobierno a que los estudiantes electos para ella le tratarasen igualitariamente, tuteándole, como un compañero más. Los estudiantes estaban encantados con un trato tan familiar con un catedrático y además rector. Pero en una ocasión se suscitó un problema docente de compleja tramitación, que interesaba mucho al rector y su equipo de gobierno, pero que los estudiantes juzgaban con criterio diferente al equipo rectoral. Se produjo una ardua discusión, al cabo de la cual, el rector se dirigió a los estudiantes hablándoles ya de usted y reprochándoles que se opusiesen con sus votos a una decisión ya tomada de antemano, afeándoles que se considerasen con el mismo derecho que los profesores para votar en un asunto de profesorado. Los estudiantes quedaron estupefactos, porque habían asumido que el trato igualitario significaba poder igualitario. Y de eso, nada. Aunque la idea era la correcta. Incluso en la vieja Unión Soviética el trato de *camarada*

se seguía de la mención de nivel profesional o jerárquico, lo cual es otro modo de diferenciación, pero con apariencia de igualitarismo, que solo engaña a los imbéciles: *Camarada ministro, camarada director, camarada general...* Y es que el código de señales es conveniente para organizar la convivencia social. Otro ejemplo: una auxiliar, descollante en el mundo sindical pero subordinada en la actividad clínica, que en una ocasión indicó enfáticamente que suprimiésemos el tratamiento; le pregunté: *¿Pero es tan importante el tú o el usted?*, a lo que respondió *¡Pues claro que no!*, y repliqué *En tal caso ¿por qué se empeña en insistir en el modo de tratamiento?* Era evidente por qué tenía tal empeño. Hace un año llamé a la compañía telefónica en que no sé si estoy inscrito o milito, por lo opresora; además de soltarme el consabido *¿en qué te puedo ayudar?* me tutearon todo el tiempo. Pregunté por qué me trataban de ese modo y me respondieron que eran *órdenes* de la compañía. Es decir, que la cosa no es tan intrascendente como algunos la pintan. De otro modo, ¿por qué dictar normas al respecto?

Eufemismos familiarizantes

Además de los gestos y las expresiones de trato familiar, hay otro modo de controlar desde el poder a las personas con la palabra y es el eufemismo. Por ejemplo, llamar *desencuentro* a una bronca discusión, impide que el interlocutor defienda ardientemente una posición diferente, porque es entonces él, el que opina, quien se comporta de modo violento y ante el temor de ser tachado de incívico suele ceder el terreno a quien impone con expresiones equívocas o eufemísticas una posición concreta, que a menudo se acompaña también de palabras pronunciadas quedamente –los andaluces llaman a eso *gritar con la boquita cerrada*–. Si al iniciar una discusión se afirma algo así como *siempre nos hemos llevado bien*, de entrada se está desarmando argumentalmente al adversario, de modo que se adquiere sobre él el poder de calificarlo de violento o belicoso si no se atiene a la premisa proclamada por quien maneja la situación desde el principio.

Sustituciones intencionadas

Otra forma de control poderoso sobre las personas es el empleo no ya de eufemismos, sino de sustitutivos intencionados de las palabras. El ejemplo más claro es el empleo ya masivo de la fórmula *¿En qué te puedo ayudar?* cuando alguien busca un producto en un comercio. Confieso que la mayoría de las veces suelo responder que no he acudido en busca de ayuda sino para comprar; pero me callo el corolario: *Se dice: ¿en qué le puedo servir?*, porque es un servicio, pagado, el que se presta al cliente al orientarle en la compra. De este modo tan sencillo, el comerciante se hace dueño de la situación y además impone una actitud de agradecimiento al cliente, porque *le ha ayudado*. Hay muchos otros ejemplos, pero concluamos con uno especialmente perverso, por ejemplo cuando se acude a un restaurante popular. Allí el camarero te suelta con todo desparpajo el *¿Qué os apetece, chicos?*, que parece más una invitación que un encargo de la comanda; el poder del tuercebotas que así se expresa, radica en que el cliente agradece que alguien tan importante como el señor camarero le pregunte por sus apetencias, aunque luego las pague religiosamente, como un servicio. A mí, cuando me invitan no me suelen cobrar; no sé a los demás. Todo son sutiles modos de marcar líneas de poder en las relaciones interpersonales, que acaban desdibujando los roles sociales, los derechos y las responsabilidades. Y eso es malo, porque resulta confuso, es la subversión de la familiaridad como modo de eliminar la diversidad, también la jerarquización y la estructuración. Y además obran a favor de la imposición del poder de quien los emplea astutamente.

PODER DE LAS DÁDIVAS

Cualquiera sabe que quien te hace un regalo te hace deudor de algo. Muchas veces no se sabe de qué ni de cuánto, pero tarde o temprano se acaba sabiendo. El regalo, la dádiva, no es tal, sino una modalidad de cobro con efectos inmediatos o aplazados. Recuerdo muy bien cómo me

advirtieron hace años de que no debía aceptar regalos en especie de vecinos, porque me pasarían la factura en el momento oportuno...para ellos. Marvin Harris, que era todo menos ingenuo, explica muy bien cómo la dadivosidad, la tendencia a prodigar favores y beneficios en un medio cerrado, como es un pueblo, acaba siempre reportando al dadivoso una remuneración a menudo física, generalmente en especie, pero especialmente un pagaré que se satisface en forma de sumisión agradecida: es bueno conmigo y consecuentemente le debo agradecimiento. Si además la dadivosidad se ejerce sobre una población económica y culturalmente desvalida, el pago de los favores recibidos suele ser casi siempre el sometimiento en diverso grado. De este modo tan simple comienzan su andadura los pequeños caciques de vecindad. Es mejor pagar y cobrar que obsequiar, porque así las cosas quedan claras.

Táctica calculada

Eso se sabe muy bien en los medios rurales. Cuando alguien, sin obligaciones previas, te obsequia con unas magníficas hortalizas de temporada, la respuesta más habitual es corresponder en el mismo momento con una botella de buen vino o unos dulces de elaboración doméstica. Si el pago se difiere en el tiempo, la deuda se acumula y en ocasiones puede ser sobrevalorada, con los problemas de reciprocidad que eso conlleva. A veces se puede incluso manejar malintencionadamente la situación, buscando un daño moral o de opinión pública del agraciado, abrumando con dádivas inexplicables a alguien, para luego poderle desprestigiar a sus espaldas, difundiendo su culpable falta de reciprocidad.

El meollo de la cortesía

El origen de la dádiva es más que evidente y está bien claro hasta en los manuales elementales de sociología. La dádiva sustituye a la rapiña, de modo que antes de que un invasor primitivo –porque de la noche de los tiempos hablamos– nos arrebatase un bien, le ofrecemos una parte de él sin que medie conflicto ni violencia. Con el tiempo, la dádiva se

ritualiza y se hace costumbre, lo que denominamos cortesía, de modo que el intercambio de obsequios, que en realidad son amortiguadores de la codicia, se transforma en costumbre y funciona en términos de reciprocidad. Si no hay reciprocidad en la cuantía de las dádivas, acabará produciéndose una situación de dependencia o un desequilibrio en la balanza del debe–haber. Ese es el motivo por el que grandes beneficios otorgados a alguien que no puede corresponder por su situación, acaban volviéndose contra el benefactor, generando animadversión que se apoya generalmente en excusas fútiles, hasta hacer del benefactor un enemigo, con lo que la revancha o venganza cumple el papel de saldar la deuda.

Afortunadamente no siempre funcionan así las cosas, pero la norma se altera en muy pocas ocasiones, de modo que hay que estar muy atentos a las señales que nos dan la costumbre y la actitud. Quien da adquiere poder sobre quien recibe y si tal asimetría no se resuelve por la vía de la reciprocidad, en materia o servicio, puede darse un conflicto de proporciones muchas veces desmesuradas respecto a la objetividad de lo donado. Las características socio–culturales de donante y receptor y los respectivos rasgos éticos, van a ser determinantes para ello. Está libre de poderes externos quien nada debe y a su vez no es acreedor de nadie.

PODER DE LA PALABRA

Forma de bloquear la relación

No. Es la primera palabra que aprenden a decir los niños, tras el balbuciente *¡papá!* –que enfada mucho a las madres, que no se dan cuenta de que es más fácil pronunciar papá que mamá– y así seguirá toda la vida de la persona. El *no* es la palabra que más poder tiene. Cierra las puertas a todo, impide el diálogo, suspende la excusa: es la traducción verbal del silencio como forma de relación. Por eso hay que tener en cuenta que se puede formular sin pronunciar ninguna palabra:

con el gesto, con la dilación irremisible *–no te preocupes, yo mismo te llamaré para comentar este asunto–*, con el circunloquio interminable, con la sordera selectiva *–no te entiendo–*, con la trivialización de lo que se intenta transmitir, con una simple mirada vacía y lejana... La palabra *no* es poderosa y puede controlar nuestras vidas, menos en función de lo que formula cuanto en el corte de la comunicación y de la subsiguiente acción.

El tono

Por supuesto, la palabra hablada tiene unida a su esencia semántica, la característica fonética. Una pregunta gramaticalmente simple *–¿te vienes conmigo?–* puede tener significados muy distintos cuando la pronuncia un albañil que busca ayuda en un compañero para levantar una pared, en un amigo que nos invita a ver una exposición o en una rubia oxigenada e insinuante que desliza las vocales morosamente. La impostación estudiada de la palabra puede ser un arma muy eficaz en la técnica de dominio sobre los demás. Estamos inmersos en un mundo en el que se dicen auténticas barbaridades, atentatorias contra la libertad de la persona y su dignidad, con vocecita suave y dulzona o bajando mucho el nivel sonoro, que pronunciadas crudamente, con el nivel expresivo que les correspondería por el contenido, producirían una reacción al menos de defensa en el oyente.

Por otra parte, en los tiempos actuales, el habla, el acento y deje propio de una región, pueden hacer una información rechazable o permeable para el oyente al que va dirigida; ese es el motivo por el que la práctica totalidad de las emisoras de radio y televisión nacionales emplean ya hace años locutores con acento propio del lugar para hacer creíbles algunas informaciones. Imaginemos, hoy por hoy, a un locutor comentando una noticia en las Islas Canarias con marcado acento catalán: ¿cómo reaccionaría la audiencia ante noticias importantes? No nos hagamos los puros e inmaculados, que todo eso está impreso en el fondo del cerebro, a puro de machacar.

Ortodoxia lingüística y clasismo

Hay otro aspecto importante del control de las personas por la palabra y es el nivel gramatical. Por los motivos que sean (o los que son) la expresión correcta y elegante se ha transformado más en una traba que en un medio de comunicación eficaz. Si analizamos informaciones radiofónicas o televisivas, observaremos, además de auténticas barbaridades gramaticales y expresivas en general, que las noticias tienden a darse cada vez más de un modo simple y generalmente burdo. No se trata de informar a la gente como si fuéramos todos imbéciles o lerdos, sino de que la corrección en el lenguaje ha sido tratada como signo de distinción clasista; hablar con corrección sintáctica y terminológica se va identificando progresivamente con formas del poder y por tanto se rechaza activa³¹ o inconscientemente. A la inversa, el lenguaje no llano sino vulgar, a menudo claramente incorrecto, conecta con más facilidad porque muchos de los oyentes lo interpretan como no clasista, sencillo; vulgar y sencillo no son sinónimos, pero muchos así lo creen.

Al mismo tiempo se fomenta activamente la imprecisión lingüística como forma de anular las actitudes críticas en la población. Por ejemplo, ante los incendios forestales de verano, la palabra *incendiario* no se escucha prácticamente nunca, mientras que los causantes del incendio se denominan *pirómanos*, cuando estos últimos son enfermos mentales con una compulsión patológica, muy distinta de la actitud criminal de quienes producen intencionadamente incendios para obtener algún beneficio. Lo mismo ocurre, por ejemplo, cuando en casos de secuestro por distinto móvil, se habla indistintamente de *secuestro* y de *rapto*, cuando el rapto es un secuestro con fines estrictamente sexuales. Al final, de tanto escuchar expresiones incorrectas, se acaba produciendo una equivalencia mental, una degradación del lenguaje, que conlleva una degeneración del pensamiento. Y de formas tan simples se pueden introducir informaciones que nos condicionarán, que ejercen poder sobre nuestra mente y la consecuente conducta.

³¹ Un ejemplo elocuente y popular es la película *Idiocracia* (M. Judge, 2006).

Falseamiento verbal intencionado

El aspecto más perverso del lenguaje como poder es la pretendida equivalencia de términos, que en realidad es la más burda manipulación. La mera insinuación de un mal, dicha de forma convincente y con el adecuado apoyo semántico puede obrar maravillas en este sentido. Por ejemplo, Gabriel Miró, en un delicioso libro³² explica la capacidad sugerente de una manifestación externa –en este caso no verbal, pero de significado análogo– cuando dice: *Hay en Nápoles cincuenta mil hombres que se alimentan de hierba, que se cubren con harapos, y estas gentes se horrorizan a la más leve humareda del Vesubio. Tienen la simplicidad de temer que puedan llegar a ser desgraciados.* Pues, del mismo modo, con la palabra adecuada, se puede sembrar el temor en personas que poco pueden temer del poder, porque ya están suficientemente dominadas por él.

En el control terminológico abusivo, se dan casos sangrantes. Por ejemplo, cuando se habla de *progresista*, refiriéndose a político de izquierdas, la antítesis, absolutamente injustificable, es *retrógrado*. Progreso ¿hacia dónde? Otra palabrita que controla las reacciones es *cambio*. Cambio ¿respecto a qué o en qué sentido? El cambio no es bueno ni malo en sí mismo; por ejemplo, si cambio de casa y me voy a vivir a una chabola, mi cambio vital es radical, pero eso no significa que sea bueno, sino todo lo contrario. La palabrita *cambio* se emplea como antónimo de *inmovilismo* y eso es un abuso lingüístico. Hay una palabra aparentemente inocua y benéfica, *democrático*, que está en boca de todos, pero habitualmente no se apea del léxico de todos los totalitarios. Se supone que democrático es lo relacionado con que el pueblo sea soberano, pero realmente se emplea como antónimo de *autoritario* y sinónimo de *asambleario*. Para ejemplo las repúblicas *democráticas* o populares de China, del Congo, de Corea del Norte, etc. Ya hace tiempo se inventó la expresión de *social* como forma de sintetizar toda actividad del poder

³² G. Miró. *El obispo leproso*. Bibliotex, Barcelona. 2001, p. 242.

que protege a los más desfavorecidos, pero realmente *social* significa, social, es decir, relacionado con la sociedad; el empleo espurio es porque se contrapone a *individualista* y, consecuentemente, a privilegiado. La palabra *tolerancia*, que sugiere capacidad de aceptar las ideas ajenas, se enfrentaría al concepto de *intolerancia*, es decir, rigidez ante los criterios ajenos; en realidad tolerancia, en la práctica, significa debilidad a la hora de defender las propias convicciones, sean las que sean, y relativismo en la práctica. No parece muy buena, según como se emplee. Por concluir, ya que la lista es interminable, la expresión *innovador* parece revestida de un mágico poder benéfico; realmente no significa nada más que un cambio de modos, un paso a formas nuevas. Su empleo abusivo busca transmitir un mensaje: lo que no es innovador es *caduco*. Y eso es una perfecta estupidez. Por ejemplo, la Biblia sigue –de momento– informando los criterios de la sociedad occidental y su cronología se remonta a hace más de diez siglos antes de Cristo y llega al II de Cristo; no parece muy innovadora.

Manipulación política

A partir del hecho de que los hechos públicos no existen si no son publicados, los políticos articulan tácticas de comunicación que son servilmente reproducidas por diferentes medios de comunicación, sin crítica alguna. Afirmaciones perfectamente mendaces o absurdas, se reproducen hasta la saciedad, de modo que el pueblo *soberano* acaba enloquecido, sin posibilidad de defenderse de la avalancha de expresiones confusas o abiertamente falsas, que contradicen al sentido común y la ortodoxia lingüística. Un magnífico ejemplo de cómo se hace esto, es el proceso de las elecciones generales españolas, a partir del 20 de diciembre de 2015, en que los resultados de las urnas han dado unos resultados difíciles de comprender con la marcha electoral previa.

Está claro que el bipartidismo se ha hundido y que partidos emergentes se han situado en primera fila, con peso suficiente como para determinar la futura gobernación del país. Tras el escrutinio definitivo han salido

los siguientes escaños para los partidos que han logrado representación parlamentaria³³: PP 123, PSOE 90, Podemos 69, Ciudadanos 40, ERC 9, PNV 6 y Otros 5. De modo que la aritmética está algo complicada. Unos políticos hablan de que el pueblo ha elegido claramente un *gobierno de concentración de amplia mayoría*, que sería una fuerza constitucionalista, mientras que otros afirman machaconamente que el pueblo ha votado por un *gobierno de cambio y de progreso* y a ellos se unen otras voces con menor cuantía de representación.

Y ante las enormes dudas al respecto, nos dirigimos al Boletín Oficial del Estado, que sí que tiene la última palabra en eso de las candidaturas³⁴. No se encuentra ni el menor indicio de que lo que los políticos dicen que ha votado el pueblo soberano exista; no hay por ninguna parte una gran coalición constitucionalista, ni un gobierno del cambio y de progreso, ni cosa parecida. La lista de las 41 candidaturas no incluye *Gran Coalición Constitucionalista* ni *Gobierno de Cambio y Progreso* y por tanto no pudo haber papeletas con esos nombres en las mesas electorales.

Pero los políticos nos aseguran que esas son las dos opciones que se han votado y además lo hacen de forma contumaz; insisten sin despegarse un ápice de sus afirmaciones. Y añaden que entienden perfectamente lo que les ha dicho el pueblo; que el pueblo ha hablado. Una urna a la que hablo, no creo que grabe la reflexión del votante y no parece que el mensaje telepático sea recogido por el artilugio y aún más de que sea capaz de transmitirlo a los que pastorean las diferentes agrupaciones políticas. Y entonces uno acaba preguntándose cómo es posible que metiendo en la urna una papeleta del partido X, salga tras el recuento de votos y su traducción en escaños *Gran Coalición Constitucionalista* o *Gobierno de Cambio y Progreso*. Y, claro, parece que alguien está haciendo trampa. Hay que ser impermeable a las denominaciones apresuradas de la aritmética electoral, porque eso ya no es un sumatorio, sino un requisito para

³³ ABC, 21.12.2015.

³⁴ BOE 276 de 18-11-2015, pp. 108.706 ss.

justificar un pacto o para condicionar las siguientes elecciones. Está a nuestro alcance rechazar tal manipulación y siempre actuar según criterio propio, persona a persona, ciudadano a ciudadano.

La actitud como acompañamiento

Ciertamente no se habla en sentido estricto de palabra, pero sí de lenguaje no verbal, que acompaña y matiza a todo lo expresado verbalmente. El gesto, la apariencia, la actitud global, son aspectos que matizan muy poderosamente la expresión verbal. Una persona hizo hace tiempo una observación bastante sensata, al ver un cuadro de fotografías de directivos de un tipo de entidades: *¿A quién de estos elegirías como socio o consuegro?* Estaba bastante claro. Por otra parte, el test de Szondi, actualmente en desuso, que se basa en elecciones o rechazos de una larga serie de fotografías de diversos personajes con peculiaridades de conducta, delincuencia o patología psiquiátrica, ha demostrado con claridad que el lenguaje del gesto, eso que popularmente se esquematiza como *la cara es el espejo del alma*, es capaz de aproximar significativamente los rasgos básicos de las tendencias de las personas.

Popularmente se habla de la *clase* de una persona, en cuyo gesto se advierte sólida educación en el ámbito de las clases dirigentes, de *rasgos nobles* en quienes desde pequeños han sido educados en la creencia de que son realmente seres superiores; el rey Felipe II aprovechaba su aspecto mayestático aprendido desde la infancia para intimidar a quienes le visitaban, obteniendo así ventaja sobre ellos, repitiendo además para recalcar el efecto del gesto, la expresión *sosegaos*. Auténticos majaderos, educados en la convicción de que son especiales, han aprendido a mantener un gesto que en muchas ocasiones les franquea puertas vedadas a quienes con méritos objetivos no arrollan con la mirada o la actitud al prójimo. El gesto de superioridad, o intimidatorio o falsamente humilde, son rasgos que es preciso filtrar muy bien a la hora de la interrelación social, evitando así un factor del control poderoso sobre nuestro criterio.

PODER DEL SILENCIO

Comunicación

Según el propósito de quien maneja los hilos del poder, el silencio puede ser aún más eficaz que la palabra. La forma más inocente, si la hubiere, es el silencio como reacción ante algo; implica tanto al lenguaje verbal como al no verbal. Por ejemplo, cuando alguien da una información que considera relevante o al menos digna de consideración, el silencio absoluto del receptor bloquea al momento toda nueva comunicación. A partir de ese momento, quien intenta la comunicación está maniatado para seguir dando datos y además no sabe de ningún modo qué es lo que está ocurriendo. Y pueden surgir diversos pensamientos: *no sé si he sido inoportuno, no sé si me ha oído pero por si acaso no me atrevo a repetirlo, desaprueba lo que ha oído, desaprueba que sea yo quien lo ha dicho, ha recibido el mensaje pero me desaprueba a mí, la información que he dado es irrelevante, etc.*

Autoritarismo

A veces el silencio puede no serlo desde el punto vista estrictamente físico, pero tendría los mismos efectos. Se dice, ignoro si es cierta la anécdota pero viene a cuento, que estando el general Franco en Galicia, cuando se disponía a salir a pescar, su ayudante le preguntó en qué puerta quería que estuviese dispuesto el coche; el general, abstraído, siempre de pocas palabras, respondió con un tajante *¡Sí!*, es decir, que no respondió; inmediatamente se dispusieron sendos automóviles frente a cada una de las puertas por donde podía salir. Pudo ser un simple lapsus, pero si se trataba de algo intencionado, la pura demostración de poder resultaba absoluta. La *cara de jugador de póker* o la llamada *cara de juez*, son dos formas de ejercer poder sobre los demás, que carecen de pistas incluso gestuales sobre las que valorar si lo que hacen va por buen camino o no, con lo que la intranquilidad que se genera en esas ocasiones facilita mucho la posibilidad de actuar erróneamente y desarma parcialmente la capacidad de interactuar adecuadamente.

Agresión

Pero hay otra forma mucho más cruel de utilizar el silencio: su empleo permanente en las relaciones interpersonales o laborales. No se habla aquí del silenciamiento de informaciones por los medios de comunicación, que ya se contempla en otro apartado, sino de relaciones estrictamente interpersonales. El silencio persistente es una de las formas más crueles de agresión y al tiempo un procedimiento eficaz para ejercer el poder sobre los demás. En el plano de la agresión, ignorar al otro, someterle al silencio verbal y gestual, acaba produciendo dos efectos: la vivencia de soledad, de aislamiento y al mismo tiempo la sensación de irrelevancia: *no existo, no soy nadie, no soy nada*. La connotación ética es más que evidente cuando se emplea esta forma de silencio permanente como táctica agresiva.

Y el segundo aspecto, el del silencio como fuerza poderosa de control de los demás, resulta mucho más terrible. Equivale a dejar caminar libremente a alguien por un paraje parcialmente conocido, pero con los ojos vendados. El sujeto así cegado, sabe que hay unos árboles a la derecha, a lo lejos, al frente, un río poco caudaloso, que hay unas piedras irregulares por el camino y un barranco a la izquierda, y además tiene cierta memoria visual de todo ello. Pero al cabo de un tiempo de deambular, quizá buscando el refugio de los árboles, tropieza con una gruesa piedra, que no recordaba que estuviera allí, sencillamente porque la falta de visión le ha hecho perder todas las referencias. Como no sabe dónde está exactamente y teme caer al barranco o al río, lo más probable es que el cegado permanezca inmóvil, tras levantarse de la caída, aguzando el oído, que a veces le traerá el sonido del agua del río según la dirección del viento, reforzando su inmovilidad para evitar caer al agua. Mientras tanto, el autor de la hazaña de cegar al cautivo, hará lo que quiera, sin obstáculos e incluso podrá, mediante ocasionales salidas del silencio, dar alguna confusa pista al cegado, que con toda probabilidad acabará mal. Ese es exactamente el efecto del silencio en la vida familiar y profesional. Como no hay forma de obtener información mediante una normal interlocución, la mente cavila, partiendo de los pocos datos de que dispone

desde antes del cegado informativo y va tejiendo una suerte de itinerario mental que a veces resulta correcto, pero que en la mayoría de las ocasiones le llevará por un camino erróneo, facilitando el influjo poderoso al silenciador, y otras le hará desembocar en un auténtico paranoidismo, que ya no solo favorecerá al silenciador, sino que llevará al más absoluto desastre al aislado. El destierro familiar buscado de algún miembro díscolo o indeseado por un núcleo intrafamiliar compacto o el *mobbing* laboral son dos campos de poder en los que el silencio se emplea como mecanismo de control preferente. Y además, esta forma de poder resulta difícil de atacar: *Yo no he hecho nada, no he dicho nada, ¿de qué me acusas?* Aquí radica otro aspecto de la eficacia del método y también de su perversidad ética.

PODER DE LA DEBILIDAD

La debilidad puede ser un poder, sí señor. Muchos hemos visto reportajes de vida animal en los que se observa cómo, especialmente en los cánidos, cuando una pelea se va perdiendo, el que se siente de antemano derrotado se tumba en decúbito supino, ofreciendo su cuello a las posibles dentelladas del que juzga vencedor; normalmente, este gesto de sumisión va a servir para minimizar el desastre de la derrota y casi siempre va a preservar la vida del vencido. A esta especie de ritual innato se le denomina *técnica de apaciguamiento o inhibición*. Algo parecido ocurre cuando acercamos a un indefenso cachorro de gato a las fauces de un perro de costumbres normales, no muy feroces: el perro renunciará a atacar al animalito e incluso podrá darle unas afectuosas lametadas.

Los humanos compartimos estos modos de conducta y además los tenemos potenciados por la educación ética –si es que la hemos recibido– y tendemos a evitar o minimizar la agresión al débil. En muchos pueblos existía hace tiempo la figura del *tonto del pueblo*. Se trataba de alguien con discapacidad mental y frecuentemente física asociada, de quien todo el mundo se reía, pero que era recompensado por su papel de bufón,

reflejo de todas las miserias de la plebe que de él se burlaba, con una existencia más o menos miserable pero exenta de la obligación de trabajar, mantenido y protegido por la comunidad en la que habitaba. Quizá el precio de la supervivencia era un tanto excesivo, pero la debilidad es capaz de conseguir además de supervivencia, poder.

Debilidad como táctica

Un amigo comentaba, tras salir de una reunión de trabajo en la que una secretaria inútil y haragana intentaba justificar su escaso aprecio por el trabajo, haciéndose la mártir y quejándose de la desgracia de su viudedad y soledad con profusión de lamentos, suspiros y sollozos, que las lágrimas de mujer son *la mayor fuerza hidráulica del mundo*; la haragana siguió en su puesto de trabajo y además le pusieron apoyo de otra administrativa. Sirve también para varones, aunque ya sabemos que en tal caso el recurso a las lágrimas es infrecuente. Dar pena, inspirar compasión, es un modo de *imponer* una conducta objetivamente injusta, que conculca los derechos de los perjudicados: *Como no tengo estudios, puedo decir cualquier estupidez o formular cualquier improperio, sin que me pase nada, porque, pobre de mí, soy ignorante*. Normalmente ignorante para las consecuencias, no para acertar a herir en lo más sensible a los agraviados. *Como soy algo cojo, puedo llegar tarde a la reunión, es decir, cuando me venga en gana, en la seguridad de que me harán un lugar para que pueda sentarme, pobre de mí, cojito toda la vida. Como no me da la gana de ponerme las gafas, porque me hacen parecer viejo, seguro que alguien me lee el precio de los artículos que quiero comprar, porque tengo una discapacidad sensorial, pobre de mí*. Y así hasta el infinito.

A veces el poder de someter a los demás por medio de la debilidad, puede amplificarse por mecanismos muy sencillos. Por ejemplo, un mendigo que suele arrodillarse en una céntrica calle peatonal, colocando una caja de cartón abierta por la parte superior ante sí; se inclina sobre ella y grita *¡por el amor de Dios, una ayuda!* de modo que la caja hace de reso-

nador y la súplica se hace mucho más audible y además más grave por el efecto de filtro sonoro de las paredes de cartón. Otras veces se recurre a la argucia de la marginación por motivos de raza, religión o cultura. En este caso basta con pasar ante una organización caritativa donde se reparte comida y ropa para personas y ver los atuendos de quienes allá acuden en proporción desmesurada respecto a la población general (les dejo los detalles para la reflexión). Muchas otras veces la pertenencia a una asociación de apoyo a minusvalías psíquicas, sensoriales o de otra índole, parece un aval para hacer literalmente lo que al protegido le da la gana: *¡El pobrecito, como es... qué va a hacer, si está en...!* Y el pobrecito o la pobrecita, pasan por delante del sufrido contribuyente sin más mérito que ser de la asociación.

Debilidad opresora

Con frecuencia la debilidad se transforma en auténtica tiranía. Aunque hay muchos casos al respecto, pongamos dos ejemplos. El primero es el de una persona con discapacidad mental importante. Su conducta no puede ser demasiado responsable ni perfectamente normal y adaptada a los patrones habituales. Eso está bien claro. Pero con la condescendencia, la familia se va deslizando hacia una tolerancia progresiva que hace que el resto de sus miembros, en lugar de tolerar las diferencias, se vaya adaptando a ellas, de modo que el ritmo y las reglas de convivencia las va dictando el discapacitado, que así se convierte en el auténtico dictador de todo el núcleo familiar. La cosa es perfectamente ridícula. Imaginemos a un diabético grave que vive en una familia: ¿La familia entera deberá hacer régimen alimenticio? Entonces, ¿por qué consentir que un discapacitado psíquico dicte las normas de convivencia de toda una familia?

Por concluir, tenemos el ejemplo de los débiles oficiales de la carretera, los ciclistas. Esta es una guerra que parece perdida para las personas con sentido común. Ante un automóvil, el ciclista está inerme y un atropello puede ser mortal. Por eso se han dictado normas de circulación

de tipo protector. Eso está muy bien. Pero vayan ustedes por carreteras frecuentadas por ciclistas, especialmente los grupos de fin de semana, y verán cómo en un elevado porcentaje de casos, los ciclistas abusan de su debilidad, circulando de forma antirreglamentaria, en pelotón compacto ocupando toda la calzada de forma injustificable, cómo una señal de aviso es respondida con insultos y gestos obscenos, etc. La debilidad de quien podría ser atropellado acaba imponiendo su poder en estos casos (cuántos, no está medido; en la experiencia cotidiana muchos, demasiados) y bloqueando los derechos del resto de las personas que circulan.

En resumen, en la medida de lo posible, no debemos permitir que en nombre de la debilidad se ejerza poder sobre nuestras vidas. La debilidad se protege, pero no puede ser fuente de sumisión, porque entonces la convivencia se altera, los patrones de conducta social se trastocan y se acaba como siempre: pagando justos por pecadores. O con un estallido desmesurado.

PODER DE LA BROMA

La broma no es necesariamente humorística; puede ser un modo de imponer el propio poder a los demás. No se puede tomar a broma la broma, más que en un contexto estrictamente humorístico.

Humor y broma

Define el Diccionario de la R.A. el humorismo como *un modo de presentar, enjuiciar o comentar la realidad, resaltando el lado cómico, risueño o ridículo de las cosas*. Con esa definición es fácil entender por qué el humor es uno de los antídotos más eficaces contra la autodestrucción mediante suicidio directo o prolongada permanencia ante el televisor. La visión humorística de la vida es algo providencial, un don, pero también un continuo ejercicio de aprendizaje, que deforma leve-

mente la realidad, mutilándola en parte de algunos de sus aspectos más sórdidos o agresivos, para hacerla tolerable. El humor es una virtud que requiere cultivo y constancia y ofrece a cambio cierta estabilidad emocional ante la vida cotidiana (sin llegar al esperpento de alguna película “a rayas”).

La broma, en cambio, que es una chanza o burla, una ocurrencia o una escena ridícula o cómica que irrumpe abruptamente en lo cotidiano, tiene añadido un significado que también especifica el Diccionario: *Tomar algo a broma* – no prestar atención, no dar la importancia que se merece a algo. Y así, entre bromas (y veras, reza el dicho popular, señalando un modo de relación social compleja) y tomándose algunas cosas a broma, es posible ejercer poder sobre el prójimo. Ocurren al menos tres tipos básicos de broma poderosa: la excusa de las propias violencias, la invalidación de los saberes o méritos ajenos y el aplastamiento de la ajena autoestima. Vamos a repasarlas brevemente.

Broma autoexculpatoria

La broma suele ser muy eficaz para excusar algunas formas de agresión o violencia, cuando es sabiamente aplicada por el individuo agente, normalmente ante una concurrencia acrítica, es decir, la mayoría de la sociedad. Cuando tal individuo comenta con toques bromistas sus hazañas sexuales, aportando datos jocosos o detalles que suponen un descrédito de las personas perjudicadas por su conducta, se ejerce el poder en forma de autoexculpación, porque se acaba transformando en un *pillín* al que es un contumaz abusador, un crapuloso personaje o un auténtico cerdo según el lenguaje más llano. Quien tiene la pernicioso costumbre de distraer los bienes ajenos en beneficio propio, tanto en pequeñas cosas como en negocios de mayor cuantía, mintiendo o engañando o incluso ejerciendo violencia primaria, acaba siendo por la magia de la bromista exposición de sus hazañas, un *pícaro*, cuando en realidad es un ladrón sin asomo de vergüenza o arrepentimiento. El que tiene la inveterada costumbre de controlar a los demás, especialmente los próximos, familiares

o no, con órdenes continuas, imponiendo sus criterios, acaba labrándose la fama de ser algo *sargentón* o *mandoncillo*, bromeando sobre su vicio, trocando en una peculiaridad de carácter lo que es un continuo atentado contra la independencia de los demás, el autoritarismo más explícito y repugnante. Estos tres ejemplos ilustran de qué modo se puede ejercer poder sobre los demás, cambiando la realidad por aspectos leves, descafeinados, de violencia; así se bloquea la reacción de las personas, que no osarán castigar al lujurioso, ladrón o autoritario con la adecuada sanción social, generalmente el menosprecio y sobre todo el alejamiento de todo contacto con estos seres dañinos. Se ha ejercido poder impidiendo la justa reacción ante la maldad.

Invalidación de cualidades ajenas

La broma también puede *invalidar los saberes o méritos de los demás*. Un compañero de estudios, cuando se decía algo que él ignoraba, replicaba inmediata e invariablemente *te lo estás inventado*, con lo que invalidaba los conocimientos ajenos y al tiempo excusaba su ignorancia; la acción poderosa se ejercía así nivelando injustamente a los demás de acuerdo con la propia ignorancia. Este es un fenómeno extraordinariamente extendido en la sociedad; no pocas veces se responde a una argumentación o una exposición de hechos negando su existencia o exigiendo la comprobación mediante una fuente fidedigna y externa. Así, por ejemplo, cuando en el curso de una discusión se aporta algún dato (tenemos tantos parados y de ellos son mujeres tal porcentaje, por ejemplo) si este contradice los criterios o la argumentación del otro, oiremos expresiones como *eso no es cierto ¿de qué fuente has obtenidos esos datos, evidentemente falsos?*; como normalmente no llevamos a cuentas la bibliografía ni los repertorios estadísticos, la simple actitud de tomar a broma, o su equivalente, no tomar en serio, lo que alguien expone o defiende, invalida de inmediato toda la discusión. Se ha puesto a cero el marcador, por un procedimiento tan sencillo y poco costoso como desacreditar sin datos las afirmaciones ajenas.

Una variante de este sistema de invalidación es el que se refiere a las capacidades o habilidades ajenas. Una persona que posee determinados conocimientos o cualidades positivas o habilidades especiales, puede ser reducido a la misma altura de mérito que otra perfectamente ignorante, insípida e inútil, con recursos tan simples como tomarse a broma sus cualidades. Por ejemplo, a alguien que es versado en alguna materia y destaca por ello en un ámbito concreto (no hablamos del pedante que siempre cuenta su rollo particular para destacar) se le dice algo así como *claro, como solo te metes esos librotos cual ratón de biblioteca, sin vivir la vida real como hacemos los demás* y en el acto, sin más trámite, queda reducido a cero su saber y al tiempo desprestigiado, como raro, quien lo posee. Si una joven destaca por su belleza y simpatía, se pueden invalidar estas cualidades con expresiones tales como *sí, pero es tonta y además no ha sido capaz de acabar ni la EGB*, lo que la transforma en un ser vacío, sin interés alguno. Otras veces la invalidación bromista es mucho más simple; alguna afirmación, la aportación de un dato poco conocido o un discurso racional y elaborado, pueden ser invalidados por un escueto *no me digas...* lanzado en tono zumbón y despreocupado. Invalidar las virtudes o dones ajenos mediante el empleo de la broma es violencia pura, porque elimina socialmente esas cualidades y al tiempo nivela a las personas con quienes nada tienen que ofrecer aparte su hostilidad ante quien destaca sobre la propia zafiedad, ignorancia o incapacidad.

Destruir la autoestima

Por fin, la broma puede conseguir efectos casi mágicos en la labor de destruir la autoestima de quien sufre sus efectos. Es el ostracismo funcional; el *mobbing* estabilizado; también una variante del síndrome de Casandra, aunque sin las connotaciones trágicas de este. Tomar a broma todo lo que alguien hace o dice es una labor de persistente y cuidadosa elaboración que indefectiblemente mina la propia imagen; no se trata de un fenómeno aislado, como que se burlen de quien sabe algo o hace alguna cosa extraordinaria en un determinado medio hostil a lo que no sea rutina y vulgaridad, sino de una programación que frecuentemente se

concita de modo espontáneo, como forma de propagación de un hecho inicial. Si en un determinado medio se advierte que la broma sangrante o despectiva produce un gran efecto en cierta persona, es muy probable que se añadan espontáneos al círculo de los verdugos, menospreciando al sujeto víctima de las bromas destructivas; la sangre atrae a los carroñeros y así, el perjuicio producido con resultados constatables, atrae nuevos agentes de bromas violentas. No es preciso insultar o maltratar físicamente a una persona para destruir su autoestima: tomarla a broma en todo, hacer chanza de sus cualidades o saberes, de forma continuada e inmisericorde, acabarán convenciendo a la víctima de que es realmente tan inútil e ignorante como se le considera.

Cambio de registro

La defensa de la broma como acción de poder resulta muy difícil. Especialmente porque casi siempre supone la salida del ámbito bromista en que se desarrolla la práctica de sometimiento y entonces la desacreditación viene por la vía de una contundente respuesta, verbal o física, ejercida como autodefensa, que suele interpretarse como una agresión y no una réplica. La expresión popular “no te pongas así, que era solo una broma” suele desarmar a un alto porcentaje de los que responderían y es otro mecanismo perverso del poder bromista. La entrada en la respuesta defensiva de diversa intensidad o cualidad se dará en otros casos. Proseguir la relación con un intento racional de desarmar la broma malévola, no suele conducir a grandes resultados; hay un viejo dicho, imposible de rebatir en la práctica que reza: *Nunca dialogues ni discutas con un imbécil, porque acabará llevándote a su terreno y allí te vencerá*. La única defensa posible ante la broma manipuladora es la salida del círculo bromista, con todas las consecuencias, y la consideración, lo más objetiva posible, de las cualidades de quienes ejercen este tipo de violencia. Se obtendrá paz y autoestima a cambio de un progresivo estrechamiento de las relaciones. Pero al cabo ¿no ese el camino vital de todos?

Cómo maniatar al prójimo

Una variante muy extendida de control de los demás mediante apariencia bromista, es el risueño establecimiento de una premisa invalidante y aparentemente insuperable. Las fórmulas son muy diversas y valdrán algunos ejemplos para entender el meollo del mecanismo bromista. *Reconoce que eres un poquillo extremista*, frase risueña y aparentemente superficial, que transforma en absolutamente relativo cualquier juicio o valoración que se haga a lo presentado por el interlocutor. O, *no me negarás que eres un tanto raro*, preludeo por el que se invalida cualquier argumento que no pase por lo ramplón o el lugar común. O, cuando en el curso de un diálogo sobre temas políticos, se dice *ya sabemos que eres bastante de derechas*, como preludeo para invalidar una argumentación que acuse una praxis indebida de una fuerza de izquierdas (vale exactamente a la inversa). O cuando para invalidar una afirmación rotunda se suelta el *¿no me lo dirás en serio?*, lo que podría abocar a una evolución francamente poco humorística de la conversación si no se acepta que, efectivamente, no lo digo en serio. Por fin, un método que suele resultar útil en la vida cotidiana para impedir que un diálogo o discusión llegue a conclusiones indeseables por el prójimo, es interrumpir la argumentación con expresiones como *¿pero de verdad te parece serio el informe Kinsey?*, con lo que la carga de la prueba recae inmediatamente en quien defiende un argumento que no puede exponer en su integridad, sencillamente porque las personas no viajamos con el archivo a cuestas.

Cada vez que alguien empieza diciendo eso de *reconoce que*, la respuesta debe ser, invariablemente: *no lo reconozco*. No es que seamos perfectos, que no tengamos derivas ideológicas o de formación incompleta, que no tengamos rasgos de carácter peculiares o problemáticos, pero admitir la existencia de todo esto en la interacción social, sin una correspondencia equipotente, es ponerse en situación de inferioridad ante quien quiere ejercer poder sobre nosotros, invalidando nuestras actitudes, conocimientos o conductas. Hay que exigir siempre la interacción en términos objetivos, sin mezclar rasgos personales, indemostrados o apriorísticos, por muy risueña o informal que sea la forma del presupuesto invalidante.

PODER DEL RENCOR

Sentimiento normal

El rencor es un sentimiento difícil de controlar. Consiste en la vivencia arraigada y pertinaz de pesar o enojo consecuente a un daño sufrido. Alguien podrá decir que no se debe ser rencoroso, y parcialmente tendrá razón: no se debe fomentar el sentimiento de ofensa consecuente a un daño realmente recibido; pero una cosa es fomentar y otra percibir. En la práctica resulta relativamente fácil proceder así en un ambiente distendido y pacífico. Pero en la vida social común, los daños recibidos no siempre son leves o menores; dejan huellas inevitables y frecuentemente irreversibles. Algún moralista oriental hablaba del mal causado, poniendo el símil de una madera en la que se clava una punta de acero; allí seguirá hasta que alguien la arranque, pero la huella quedará, la herida permanecerá y será tanto menos fácil de disimular cuanto más profunda se haya alojado la punta.

La memoria es una de las potencias humanas y nos sirve para dar continuidad a la vida. Quienes afirman que no hay pasado, que ya se fue, ni futuro, que está por venir, solo presente, mienten en un alarde de irrealismo. El pasado condiciona en buena medida nuestro presente y está presente dirigiendo en gran parte las acciones futuras en la medida en que estas no dependen exclusivamente del propio albedrío. Y una parte del pasado son las heridas sufridas en el camino vital. Una buena coraza –la fe trascendente, la autoconfianza, la distancia afectiva– protegerá de heridas profundas, aunque no las elimine completamente; será la primera condición para depender poco del mal sufrido. Por el contrario, un temperamento sensitivo o un exceso de atención hacia los golpes recibidos, ampliarán la llaga del daño recibido hasta hacerlo difícil de soportar. Algunas heridas infligidas a la integridad de la personalidad, al honor o los valores más queridos, durante la infancia y la juventud, acabarán siendo determinantes para el futuro de la persona o auténticamente imborrables. Y los sentimientos rencorosos que despertarán serán difíciles o imposibles de restañar.

Rencor fomentado

Y lo auténticamente importante, partiendo de estos principios, va a resultar la elaboración de la vivencia rencorosa. La autoalimentación del rencor a partir de un daño realmente sufrido, es un mecanismo perverso que multiplica el impacto de tal daño hasta hacerlo insufrible e incontrolable. Ese es el mal. El parche que oculta el ojo de un tuerto sirve para minimizar la repulsión que la lesión produce en el propio mutilado y en los demás; todo lo que contribuya a hacer ostensible la herida y ausencia del ojo, será un continuo recuerdo de la carencia irreversible y al tiempo aumentará el rechazo social, porque la fealdad y la deficiencia son odiosos por sí mismos. Y así la rumiación rencorosa, la obsesiva fijación en un daño realmente sufrido, magnificarán la herida afectiva, haciéndola insostenible y generando una enorme antipatía o aversión hacia el causante, favoreciendo el deseo de venganza y facilitando los medios para alimentar un sentimiento que ya será básicamente dependiente de la persona agredida: el odio.

Odio

El odio acaba ocupando la mente del agredido y busca no solo el resarcimiento del daño hecho sino la destrucción del agresor. Entre otras cualidades perversas, tiene la de que persiste incluso cuando ha desaparecido el ser odiado. La consecuencia natural es la venganza, en algunas religiones canalizada a través de preceptos específicos para tal propósito. La esencia de la venganza no regulada (tremenda palabra, pero real, existente) es que busca la destrucción del odiado pero al mismo tiempo envenena el alma del odiador, ocultándole otros campos de la vida, mucho más amplios y tan reales como un daño sufrido en el pasado; el odio que mueve al muchacho protagonista de una película del Oeste, persiguiendo durante largos años a los asesinos de sus padres, puede acabar con la vida de estos, pero al tiempo esteriliza otras posibles opciones vitales del justiciero.

Ese es el núcleo del poder del rencor no controlado: somete el proyecto vital del agraviado a la acción del agresor. Le roba su libertad, sus posibilidades de desarrollo vital. Además hay que tener en cuenta otro aspecto también fundamental: el rencor puede generarse por agravios no intencionados o, aún más, imaginarios. Es frecuente que las personas nos sintamos dañadas por alguna actitud ajena en la que no hay ni la menor intención de agredir y que puede deberse a peculiaridades de carácter o deficiencias físicas, culturales, afectivas, de relación social. El misterioso personaje que se comunica mediante pequeños objetos alojados en el hueco de un tronco, de la novela *Matar un ruiseñor* de Harper Lee, es un elocuente ejemplo de esto. Mas lo interesante de ello es que sin intención, sin tan siquiera saberlo, podemos agraviar a una persona por nuestro modo de hablar, por nuestro estatus social, porque le recordamos a alguien malquerido, etc. Y entonces el rencor que desemboca en odio será virulento pero insospechado, impidiendo cualquier posible reparación.

Venganza controlando la propia vida

Puesto en marcha el odio, el río de la afectividad descontrolada pide venganza. Y esta puede ser de varios tipos. La más elemental es la que se produce por hechos o palabras. El ejemplo más clásico podría ser el de Carlo Gesualdo, príncipe de Venosa, autor musical renacentista de notable influencia, que tras matar a su infiel esposa junto con su amante, pasó el resto de su vida atormentado y aislado, componiendo música bellísima, profundamente melancólica; la venganza afectó a todos de forma irreversible. El poder del odio se abatió sobre los adúlteros y sobre el vengador, arruinando de un solo golpe tres vidas. Otra forma de venganza es la espera del tiempo propicio para su ejecución. Problemas de demarcaciones de campos de labor o pleitos familiares diversos, tuvieron ocasión de ser vengados, por ejemplo, con ocasión de nuestra última Guerra Civil (en España somos especialistas en guerras civiles, especialmente desde la de Independencia) de modo que delaciones o denuncias con excusa política y también de credo religioso, acabaron con la vida de supuestos o reales

agraviadores. El aliado natural de tal tipo de venganza diferida es el dúo silencio–aparente normalidad; bajo la capa del aparentemente olvidado o perdonado conflicto, se agazapa la espera de la ocasión propicia para acabar con el odiado.

Respecto a la sed de venganza que se transmite a la familia, el problema se complica mucho; es el origen de conflictos que han ensangrentado todas las tierras durante siglos; la lucha de Montescos y Capuletos es un ejemplo literario bien conocido. Tenemos un precedente interesante en la propia Biblia. Cuando David está a punto de morir, asumiendo que Yavé ya no tiene tiempo de castigarle por quebrantar su palabra o ejercer la venganza contra sus enemigos (el contexto de la narración bíblica indica elocuentemente que David no creía en la otra vida, al menos como se concibe desde la perspectiva cristiana) instruye a su hijo Salomón para que ejecute en su nombre las venganzas aplazadas por temor de Yavé (2 Re 2,1–9) contra Joab y Semeí. La venganza transmitida como un encargo explícito se da en algunas ocasiones; en muchas otras, es una especie de carga ancestral que se transmite tanto entre familias poderosas como humildes. Es el odio puro, ultravital, carente ya de objeto estrictamente reivindicativo en la mayoría de los casos. Un ejemplo es la oración que Filomeno, el personaje imaginario que retrata Torrente Ballester, recita por las noches en la casa solar familiar: *Al llegar la noche y acostarme, no rezábamos ninguna de las oraciones que nos enseñaba aquel cura, sino la que habíamos aprendido de la abuela Margarida, cuyo significado tardé mucho tiempo en comprender: Dios todopoderoso, mantén en tus infiernos al marqués de Pombal por los siglos de los siglos, amén*³⁵. Dicho por don Gonzalo está suficientemente explicado. Defenderse eficazmente de las influencias nefastas de los odios familiares resulta muy difícil, porque exige en cierta medida renunciar a parte de la identidad familiar; y eso es muy duro para la mayoría de las personas.

³⁵ G. Torrente Ballester. *Filomeno, a mi pesar*, capítulo II.

PODER DE LA EDAD

Cada edad tiene sus connotaciones poderosas, sus peculiares formas de controlar nuestra vida; el viceversa es que nuestra propia edad también tiene ingredientes para hacer más fácil y poderosa nuestra relación con los demás y más indigesta la receta que ofrecemos al prójimo. Empecemos por el principio.

Niñez

El niño es un ser indefenso, necesitado de cuidados ininterrumpidos, a merced de todas las desgracias, de todas las adversidades del mundo externo. Incluso del micromundo de su propia familia. Desde el nacimiento, necesitado de nutrición, abrigo y preservación de los peligros externos, se va abriendo camino trabajosamente, especialmente para sus progenitores, hacia niveles de progresiva emancipación, que acaban físicamente en la pesadilla de la adolescencia; no así la dependencia psicológica y de apoyo total para la alimentación, el vestido, la instrucción, las relaciones con la sociedad general. No se desvela nada misterioso con lo dicho. Pero según el propósito de este catálogo de poderes que se está haciendo, hablemos un poco de cómo el niño es capaz de ejercer el suyo para controlar la vida de los demás.

Las necesidades básicas del desvalido neonato se van abriendo paso a través de una vida de dedicación de los padres, fundamentalmente de la madre, imponiendo horarios de alimentación, higiene y sueño, que no son actos de control voluntario sobre los demás sino requerimientos biológicos ineludibles para el cuidado del bebé. Con el paso del tiempo la dedicación tiende a hacerse menos agobiante, a la par que aumenta la autonomía del niño. Pero también con el paso del tiempo las exigencias del estado de indefensión biológica van dando paso a una progresiva integración en el mundo de la relación con los demás. Los iniciales besos, abrazos, caricias, palabras afectuosas, van teniendo correspondencia por parte del niño que se desarrolla. Y en la misma medida, la capacidad del niño de controlar las reacciones de sus protectores aumenta, porque por

puro reflejo va aprendiendo que sus exigencias, ya menos biológicas e ineludibles, se pueden ver satisfechas mediante la ejecución de acciones como el llanto enervante y desgarrado, la regurgitación de alimentos no deseados o el pataleo y otros movimientos desagradables que indican desaprobación.

Así comienza la que ya va siendo una gran tragedia en demasiadas familias. La inicial costumbre de responder sin rechistar a las demandas fisiológicas del niño pequeño, hace que muchos progenitores no adviertan claramente en qué momento el niño tiene la suficiente autonomía, o en términos de vida adulta, astucia, como para intentar satisfacer tendencias o gustos que ya no están condicionados por un imperativo ineludible. A partir de ese momento el niño se transforma en ese monstruo que se conoce coloquialmente como *el rey de la casa*. Pero rey absoluto. En el doble condicionamiento rechazo–satisfacción del deseo, la complaciente familia sigue respondiendo a demandas crecientes e injustificables con los mismos mecanismos con que atendía a las demandas ineludibles del bebé; y el proceso va creciendo con el niño, con pasos rapidísimos.

A ello se añaden dos factores: la aversión natural de los adultos por las escenas que puede montar un niño contrariado en sus apetencias, y un concepto pervertido de la autoridad, que se ha identificado injustificadamente desde potentes estructuras docentes y mediáticas como autoritarismo. Y, claro, nadie quiere ser autoritario, es decir, tirano, cavernario, retrógrado. Esos criterios equívocos no han surgido espontáneamente, sino que son fruto de una estudiada campaña de deslegitimación de la autoridad paterno–materna, que allana el camino para la instauración de otro tipo de autoridad moral; pero eso es harina de otro costal. A la postre, lo importante es saber que sin autoridad, es decir, dirección de la nueva criatura que se tiene que desarrollar, no es posible la madurez de la personita en formación. Incluso, si nos apuran, en caso de duda es menos malo un criterio que se exceda en rigidez que lo contrario; ya se explicó hace mucho tiempo (Freud, por ejemplo) que hasta para la rebelión, para rechazar unos valores en la vida pasando a los opuestos, es precisa la estructuración de un superyó, una plancha que sirva de apoyo

para proseguir en una dirección o desde la que saltar en otra, diferente u opuesta. Permitir que el niño, a través de demandas crecientes y caprichosas, condicione la vida no solo de los padres sino de toda la familia, es además de una irresponsabilidad educativa una auténtica barbaridad. La lucha debe plantearse en el terreno del sentido común, desatendiendo criterios sociales frecuentemente tan extendidos como estúpidos.

Adolescencia y juventud

La juventud es una etapa tan heterogénea como la niñez. Mientras que en aquélla las etapas de neonato, lactante, primera infancia, segunda infancia y preadolescencia están perfectamente delineadas y corresponden a formas de conducta características, en la juventud las etapas de la adolescencia y juventud propiamente dicha se dibujan con límites mal definidos, ente otras cosas porque las exigencias sociales que condicionaban el grado de responsabilidad en las relaciones con los demás, se han nublado, emborronado. Así, la adolescencia tiende con demasiada frecuencia a prolongarse hasta límites intolerables, de los que es ejemplo paradigmático el florecimiento laboralmente injustificable por su extensión del *ni-ni* (*ni* estudia, *ni* trabaja; vegeta).

La adolescencia es la tumultuosa última oportunidad de sacar fuera el niño exigente y obtener todas las ventajas (aparentes, puesto que a la larga son autodestructivas) de la imposición por argucias y violencias de diverso tipo que se han ensayado en la infancia. Si éstas han sido adecuadamente encauzadas y dominadas (la imposición por la fuerza de la propia conducta es una forma de violencia, de la que es necesario defenderse) además de preparar el desarrollo armónico de la persona en el futuro, la reorganización de la personalidad enfrentada con el más serio problema del ser humano, el descubrimiento de la yoidad, de la soledad radical de la persona, será razonablemente soportable. En esta situación, las demandas que el adolescente hace responden con frecuencia a impulsos no duraderos y ocasionalmente a tendencias de imponer los propios criterios como forma de autoafirmación en el piélagos

de inseguridades de la situación. La experiencia suele aconsejar en esta situación mantener firmemente asido el remo, conduciendo la nave de la persona que se está desarrollando con un rumbo perfectamente establecido, pero dando oportunidad a la relajación ocasional, a la confianza (frecuentemente defraudada), al cambio momentáneo de dirección y a la vieja táctica de *mirar hacia otro lado* cuando sea posible. Pero en todo caso hay que tener en cuenta que después del *rey de la casa*, el *adolescente indomable* es el segundo personaje que se enseñorea de la libertad ajena, fundamentalmente de su familia, y que la dureza del combate, atemperada por la sensata flexibilidad, no debe desembocar en una rendición incondicional. El naufragio de la persona en desarrollo sin guía será inevitable, en ocasiones recuperable y en otras irreversible, y la dominación por el poder de la adolescencia una consecuencia destructiva también para su familia. Defenderse de tal poder es imperativo, pero no hay fórmula fija. En todo caso, una sola receta: tener claro el objetivo y no dejarse anular por el oleaje del momento; no hay fórmulas claras y de éxito garantizado.

Al tiempo que se van disipando los convulsos movimientos anímicos de la adolescencia, surge la etapa de plenitud de vigor físico y encanto social³⁶. El joven es fuerte, decidido, tiene la belleza de los rasgos incorruptos por el gesto que deja el paso por las dificultades de la vida. Estos rasgos encantadores, hacen del joven objeto de deseo, no en sentido sexual, de la sociedad entera. Y así el joven puede descubrir cómo aprovechar tal situación para imponer su poder a los demás. La sociedad y especialmente la de situación más avanzada en edad y establecida en los circuitos del poder, adula de forma repugnante a los jóvenes, generalmente con objeto de ejercer un contrapoder, asimilándolos a un objetivo o norma de conducta³⁷. Incluso tolera y a menudo imita,

³⁶ Los antiguos romanos indicaban este estado con el paso de vestir la toga praetexta a la viril.

³⁷ Las grandes concentraciones de las dictaduras del mundo entero, de todas las épocas, las controladas Jornadas de la Juventud convocadas por el papa, son ejemplos paradigmáticos.

un peculiar modo de hablar de los jóvenes: el *cheli*. El *cheli* es la plasación de la autoadscripción de los jóvenes a una clase, a una subespecie distinta del humano común, velando mediante una jerga peculiar la comunicación verbal y al tiempo estableciendo un vínculo de relación y reconocimiento³⁸; es la esencia del autoconcepto de un ser sin pasado ni futuro, que es como es, joven (nada menos). La génesis de tal jerga está en el reconocimiento implícito por el resto de la sociedad de un estatus peculiar y existente por sí mismo, no una etapa del crecimiento; aceptar y hasta mimetizarse con las expresiones *cheli*, es someterse innecesariamente a la dictadura de una ficción.

A la juventud se le atribuyen, de forma indebida, una serie de virtudes que tienen su explicación por la mera situación biológica y social. Los jóvenes son alegres; tienen la alegría de quien aún no ha descubierto la dureza de la vida real, que no está reñida con una visión positiva y hasta gozosa de la propia existencia, que sale de profundas convicciones, no del optimismo de la inexperiencia. Los jóvenes son *generosos*; en muchos casos (demasiados trabajan por sueldos miserables o se debaten en el paro) dependen económicamente de sus padres o si no es así, pagan pocos impuestos; muchas reivindicaciones de ayuda económica a naciones subdesarrolladas o proyectos de ayuda social son defendidas mayoritariamente por quienes no tienen un sueldo del que detraer el costo de tan loables iniciativas. Los jóvenes son *espontáneos*, sin doblez; normalmente la inexperiencia impide calcular las consecuencias de las propias acciones o palabras y la vivencia de la propia fortaleza nubla la percepción de la medida en que los propios actos pueden afectar a los demás o al propio futuro. Los jóvenes son *informales*, sin rigideces; de sobra es conocido que si bien el hábito no hace al monje, cada monje tiene su hábito; es fácil ser informal cuando no ha quedado definido el papel social de la persona. Y así podríamos seguir haciendo algunas consideraciones más.

³⁸ F. Lázaro Carreter. *El dardo en la palabra*. Galaxia Gutenberg, Barcelona. 1998, pp. 151-154.

Pero lo fundamental es que las supuestas virtudes de los jóvenes no derivan de la edad, juvenil, sino que son consecuencia de una serie de condicionantes físicos y sociales. Los rasgos encantadores de la juventud, ya se ha dicho, atraen a la sociedad, unas veces con el afán de conquista, pero otras como sutil método de imposición de poderes. La imparable y arrolladora fuerza de la juventud puede imponer por la fuerza directa, derivada de la plenitud física propia de la edad, normas de conducta en un determinado momento, como ha sucedido en tantas dictaduras que a lo largo de la historia han abierto brecha en la sociedad general utilizando a los jóvenes fanatizados. Modos de comportamiento, de atuendo y de lenguaje propios de la juventud, se acaban imponiendo en la sociedad general por el afán de encuadrarse (vano afán cuando la edad avanza, inexorable) en un estado de gracia social y biológico. Lo más peligroso del poder de la juventud, imponiéndose en la vida cotidiana, es justamente su fuerza aunada con su vulnerabilidad. Detrás de los movimientos juveniles, de pensamiento, de atuendo, de formas de relación social, siempre está una dirección perfectamente establecida, que utiliza a la juventud para imponer formas políticas y sociales de comportamiento o modas determinadas que harán poderosos a sus creadores. Examínese, por ejemplo, el papel de la noche en la conformación de los valores y modos de comportamiento de los jóvenes: de forma claramente dirigida, la noche se ha transformado en el ámbito natural de convivencia juvenil, lo que es biológicamente transgresor y socialmente absurdo; está claro que la tendencia, claramente orientada, busca separar los mundos del joven y del adulto.

Hay que añadir que la juventud tiene una indudable capacidad de dominación sobre sus mayores, debida a la natural impulsividad y especialmente al vigor de la plenitud física; la fuerza física siempre ha sido un condicionante de primer orden en la capacidad de sometimiento o aceptación de los demás. La combinación de decisión-impulsividad y fuerza física, pueden condicionar de forma decisiva las actitudes de padres, profesores o superiores en general del individuo joven, que ve allanado por pura biología el camino para imponer sus criterios a los demás, ejerciendo un poder que además tiene la virtud de ser sutil porque implica una acti-

tud vergonzante en quienes lo admiten o sufren; si además la presión se ejerce en grupo, la sutileza deja paso a la franca amenaza.

Vida adulta

La madurez (los clásicos cifraban el paso a esta dura realidad en los cuarenta años) es el momento de las grandes desigualdades. El del poder real dentro de la sociedad y de la familia. Se trata del poder que deriva de la clase o la propia actividad, pero como vamos viendo puede derivar, y lo hace con inusitada frecuencia, en poder indebido. La madurez presume de estatus laboral o social y de este modo puede conseguir un extra de poder en el reconocimiento social de su papel; esto no se limita al ejercicio de profesiones de alto aprecio social, sino que se dará en todos los estamentos y niveles profesionales de la sociedad. Es tiempo de hacer y a veces hasta de pensar. Resulta difícil de deslindar el poder debido a la actividad, laboral, representativa o autoritaria, del añadido por las cualidades del individuo. En la actualidad el poder en abstracto de la madurez se ha estrechado considerablemente, por la presión avasalladora que sufre desde la juventud y una normativa cada vez más invasora de las libertades individuales (disfrazada de diversos modos), pero aún persiste en su forma más descarnada en forma de *porque lo digo yo*. Saberse activo o protagonista de la marcha de la sociedad, confiere un cierto carácter autoritario a la madurez, lo que la hace socialmente poco apreciada. No es el esplendor de la juventud ni la plenitud (es un decir) de la senectud, sino la acción, y por eso resulta en una larga época vital poco relevante desde el punto de vista de la estética social. Los modos de ejercer el poder indebido no dependen de la etapa vital, pero están especialmente exagerados por ella, y son todos los que se exponen a lo largo de estas páginas.

Involución

Por fin, la senectud. Muchos han quedado por el camino a todas las edades, pero la senectud es la antesala de la muerte cuando una vida sigue su curso natural y por eso implica dos hechos importantes: la acu-

mulación de experiencias vitales y la tendencia a la irrelevancia social en la medida en que el futuro, aunque de forma indeterminada, está limitado, abocado a un no mañana. La jubilación, diversamente jubilosa según las normas legales y la capacidad de preparar el futuro económico (también limitada por normas legales) se acompaña de irrelevancia laboral; y el *inútil*, en amplio sentido, pierde inmediatamente valor social. Incluso en el caso de personajes importantes para la sociedad en la que laboraron, verán reducido su valor social al papel que las instituciones o las personas les quieran asignar, frecuentemente con criterios absolutamente injustos o manifiestamente estúpidos. Es decir, que, en general, se pierde relevancia social, desarrollo laboral y capacidad adquisitiva. Y al tiempo se van acumulando fallos de salud, como ocurre con toda maquinaria que se va desgastando. La ruina, vamos. Y ante tan desolador panorama, salvo que se enfoque con la perspectiva de un destino trascendente que daría sentido a todo el decurso vital, las tentaciones poderosas de la vejez de controlar a los demás son dos: apelar a la propia experiencia y sabiduría vital y recurrir a estrategias de dominio, generalmente asociadas al ámbito familiar aunque pueden ampliarse al resto de la sociedad.

Respecto a la primera, bastará con examinar la experiencia de cada uno de nosotros para llegar a una conclusión irrefutable: hay muchas más personas ancianas necias e ignorantes que sabias (como en todas las edades). La edad da oportunidades para aprender y para reflexionar, que no siempre son aprovechadas, por diversos motivos: los años no dan sabiduría como norma. Cuando alguien invoca su avanzada edad para aconsejar o dar instrucciones u órdenes, lo mejor que se puede hacer es valorar cómo es la persona y no cuántos años tiene. El viejo dicho tribal que reza *cuando un anciano muere es como cuando se quema una biblioteca* solo es verdad en el reducido ámbito de saberes de pueblos muy primitivos, de pocos conocimientos y transmisión oral de tan exiguo tesoro de saber. Y llamar sabiduría a la gramática parda, recopilación de pillerías y fraudes aprendidos a lo largo de los años, es un intolerable abuso. En el mismo ámbito de los saberes está la pruden-

cia del anciano. El anciano no es de suyo prudente, sino timorato: puede perder lo poco que le queda en un falso movimiento. Y ese pausado y cauto movimiento vital se confunde casi siempre con la prudencia. La historia demuestra que la mayoría de los grandes acontecimientos históricos e intelectuales de la Humanidad no son fruto de la sabiduría y prudencia de ancianos, aunque las excepciones son tan destacadas que bien pueden mencionarse como hitos de la historia. Como siempre, la persona, no su edad.

Otro modo de dominio poderoso de la ancianidad, es la caprichosa autoridad ejercida sobre los allegados. Todos hemos visto a personas mayores, familiares o extraños, que consiguen imponer su arbitraria voluntad a los demás. Confucio citaba en el *Lun-Yu* la *piedad filial* como una gran virtud, poniendo algunos ejemplos que ahora se nos antojan prototipo de la más miserable dictadura senil. Piedad filial no es obedecer los caprichos e impertinencias de los ancianos padres; no es honorable someterse a los dictados de personas que se amparan en sus años (y su debilidad física y dependencia) para imponer criterios o normas perfectamente estúpidas o caprichosas. Los hijos respetan a los padres en su vida adulta, porque son los jefes naturales de la familia, pero con el paso del tiempo, la vivencia de finitud, de que esto se acaba del anciano, produce la desinhibición que hace que no se teman consecuencias futuras de una determinada conducta y se produce la tendencia a abusar de la autoridad natural, a prolongar indebidamente la patria potestad. Así, como ocurre con el mal vino, con los años se acentúan los defectos; cada persona envejece según ha sido a lo largo de la vida. Una vez amparada la senectud, según el grado de dependencia, la defensa contra el poder impuesto desde los años es sencillamente no aceptarla de ningún modo, sea cual sea el método de protesta que se emplee (lo que se le debe al anciano, sus desvelos, su sabiduría, el desprecio ahora que ya no sirve para nada, el lloriqueo o la pataleta, etc.). La edad no da derecho a la dictadura; la respetabilidad de los años depende de lo respetable que sea la persona, no de su cronología.

PODER DE LA SECTA

Concepto de secta

Cuando hablamos de sectas, inmediatamente se nos viene a la mente una lista de organizaciones religiosas o sociales de diversa condición. La secta es por definición una comunidad caracterizada por su falta de tolerancia a principios, leyes o creencias distintas a las de su propio grupo. Se trata de una organización cerrada, prácticamente impermeable a influjos exteriores a su propia entidad, que por principio considera sus propias leyes o estructuras como las únicas válidas para regir a los individuos en ella integrados, con una dinámica asumida como excelente y al tiempo dominante de las individualidades y toda posible desviación de unos determinados principios (heterodoxia). En esencia, la secta subsume dentro de una organización cerrada, autoconsiderada como superior y virtuosa en grado máximo, todo atisbo de individualidad; el sectario vive en, por y para la secta y fuera de ella no existe como persona, es un hereje o un desertor.

Alguien puede preguntarse qué tiene esto que ver con el poder en la vida cotidiana, pero si se examina cuidadosamente el modo sectario de vida, resulta evidente que a nuestro alrededor existen multitud de organizaciones sectarias en diverso grado, que limitan o asfixian la libertad de las personas en aras de un objetivo aparentemente personal, la perfección o la consecución de un ideal colectivo, a la existencia y funcionamiento de la propia estructura sectaria.

Para ilustrar someramente lo dicho, podemos servirnos de los rasgos de una organización sectaria prototípica: la de los judíos esenios³⁹. Los esenios fueron personas de observancia judaica ultraortodoxa, cuya existencia se rastrea entre los siglos II a.C. y principios del II, aunque parece que hay raíces esenias muy anteriores, a modo de tentativas, desde los siglos V-IV a.C.

Separados de la observancia ordinaria del judaísmo y enfrentados con la casta sacerdotal oficial, por motivos de observancia y de legitimidad

³⁹ A. Roitman. *Sectarios de Qumrán*. Martínez Roca, Barcelona. 2000.

en la misma sucesión sacerdotal, se establecen en comunidades cerradas con calendario propio, culto propio y observancia rigurosísima de la Ley (Torá). Aunque los núcleos más conocidos de esenios se encuentran en las proximidades de Qumrán, hay restos de asentamientos en otros lugares e indicios elocuentes de la existencia de comunidades esenias de familias ordinarias dentro de la propia Jerusalén, con barrio propio y diferenciado y costumbres también propias. Además del extremado celo en la rigurosa observancia de la Ley, el esenio se considera contaminado e impuro por el mero contacto ordinario con gentiles o miembros de la misma religión judaica ajenos a la secta, hasta el punto, por ejemplo, de disponer de talleres propios de alfarería que evitarían tener que utilizar cacharrería producida por manos impuras, aunque fuesen de otros judíos. Se reputan como los únicos conocedores de la esencia profunda de la Escritura, tienen relaciones sociales rígidamente establecidas e inamovibles, visten según normas determinadas (generalmente prendas blancas sin adorno de ningún tipo) y realizan las comidas siempre únicamente en comunidad (recuerdan a la cerrada y agresiva sociedad espartana) con preceptos adicionales a los prescritos por la Ley, llevando su celo al extremo de que la comida, para ser perfectamente pura, debe ser preparada por miembros pertenecientes exclusivamente a la casta sacerdotal. Nadie que no sea esenio verá la bienaventuranza eterna que Dios promete a sus elegidos, según la concepción esenia, incluso aunque sea judío.

Asumido que la descripción tomada del rabino Roitman resulta casi prolija, se ha hecho intencionadamente, con el objetivo de reflexionar sobre las posibles estructuras sociales sectarias que nos rodean y pueden limitar nuestra libertad, de ejercer poder sobre nosotros. En muchas ocasiones, las organizaciones sectarias condicionan aspectos de la convivencia social general, adaptándolos por la fuerza a su propio modo de concebir la vida y el mundo, con objeto de facilitar su propia existencia. Así muchas estructuras políticas y religiosas tiene rasgos sectarios clarísimos, que en la interacción social van a determinar en distinta medida la libertad de los no sectarios, las personas comunes, en forma de grupos de presión.

Libertad personal

El aspecto más duro de las organizaciones sectarias es la destrucción de la libertad del individuo inmerso en tales organizaciones, con el pretexto de que se hace así para el perfeccionamiento y plenitud de la propia persona. Alguna organización religiosa bien conocida, que limita drásticamente la libertad de acción y pensamiento de sus miembros, arguye que la mayor libertad es renunciar a ella voluntariamente mediante un voto previo, libremente asumido; obviamente se trata de un sofisma, porque la libertad es algo irrenunciable siempre y en todo lugar; otra cosa es el sometimiento a unas normas generales propias de una organización de fuerte compromiso, para alcanzar objetivos predeterminados. El límite entre el aplastamiento de la libertad personal, mediante el poder ejercido desde la organización, debe estar siempre claramente establecido y respetar la conciencia de la persona; de otro modo es anonadamiento, sojuzgamiento de la esencia de la personalidad.

Sectas en la vida cotidiana

La familia. Sobre estas bases, será bueno reflexionar en sectas que tenemos muy cerca y que aparentemente no lo son. La primera de ellas es la familia, algunas familias. Muchos ámbitos familiares son auténticas prisiones de la libertad de las personas en ellos integradas, anulando la libertad de acción por normas internas, generalmente dictadas por cabezas familiares pero también por la dinámica del grupo, y la libertad de pensamiento, que queda anulada cuando se valoran actitudes o conductas comúnmente intolerables pero que deben ser juzgadas como perfectamente asumibles puesto que se trata de algo *de la familia*. Una razonable distancia, que no implica desafecto, es el antídoto de tales formas de poder de la microsociedad familiar sobre la persona; las personas no somos pólipos de una gran colonia de coral, sino individuos ensamblados en un mundo de relaciones flexibles, mudables, basadas en la voluntad de entendimiento, no en el chantaje o la anulación del individuo.

Sectas religiosas. Algunas organizaciones religiosas o que con tal apariencia existen, van a tener la misma dinámica, con la diferencia de que al ser la adhesión a ellas voluntaria (salvo en el caso de haber nacido en el seno de una religión irrenunciable desde el origen) el control que se ejerce sobre las personas suele ser aún más duro que en el ámbito de las familias sectarias, puesto que el esculpido de la persona no se ha producido desde el nacimiento, con la salvedad ya mencionada. Las sectas de esencia religiosa o para-religiosa, suelen ser frecuentemente destructivas para la persona (los esenios expulsados de la Comunidad por sus irregularidades, generalmente morían de hambre, porque tenían grabadas en su mente las prescripciones dietéticas de la secta, imposibles de cumplir fuera de ella). Fuera no hay salvación.

Grupos políticos. También hay organizaciones políticas cerradas que funcionan como auténticas sectas, en las que el progreso es imposible sin una confesión de fe y ortodoxia laica cotidiana y sin la aprobación por la jerarquía de la organización. La libertad de la persona se ve violentada continuamente por la organización, lo que da como resultado la evolución hacia el cinismo, acomodándose de hecho a algo que no se comparte pero de lo que se espera un beneficio, o hacia la anulación de la personalidad. El rasgo básico, en los dos casos, es el fanatismo, interesado o por convicción. Y en los dos casos, la absoluta falta de libertad real.

Estructuras de origen informal. Por fin, existen sectas informales que se van a dar en la sociedad y de las que resulta a veces difícil percatarse. Por ejemplo, la asociación periódica e inmutable de un grupo de amigos que invariablemente cenar juntos cada jueves, disfrutan las vacaciones en grupo y se relacionan casi exclusivamente entre ellos, con pocas amistades extragrupalas. Esta forma sectaria de vivir es mucho más frecuente de lo que parece y la defección o fallecimiento de alguno de sus miembros puede producir sufrimiento y deterioro social en los restantes; en todo caso, limita de forma importante la capacidad de acción o de pensamiento, con el agravante de que, además, como ocurre con casi todas las estructuras sociales, suele haber unas personas rectoras de la pequeña comunidad. En un pequeño grupo heterogéneo de *solterones* que se reunía

todos los días para tomar unos vinos y charlar y que solían acudir al fútbol juntos cada domingo, además de compartir otras lícitas aficiones, uno de los amigos cayó *víctima* de la atracción por una muchacha, con la que finalmente se casó; el grupo consideró desertor al que había dejado de ser un castizo solterón y desde que supieron que tenía novia, le negaron el saludo y jamás le volvieron a tratar: había traicionado a la secta.

El club

A mitad de camino entre las estructuras patentes y las secretas, las informales y las organizadas, está el club. Pero no un club de natación, o de ajedrez o de pescadores, sino un club de tipo exclusivista. Al amparo de clubs perfectamente claros y públicos (tenis, golf, hípica, etc.) se pueden y suelen formar auténticas microsociedades en las que lo común suele ser de índole profesional, empresarial o político, que se autoreconocen como miembros elitistas de la sociedad general y que se relacionan con lazos de amistad y socorros mutuos de notable intensidad, pero siempre en el ámbito de la élite dirigente en sus respectivos asuntos y sin estructura orgánica o claramente perceptible. Muchos negocios de todo tipo, arreglos de pleitos de notable envergadura, pactos políticos de largo alcance, se han fraguado en estas estructuras semiformales, en las que la pertenencia está vetada a la mayoría y cuya existencia resulta poco conocida incluso para las personas que conviven en el mismo club oficial *acogedor*.

Esto es el secular provincianismo de caciques elevado de nivel, profesionales y ricos de siempre, y que además se consolida a lo largo de los años con la existencia de núcleos familiares poderosos que se relacionan entre sí y entre sí establecen vínculos de parentesco y negocios. Todos conocemos a las familias notables de un determinado lugar y cómo, aún variando de adscripción política o dedicación laboral de sus miembros, el poder se acaba manteniendo entre un núcleo concretísimo de la población. La penetración en tales círculos de poder suele resultar casi imposible y quienes intentan acercarse a ellos suelen ser tachados de advenedizos y solo raramente aceptados, si de modo informal el núcleo de fraternidad e intereses reconoce las posibilidades de ampliar su influencia. Pongamos

un ejemplo: ¿Es posible encontrar en una revista de sociedad fotografías o datos sobre una fiesta de la altísima élite real? Jamás. Las estructuras informales de clubs de poder se mueven en círculos cerrados y ambientes igualmente cerrados. Piensen en su propia ciudad e intenten hacer un inventario de la gente que manda realmente.

Estructuras sectarias secretas

El paradigma de tales estructuras es la masonería. Pero este planteamiento es injusto y reduccionista, por dos motivos: hay otras organizaciones de dinámica similar, menos conocidas o al menos tenidas en cuenta, de presencia semipública y hasta benéfica (rotarios, lions, p. ej.) y hablar de masonería no es decir nada, puesto que existen distintas obediencias y dentro de ellas diversas logias, además de una verosímil diferencia entre los grados jerárquicamente más altos y los miembros de menor rango. Pero para explicar el tema, será pertinente referirse a algunos datos conocidos sobre la masonería, que se podrán extrapolar sin esfuerzo a organizaciones de similar dinámica, en la que lo nuclear es la asociación entre dinámica de larga permanencia, ajena a las circunstancias socio-políticas, y funcionamiento secreto o semisecreto.

En una emisión radiofónica⁴⁰ salió el tema de Mario Conde, un personaje de las finanzas españolas de los años 90 pasados, que acabó en la cárcel por diversos motivos. Este individuo reconoció públicamente ser masón. Dice el comunicador radiofónico que en una ocasión se encontró con él, tras salir de la cárcel, y en el curso de civilizada y hasta cordial conversación, le preguntó: *Tú que eres un reconocido y antiguo masón, ¿puedes confirmarme que hay cardenales masones?* A lo que el financiero respondió: *Si, claro, y muchos.* Tiempo después el mismo periodista preguntó al respecto a un cardenal español, a lo que éste respondió igualmente de modo afirmativo, confirmando que, efectivamente, había cardenales masones y no pocos.

⁴⁰ Emisión *Es la mañana*, 12-4-2016, hacia las 8,20 horas.

Hay que recordar que la masonería, desde hace mucho tiempo, está proclamada como incompatible con el catolicismo y la militancia en esta organización implica la excomunión ipso facto, *latae sententiae*. En febrero ya se difundió, y eso no puede ser casualidad, la carta que el cardenal Ravasi⁴¹ ha hecho pública en el diario masónico italiano *Il sole 24 ore*, con el título de *Queridos hermanos masones*. El mero gesto ya chirría; un cardenal llama *queridos hermanos* a los integrantes de una institución explícitamente excomulgada por la Iglesia. Podía haberles llamado *amigos*, pero lo de hermanos, además de indicar que el mismo cardenal es otro hermano masón, resulta un desafío a la doctrina moral vigente en la Iglesia. Es interesante la reacción del Gran Maestro del *Grande Oriente de Italia*, Stefano Bisi, que reconociendo las diferencias existentes entre masonería y catolicismo, se complace en el deseable comienzo de este modo, de un diálogo esperanzador y constructivo. En todo caso, quizá lo más interesante ha sido la reacción oficial del Vaticano, es decir, del papa: hasta el momento ni media palabra, ni a favor ni en contra de la iniciativa.

Pues bien, con este asunto de la masonería está ocurriendo lo mismo en la Iglesia que en la organización civil de la sociedad. Mantenedos en el secreto más absoluto, que algunos disimulaban llamándolo discreción o sigilo, cuando la penetración es ya tan amplia como la actual, se empiezan a dar pistas explícitas de su existencia y calado real en los ámbitos sociales. Ya no es preciso protegerse con un secreto riguroso, sino que hay que emerger parcialmente, quizá con la intención de intimidar a quienes se oponen al poder subterráneo, no elegido –¡vaya gansada!– por el pueblo soberano. El temor suele ser paralizante.

Muchas conductas públicas o profesionales que aparentemente resultan incomprensibles, se transforman en diáfanas formas de seguir una directriz perfectamente delineada de antemano cuando se une a las personas implicadas no por su origen, trayectoria profesional o adscripción ideológica, sino por vínculos comunes de otra naturaleza. Ignorar que

⁴¹ Infocatólica, 22-2-2016.

la propia actividad o mera existencia puede ser un pequeño obstáculo o molestia para un movimiento de trayectoria desconocida y programa prefijado pero secreto para el común de los ciudadanos, puede resultar un auténtico desastre vital. Y en los tiempos que corren, lo que antaño fue estrictamente secreto por pura autoprotección, puede serlo ahora por mera táctica, con una pequeña diferencia: que actualmente se muestran pequeños indicios, facilitados por los propios asociados en la sombra, probablemente con objeto de intimidar, que tienen la virtud de avisar a algunos y neutralizar a quienes se percatan de la jugada, auténticos sufridores del síndrome de Casandra si lo comunican. Cuando observen que algo aparentemente absurdo está ocurriendo, pero que resulta coherente con decisiones imperativas previas, no tengan duda: hay un nexo lógico; y busquen pacientemente a qué conclusión les lleva tal continuidad. Quizá no podrán evitar el poder impuesto, pero pueden minimizar sus efectos en su propia vida o alejarse a tiempo.

PODER DEL AUTISMO ELECTRÓNICO

Es evidente que este enunciado es impreciso; *autismo* y *electrónico* son términos que se pueden asociar únicamente en función de una condición instrumental, no conceptual. Mas la asociación funcional entre sendas expresiones, puede ser coherente, como se verá. Llamar autismo al mero encierro de la persona en sí misma, no responde al criterio médico ortodoxo, pero sí a una de sus acepciones según la Real Academia: *Repliegue patológico de la personalidad sobre sí misma*. Es decir, exclusión del mundo exterior, el real. De este modo, sería autista prescindir del mundo circundante para replegarse en la vivencia personal y, sobre todo, la percepción estrictamente personal de la realidad; esto puede hacerse por restricción del contacto con el mundo o por selección de las realidades a partir de una experiencia sesgada y reduccionista. Asumimos que una de las fuentes básicas de autismo práctico en la sociedad es el aplastamiento por tecnología electrónica, ciertamente muy variada, de la capacidad de

información y juicio crítico de la persona. Y así, asumiendo una cierta imprecisión terminológica, se aúnan tecnologías diferentes con base electrónica que dan, en su manipulación un efecto común autista. Y esto por dos métodos: la dirección y recorte de la información, dirigida desde los controladores de ésta y el aislamiento de la persona del mundo externo; está claro que solo y parcialmente informado son el binomio del ser manipulable y manipulado.

Televisión

El televisor es, al decir de algunos, el *invitado permanente*, casi universal y metomentado de los hogares. Condiciona en buena medida el ocio y determina en gran parte la información de que se dispone, en la mayoría de la población. Si examinamos la posición de los muebles de la sala de estar de cualquier hogar, veremos cómo la ubicación general está determinada habitualmente por la situación del televisor; este instrumento ha sustituido al papel central del fuego hogareño en la mayoría de las casas, que ya no disponen de este método de cocina, calefacción y núcleo de la convivencia familiar; hogar viene de fuego (*fogar*) y así mantiene su esencia unitiva en el núcleo familiar. En general existe un aparato de televisión en cada casa; a veces hay más, pero suelen estar ubicados en la cocina o el dormitorio, como forma de seguir la emisión televisiva en determinadas situaciones; pueden encontrarse varios aparatos en una misma casa, a disposición de los distintos miembros, lo que únicamente aumenta las consecuencias de la televisión perpetuamente encendida. La única forma de librarse del agobiante y poderoso peso del televisor, es el aislamiento, aunque si la mayoría de los convivientes en un hogar se someten al imperio televisivo, tal aislamiento acaba siendo una auténtica segregación, un cierto destierro dentro del hogar. Y eso no es un detalle menor.

Control de la información. La información de que podemos disponer, especialmente la de la actualidad, puede adquirirse por medio de comunicación directa, prensa escrita digital o de papel, radio o noticieros específicos para grupos o personas. Pero el vehículo más extendido

para obtener información es la televisión. Este medio tiene unas condiciones que lo hacen idóneo para la administración de informaciones a la población general: es de sencilla difusión generalizada, aúna sonido e imagen y puede gozar de la condición de instantaneidad, siempre que el administrador de la información lo juzgue oportuno. Al tiempo produce relajación de la atención, porque la concurrencia de imagen y sonido favorece mucho la captación del mensaje emitido. Pero esa es justamente la condición potencialmente perversa del medio. En efecto, la falta de tensión o atención focalizada a la hora de captar mensajes informativos, hace relativamente permeable al sujeto que la recibe, debilitando su capacidad crítica.

Eso se acentúa por la imagen, que da sensación de verosimilitud a los datos ofrecidos, aunque esto es tan manipulable como la famosa imagen del pájaro impregnado de petróleo en una catástrofe marítima, utilizada para ilustrar engañosamente los efectos de la guerra del Golfo; las imágenes son capaces de asegurar credibilidad incluso de los mensajes más inconsistentes. Por ejemplo, la imagen de un niño sirio migrante muerto en la playa, aparentemente conmocionó al mundo, mientras que las masacres de cientos de miles de africanos en las guerras tribales de hace algunos años no han conmovido muchas conciencias, sencillamente porque no se emitieron o fueron recortadas activamente. El poder de la imagen televisiva es enorme y sirve fundamentalmente para movilizar el factor afectivo del conocimiento; lo menos relacionado con el conocimiento, vamos.

Para valorar adecuadamente el papel de la información televisiva, basta con hacer un sencillo experimento: Hágase ver un documental lleno de imágenes, música, efectos impactantes, sobre cualquier tema neutro, por ejemplo, la estética de la segunda dinastía egipcia; pasadas unas horas, si se hace una serie de preguntas nucleares sobre el tema a quienes han visto el documental, se puede comprobar cómo se ha olvidado mucho más de la mitad de lo expuesto, sencillamente porque la relajación que supone la pasividad en la recepción de información, ha evitado el esfuerzo de fijar los conocimientos que esta implica. Las propias emisoras

de televisión conocen esto perfectamente y es habitual que muchas de las informaciones expuestas en un informativo diario, deban ser repetidas en extracto al final de su emisión, lo que es un modo de refuerzo de lo emitido, que suele ser selectivo para informaciones que la cadena emisora considera prioritarias para su interés partidista o la importancia informativa general. No es ocioso repetir esto, cuando sabemos que determinadas formaciones políticas dirigen la fuente principal de su propaganda a través del medio televisivo, a través de programas presuntamente informativos o de aparente debate libre; además, los adeptos a tales formaciones suelen ser asiduos de programas o cadenas concretísimas, sin variar su fuente informativa.

Control del ocio y la convivencia. Puesto que la imagen con comentarios, que eso es la televisión (tele-VISIÓN), requiere mínimo esfuerzo de atención y además es posible seleccionar el programa que se desea ver, la asociación entre tiempo de ocio y televisión es algo natural. Así, se puede influir de forma muy importante y generalmente imperceptible en el telespectador, es decir, la mayoría de la población, aprovechando tal asociación. Lo más evidente es que la reiterada exposición televisiva, acaba imponiendo gustos y tendencias, de modo que se produce una inevitable uniformización de criterios en la población, de difícil control por el espectador, que solo un espíritu crítico o el alejamiento del medio pueden evitar: en situación de relajación, los mensajes sencillos sobre formas, que llevan siempre al fondo, penetran holgadamente en la subconsciencia.

Además, la atención a la televisión tiene un efecto perverso, cuando se extiende a la mayor parte del tiempo de ocio: bloquea la posibilidad de leer, charlar, escuchar música o practicar alguna afición constructiva. Y eso es empobrecedor, por lo que se elimina y porque lo que lo sustituye es impuesto y programado con proyectos uniformizadores y generalmente alejados de la excelencia. La gratificación sin esfuerzo tiene como contrapartida la uniformización por niveles bajos, puesto que es difícil y antieconómico producir programas que llenen el ocio con calidad estética y cultural. Además bloquea la vida de ocio más productiva, como la lectura

o la convivencia, con o sin música. Esta es una forma muy eficaz de producir súbditos sumisos, porque el ocio acaba ocupando la mayor parte del espacio que no se destina al trabajo y de este modo resulta sencillo controlar gustos y tendencias de la población mayoritaria.

A todo ello hay que sumar el efecto modulador de la programación, que más que responder a las demandas del público, las orienta. Las emisiones de mañana, para personas que permanecen en el hogar, haciendo divulgaciones inconsistentes y programitas de bajo nivel, dan la pauta bajuna a la que atenerse; los informativos señalan los hitos de la actividad laboral y doméstica; los tiempos de descanso, con series, películas y magazines, diluyen la atención y la interacción familiar; incluso se programan películas de contenido erótico en fines de semana y horarios *ad hoc*, de modo que hasta el ayuntamiento sexual es favorecido en un tiempo y horario determinado. Y eso con el agravante de que, como todo en la vida social, suele haber elementos dominantes en el ámbito familiar, que pasan de *ser reyes del mambo* a *reyes del mando* (a distancia, claro).

Teléfono móvil

Para valorar su impacto en la vida cotidiana, basta con seguir (discreetamente, para evitar problemas) a una persona joven por la calle o hacer una atenta observación de las personas que se sientan en una cafetería a tomar un refrigerio. Se observa cómo la mayoría de los jóvenes requieren de forma compulsiva, a intervalos breves, el teléfono móvil, creando en la mente del observador la incógnita de qué diantres se puede estar comunicando o escuchando casi ininterrumpidamente. Los adultos en fase de reposo relativo, tienen una conducta similar, no menos compulsiva, aunque modulada en el gesto; además alternan la escucha, el habla y la continua consulta de datos a través de la pantalla. A eso hay que añadir que el empleo del teléfono móvil es ya la primera causa de pérdida de horas de sueño de los jóvenes, que tardan en dormirse porque dialogan con compañeros o consultan datos.

Dependencia. Los efectos negativos para la salud son evidentes, porque se produce una suerte de alertamiento continuo, que eleva el tono arterial y produce excitación continua. A eso hay que añadir que el exceso de radiación luminosa azul de las pantallas dificulta la conciliación del sueño. Al tiempo se produce otro efecto importante, que es la sensación artificial de compañía continua: no hay nada real que comunicar, salvo el estar ahí, mitigando la sensación de soledad; al tiempo se produce dependencia de la compañía, que impide la reflexión. Y el efecto no menos importante de dependencia de un medio tecnológico para hacerlo. Y también ocurre un acostumbramiento a la obediencia ciega; una gran parte de las personas no son capaces de posponer la apertura del móvil cuando han recibido un aviso de llegada de correos o mensajes y acaban siendo incondicionalmente esclavos de una mera máquina, que normalmente transmite mensajes insulsos o perfectamente prescindibles.

Redes sociales. Un factor perverso adicional es el de las denominadas redes sociales. La compulsión de comunicar de inmediato opiniones o noticias a los demás y de seguir las ajenas, trivializa la vivencia de reflexiones y anula la espera como método instrumental para adquirir conocimientos que maticen lo conocido. Así, la red social se transforma a menudo en una auténtica maraña, poblada de insensateces que, por su insistencia, acaban formando opinión. El empleo perverso de las redes sociales (que han pasado a categoría, como observamos al magnificar la entidad de estos vehículos: por ejemplo, *como se ve en redes sociales*, sustituyendo a *las redes sociales*) se utiliza intencionadamente en muchas ocasiones para movilizaciones de masas (*¡pásalo!*) con diversos fines. A ello hay que añadir la vulnerabilidad de las personas que emplean estas redes para lanzar información sobre sí mismas, a menudo a receptores desconocidos, que pueden emplearla con malos fines. Además, el latido de las redes sociales es una importante fuente de conocimiento de la realidad social para quienes estudian los datos que se transmiten y también de pautas de modificación de conducta y opinión, siguiendo en tiempo real la repercusión de determinadas informaciones que matizan o modifican los mensajes lanzados.

Controladores. Sin llegar al asunto de las redes sociales, el teléfono móvil es uno de los instrumentos más útiles para quienes controlan la sociedad, porque da continuos datos de las interacciones sociales, los temas de interés que se abordan y hasta la localización física. Todos esos datos son aprovechados por quienes los controlan, obteniendo así un perfil completísimo de la sociedad y, lo que es aún peor, de la persona que emplea el teléfono. No es paranoia constatar que tras la búsqueda de una dirección de hotel, por ejemplo, por medio de un buscador específico, antes de hacer un viaje, llegan al propio correo, sin que haya mediado advertencia alguna de que los datos pueden ser utilizados, anuncios de hoteles en la ciudad sobre la que se ha consultado y a veces hasta de restaurantes.

Ordenador

En principio un ordenador es un *ordenado*: hace lo que se le manda. Pero se sabe desde hace mucho tiempo que los ordenadores domésticos tienen como destino fundamental el ocio, el juego, la pérdida de tiempo con apariencia de estar aprovechándolo, por ejemplo siguiendo de forma acrítica una cadena de búsqueda en un buscador. Así, consultando algo que podría encontrarse con facilidad en un libro, se acaba derivando en una búsqueda encadenada de temas que alejan al consultante cada vez más de su inicial objetivo, para sumirlo en una sucesión de datos que no necesita pero hacia los que siente atracción según va abriendo páginas.

Buscadores. La búsqueda de datos es una inagotable fuente de datos para los controladores de la sociedad, exactamente igual que ocurre con las búsquedas por teléfono, pero muy ampliada en posibilidades; el propio buscador acaba teniendo un perfil completísimo del usuario, que de este modo es caracterizado desde todos los puntos de vista. Cada vez que damos informaciones no explícitas (el usuario no dice que es un apasionado de los libros de viajes, por ejemplo, pero su perfil de búsqueda así lo demuestra) nos hacemos vulnerables a los controladores. Cada vez

que buscamos informaciones sobre determinados temas, mostramos claramente nuestras preferencias o aversiones y eso se puede emplear de muchas formas; a favor de la propia libertad seguro que no.

Excusa tecnológica. Pero hay otro aspecto muy importante del empleo inadecuado o abusivo del ordenador: el *aislamiento tecnológico*. Hay muchas personas que atribuyen una presunta función educadora del ordenador cuando se dedican durante horas a juegos electrónicos, publicitados como preservadores de la memoria o facilitadores de la agilidad mental; realmente tienen la misma utilidad que los videojuegos, es decir, perder miserablemente el tiempo, abstrayéndose de la realidad y de cualquier forma de pensamiento. Un jueguecito de estos no deteriora el cerebro, pero su utilización sistemática, durante largo tiempo, anquilosa la máquina de pensar. Hay personas incapaces de hacer un solitario con las cartas de una baraja, que realizan lo mismo con el ordenador; les parece que ocupación tan insensata se hace respetable cuando es ejecutada a través de una máquina sofisticada. Prescindir del mundo real es el efecto más perverso del empleo masivo, incontrolado, del ordenador, para funciones que no sean las previstas para el instrumento como máquina de calcular, obtener información de interés o realizar diversos trabajos.

Páginas destructivas. Por fin, no se puede olvidar la función destructiva que es mediada por el ordenador cuando se accede de modo incontrolado a información delictiva o impropia para la edad del usuario. La pequeña ventana a un mundo perverso es instrumento de destrucción de la persona y la sociedad. Se dirá que la culpa no es del instrumento, lo que resulta evidente. Pero sin tal instrumento (habrá que recalcar lo de *instrumento*) el acceso a informaciones manipuladoras, redes delictivas o afiliación a grupos de actividad inmoral o destructiva, no sería posible. Y en este caso, el segmento de población más vulnerable es la juventud. Así, con el pretexto de la privacidad, la pantalla del ordenador es la ventana por donde sale de la normal convivencia social el joven que se pretende suficientemente independiente y libre para actuar por su cuenta; lo que no ocurre habitualmente, porque otros son los que controlan, con la fascinación y facilidades del medio, la vida del incauto.



ARGUCIAS DEL
CONTRAPODER

EMPUJAN Y EMPUJAN

Todo lo dicho es sabido, aunque no se haya expuesto sistemáticamente. Pero el asunto es que cuando se acaba por conocer no sirve para nada; es el peine que la vida regala cuando ya estás calvo; está desarrollándose delante de nuestros ojos y sin embargo se ignora o simplemente soslaya por la mayoría de la población. Y con frecuencia se oculta activamente. La labor de zapa de muchos años, en que las libertades de la persona se han ido recortando de forma progresiva, poco perceptible por los pequeños pasos de avance implacable, controlando lo que cada uno gasta y en qué, o consulta por internet, o a dónde viaja, o qué círculo de amigos y conocidos tiene, además de limitando salvajemente la capacidad adquisitiva, y por tanto de elegir, ha obrado el milagro biológico que en conductismo, aplicado a ratas, se conoce como *neurosis experimental*. Consiste en que una instrucción que no se comprende—la incompreensión se programa mediante la falta de conocimientos y la perversión en el lenguaje, su manipulación—o que si se sigue de una reacción de cualquier tipo puede producir una sanción positiva o negativa o ninguna respuesta por parte del poder, tiene como consecuencia más habitual la inmovilidad, no hacer nada; Burrhus Ferdinand Skinner descubrió este interesante fenómeno en las ratas, y políticos de todo jaez se apresuraron a aplicarlo a sus súbditos. Y para no hacer nada, el método más simple es negarse a reflexionar sobre lo que ocurre, *lo que me ocurre, lo que me hacen*. En suma, transformar la sociedad en un agregado de individuos, no en un conjunto de personas estructurado, vivo y con dinámica propia, lenta o rápida o más o menos acertada, pero potenciadora de la autenticidad y peculiaridades de quienes la integran.

Una sociedad libre y autopromocionada es insufrible para todo tipo de poder, porque no es manejable. Resulta sencillo evitar que las personas hagan algo mediante un sistema de castigos dirigido desde el poder, como se ha demostrado a lo largo de la historia, singularmente en los regímenes que se han proclamado defensores a ultranza de la libertad. Aunque en esto hay algunas matizaciones. Por ejemplo, Fernando de los Ríos Urruti, ministro de la Segunda República Española y catedrático de derecho, relató en su olvidado libro *Mi viaje a la Rusia soviética*⁴², síntesis de una comisión exploratoria para la adhesión del PSOE a la Tercera Internacional Socialista, algo de una larga entrevista con Lenin. Entre otras perlas está su pregunta al dictador sobre la ausente libertad de su pueblo, a lo que el camarada respondió: *¿Libertad? ¿Para qué quiere el pueblo la libertad?* A partir de presupuestos ideológicos idénticos o afines y con frecuencia contrapuestos, muchos poderosos harían la misma pregunta retórica: *¿Para qué quieren las personas la libertad?* La respuesta obvia es: *¿Y a usted, qué le importa?*

Pero el sistema de castigos tiene un fallo y es que mientras que puede evitar que se actúe de un determinado modo, no favorece un cambio de conducta que construya según los designios del poder. Hay un ejemplo extremo y suficientemente alejado de nosotros, por el momento, en lo que acontece en Corea del Norte, gobernada por una dictadura comunista hereditaria, en la que la disidencia se castiga con absoluta arbitrariedad y crueldad: un comentario despectivo sobre el régimen puede suponer el encarcelamiento *reeducador* durante veinte años o, como ocurrió con un ministro que se durmió durante un desfile militar, el fusilamiento mediante disparos de un cañón antiaéreo. Por supuesto, la población está obligada permanentemente, en un auténtico delirio orwelliano, a pensar en la guerra contra un enemigo exterior, mediante continuas alarmas que se producen desde el poder. Durante los funerales del padre del actual dictador, todos los habitantes estaban obligados a asistir al desfile funerar y además debían llorar ostentosamente; la reacción de la gente era

⁴² F. de los Ríos. *Mi viaje a la Rusia soviética*. Alianza, Madrid. 1970.

recogida por numerosas cámaras y luego analizada cuidadosamente, de modo que si se detectaba a alguien que no lloraba, éste era localizado, detenido y enviado a un campo de *reeducación* para eliminar el atisbo de individualidad en la persona.

Por supuesto, un gesto único y obligatorio, una información única y obligatoria, un enemigo exterior siempre presto a la invasión y una continua vigilancia indetectable, acaban produciendo seres humanos casi clónicos, con un mismo modo de pensamiento y acción⁴³. Manejar una sociedad así es tan simple como controlar un rebaño de ovejas con la ayuda de un único perro pastor: la oveja, sumisa y débil, se dejará llevar por el camino que quiera el pastor y únicamente saldrá de él si pierde pié y cae al barranco o si es la muesa que en un momento de distracción queda rezagada, perdiéndose; por eso es tan importante mantener la atención del rebaño sin ningún descuido. Este es el ideal del poder, de todo poder que se ejerce sin mecanismos eficaces de control.

El poder ejercido *desde arriba* se mueve con la misma dinámica que el que nos rodea por todas partes; el poder de quien está al lado resultará igualmente destructivo y además, como nos resulta familiar, se camufla en la cotidianeidad, impidiendo la autodefensa en buena parte. Para ese poder es precisa una contraofensiva férrea, basada en el conocimiento de cómo funciona.

Probablemente si supiéramos con qué fuerza real y con qué extensión nos controlan los poderes, nos apearíamos del planeta de forma inmediata; la ignorancia y el injustificable optimismo son ayuda decisiva para la supervivencia⁴⁴. Creer que alguno de nuestros sentimientos, pensamientos o conocimientos de la realidad, corresponden a la verdad objetiva y completa, es otra trampa anestésica que suaviza la amarga tarea de vivir.

⁴³ Cf. J. Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, parte 2, 4.

⁴⁴ El *Morias enkomion* o *Elogio de la estulticia* de Erasmo de Rotterdam, lo explica con sabias palabras.

RECETARIO PRÁCTICO

Se intentará plasmar en breves sentencias algo de lo que se ha comentado anteriormente por extenso. Algunos grandes acontecimientos poderosos han hecho que las cosas sean de un modo y no de otro, atrápanonos en medio. Renunciamos a comentar tales hitos del poder de gran magnitud, porque se pueden encontrar en las bibliotecas o hemerotecas y porque nada podemos hacer para sustraernos a su acción, pero no porque se ignoren. Todos ellos han sido impuestos por diversos métodos y resulta prácticamente imposible sustraerse a sus efectos, que aún solo vemos parcialmente. Pero el poder cotidiano de las mil caras, sí que se puede, si se permite la expresión, torear en bastantes ocasiones. A eso nos aplicamos aquí.

Gobierno de la sociedad

- Cuando le hablen de un gobernante totalmente sincero y moralmente ejemplar, probablemente le están manipulando. La actividad de gobierno –decía un viejo político– es como una fábrica de salchichas: más vale no visitarla por dentro. Aunque hay excepciones, como en todo fenómeno estadístico.
- El poder es una pasión, no un servicio. Cuando la pasión se supedita a un objetivo altruista, se llama vocación de autoridad. De otro modo es puro dominio.
- Los políticos que se quejan de su escasa remuneración, pretenden que olvidemos que están en sus funciones porque lo han querido. Quien se sienta mal pagado busque un trabajo digno de su valía en lugar de procurarse ganancias ilícitas al amparo de su autoridad.
- Decía don Pío Baroja, hablando sobre los españoles y el saber, que de las siete clases de ciudadanos según ese criterio, hay una, que es la de quienes viven gracias a que los demás no saben; añadía que a estos se les llama políticos y a veces hasta intelectuales. Quizá don Pío era muy benigno; Chomsky es más descarnado.

- Cuando digan elogiosamente de un dirigente, *no nos lo merecemos*, seguramente no es así: lo merecemos por imbéciles y crédulos. En el caso de que haya sido elegido, claro.
- Ni una sola de las utopías que se han propuesto para la armoniosa convivencia social, respeta la libertad de la persona. De Platón a Huxley, pasando por Campanella y Bacon.
- Sin sentimientos la vida es árida; con exceso de sentimientos, falsa. No permita que le controlen manipulando sus sentimientos. Y sus rencores. Y la información sesgada que le ofrecen para motivarle.
- A la hora de pagar o de arriesgar, corresponsables; a la de decidir, diferenciados: políticos o eclesiásticos.
- Si nos han mentido tantas veces ¿por qué motivo tendríamos que creerles ahora?

Relaciones eclesiales

- La lengua que se desliza sigilosa y reiteradamente en un círculo de poder eclesiástico, es más mortífera que veneno de serpiente mapanare.
- Palabras suaves, recursos a la autoridad moral, a la ley divina y eclesiástica; si no hay acuerdo, Inquisición y punto. Como siempre, pero con pequeñas variaciones formales.
- Hablillas reiteradas y de apariencia intrascendente, junto con trato amable y obsequioso, son las armas de las harpías de sacristía. Acaban controlando toda la parroquia.
- Cuando insisten en que todos somos iguales, quieren decir que todos somos iguales menos quienes deciden quiénes somos iguales. Y quiénes lo deciden, ya se sabe.
- Las acciones benéficas de las Iglesias son consecuencia de una actitud ante la vida, no su esencia. Las obras atestiguan lo que se cree y lo que se cree se traduce en obras. No es auténtica una Iglesia solo por obras que puede hacer cualquier organización benéfica, sino por la comunidad en la creencia; las obras son consecuencia.

Relaciones interpersonales

- Quien afecta papeles de humildad, pretende darle órdenes. Búrlese un poco de él y verá por la reacción su verdadera naturaleza.
- No permita que la envidia entre en su corazón, porque acabará siendo despreciable y buscando el mal para el prójimo. Y pasará al lado oscuro del poder. Y además no conseguirá tener poder.
- Procure no alabar en público a nadie ni denigrarlo; se pone a sí mismo trampas que alguien que le oiga podrá activar en el momento oportuno. Y no dude de que lo hará.
- Rechace consejo que no pida y ayuda que no solicite; probablemente le están utilizando. Todo lo valioso tiene un precio; al menos el de la petición de ayuda.
- La mayoría de las peleas en el reino animal, al que pertenecemos, se ganan o pierden en el desafío, sin llegar al combate. Valore si está ante puro gesto o hay contenido real y retírese a tiempo o defiéndase sin vacilación.
- Conozca todo lo posible de su futuro adversario (compañero de trabajo, conmlitón, superior) y evite en lo posible que él le conozca aún en los menores detalles. Son las rendijas de la armadura por las que introducirá la daga con la que le someterá.
- Cuando discuta por escrito con alguien, dirija mentalmente el oficio al juez que puede leerlo, más que al destinatario físico. Además eso le ayudará a ser preciso en el lenguaje.
- Si desprecia vehementemente a alguien, procure no mirarle a los ojos; él recibirá el mensaje. Y devolverá la afrenta antes o después.
- Rostro sin una sola arruga, mentira segura. La vida produce expresión y si ésta no queda impresa, es por un controlado y continuo disimulo.
- Quien nunca se enfada, o es imbécil o aguarda su oportunidad.
- No se deje adular; no adule. Son caminos que llevan a la manipulación propia y ajena, al poder sobre nosotros.

- Rechace ser vengativo, pero aléjese del traidor y de su recuerdo. Así también ahuyentará la tentación de avivar la venganza.
- Llame a las cosas por su nombre y ahuyentará a la mayoría de los parásitos y depredadores. La verdad suele resultar difícil de soportar.
- Cuando el antagonista busca su compañía, o pretende un beneficio propio o hacerle daño: aléjese de él, porque siempre saldrá perdiendo.
- Modere el impacto de la primera impresión sobre alguien con el transcurso de los años y la constancia de los hechos, pero no la deseche nunca. Casi siempre comprobará que fue certera.
- El hábito no hace al monje, pero cada monje lleva el suyo. Nos expresamos, en general, tal como somos, por acción o por omisión. Y eso es una forma de autorevelación muy eficaz. Que hay que dosificar y manejar sabiamente.
- Quien sea capaz de explicarle completamente cómo es la vida, le está mintiendo. Ni la visión más providencialista puede hacer tal cosa.

Servicio

- Cuando le ofrezcan algo gratis y sin contrapartida, huya a toda velocidad: le van a cobrar en sangre.
- El patriotismo a ultranza es el último recurso de los canallas. La realidad es que les suele salir bastante a cuenta. La patria se practica día a día, no se utiliza como excusa.
- Si no quiere que le odien, no haga grandes favores. Quien se sienta en deuda hará en la mayoría de los casos –no siempre, afortunadamente– auténticos esfuerzos para odiarle y cancelar de este modo su deuda. Y el autor del beneficio sufrirá las consecuencias.
- Servir, ayudar, colaborar, son actividades buenas para la sociedad y que dignifican como persona, sea cual sea el motivo o creencia. Pero recuerde siempre al caballo de La Granja de Orwell y no lo imite. Y si no ha leído el librito, ya va siendo hora de que lo haga.

Trabajo

- Su empleador no le debe nada; paga a cambio de su trabajo. Usted no le debe nada; cobra por el trabajo realizado. No tiene por qué mantener vínculos afectivos con él. La experiencia muestra que no valemos más que nuestro peso en productividad y además con precio devaluado.
- Cuando compruebe que le pagan insuficientemente por su trabajo y al quejarse respondan que, sin embargo, es muy importante para la empresa o la patria o lo que sea, le están esclavizando por medio del halago. El trabajo importante se paga en proporción, siempre y en todo lugar.
- Al reclamar no gesticule; ordene sus pensamientos y expréselos con claridad. Y si es preciso, grábelos también. En las relaciones laborales el alma no suele estar invitada a las reuniones ni las decisiones.
- La sociedad remunera el esfuerzo y la responsabilidad mediante honores y condecoraciones públicas, mediante un pago proporcionado y mediante un trato distinguido y diferenciado. Si no lo hacen así con usted, digan lo que digan, se le considera irrelevante.
- Cuando anuncie su abandono de una responsabilidad o un trabajo y le digan que espere, que reflexione, que las cosas no son como parecen, sencillamente están ganando tiempo para encontrar un sustituto.

Voto

- Si el voto fuese decisivo para la sociedad, estaría prohibido. El voto es el prerrequisito para que las oligarquías de todo tipo tomen decisiones según sus intereses, con la coartada de la voluntad popular. Si no es posible controlar la ejecución de lo prometido en un programa, la voluntad democrática carece de valor decisorio real.
- La causa principal del ejercicio del voto es la soberbia; muchas personas creen que su voto es importante y, lo peor, que será respetado por el poder. La tozuda realidad demuestra que el voto es más bien un cheque en blanco y a menudo no pagadero al nombre al que se extendió.

- Confiar en quien le pide el voto es un ejercicio de ciega entrega movido por una elaborada campaña de imagen. Puede votar por distintos motivos (convicción, necesidad de echar a alguien, situación, enfado...), pero por confianza en el candidato, nunca. Hacia nadie. La naturaleza humana no mejora si aparece plasmada en un cartel electoral.
- Ante la duda, opte siempre por un buen comerciante; las promesas solo tienen precio, y muy alto, para quien confía en ellas; el buen comerciante ofrece una mercancía a cambio de un precio y cumple lo pactado. Si no lo hace, déjelo fuera de sus tratos para siempre.

Igualitarismo

- Quien dice que todos somos iguales, no solo miente sino que además pretende igualarle con quienes dependen de él. Ni las hormigas son todas iguales.
- La palabra es el gran igualador de la sociedad. Es preciso aspirar a la excelencia de todos, porque las jergas suburbiales condenan a la esclavitud a sus usuarios. Palabra correcta, sintaxis adecuada, son condiciones para pensamiento constructivo y positivo. Renunciar a esto es condenarse en vida.
- En el juego no solo se participa; se gana y se pierde. Decir lo contrario es justificar la resignación. La competición beneficia únicamente a los ganadores y a los organizadores; *lo importante es participar* es la consigna de la oveja.
- Democracia sinónimo de igualitarismo, es una ecuación absurda. La democracia en sentido de poder compartido o al menos participativo, es por definición desigual. Otra cosa es que el alarido de la masa, en el sentido orteguiano, reclamando como indiscutible su poder, sea abrumador y se oiga a gran distancia.
- La palabra es reveladora. Sencillo y zafio no son sinónimos, como no son humilde y sometido, pobre y austero, optimista y despreocupado. La mayor ambición de la masa es que todos sean masa.

- Igualar a todos implica necesariamente cercenar las cabezas más altas; eso es desastroso para la entera sociedad. Y para los decapitados.
- La envidia es un gran motor de nuestros tristes tiempos: si no puedo ser alguien superior por mis saberes o por mis cualidades, que nadie lo sea.
- Soy tan importante como tú; valgo lo mismo que tú. Afirmaciones tan necias como repetidas. Solo somos iguales en dignidad como personas (ya a veces incluso esto parece una exageración).



Jesús les dijo: ya sabéis cómo los que en las naciones son considerados como príncipes las dominan con mando, y sus grandes ejercen poder sobre ellas. No ha de ser así entre vosotros; antes, si alguno de vosotros quiere ser grande, sea vuestro servidor; y el que de vosotros quiera ser el primero, sea servidor de todos... (Mc 10, 42–44). Se anotan estas expresiones del evangelio de Marcos sabiendo perfectamente que los lectores no son únicamente personas creyentes; probablemente la mayoría no lo son. Pero merece la pena seguir el hilo de la expresión de Jesús para entender un poco más el asunto del poder.

En primer lugar el rabbi Jesús parte de un principio que da por bien sabido: Quienes mandan, se imponen y lo hacen por la fuerza, con imperio. Todos los oyentes –*ya sabéis*– asumen que el poder es algo impuesto en la sociedad y no un sistema de coordinación, acuerdo, compromiso global o asamblea de consenso. ¿Cómo se llegó a eso a partir del sencillo hombre primitivo, naturalmente pacífico y bueno, como dice el ingenuo o cínico de Rousseau? Parece verosímil que la creciente complejidad de la sociedad hiciera necesaria la organización y además la especialización, y que los especializados en organizar, en administrar los bienes comunes, acabasen, por esa mala costumbre, que debe de ser muy humana, de aprovecharse de la situación y además quedarse con parte de lo administrado, y así organizaran según su criterio a los administrados y acabaran transmitiendo las riquezas y las habilidades de dirección a los descendientes. Marvin Harris lo explica mucho mejor⁴⁵, pero el hecho es que la

⁴⁵ M. Harris. *Introducción a la antropología general* (6ª ed. rev.). Alianza, Madrid. 1998, pp. 479-505.

reverencia de que se revisten todas las realezas y noblezas del mundo, sin excepción alguna, empezó en tiempos remotos –o quizá menos remotos– por alguien que se excedió en el mando y en el robo; eso dicen los que de esto saben y la pura y simple historia.

Pues la cosa es que la violencia de diversos grados –violencia es obligar a la fuerza a hacer algo o someterse a alguien– es la forma descarnada del poder y su máquina de autosustentación. Al cabo, el poder se explica por sí mismo: *existo porque puedo; seguiré existiendo mientras no haya otro más fuerte que yo, que me sustituya*. Y con esa dinámica no vamos a ninguna parte.

La segunda parte del mensaje del rabbi Jesús es más interesante. Se dirige a todas las personas que le quieran escuchar: *No ha de ser así entre vosotros*. No hagan lo mismo, no cambien la condición del semejante por la de inferior, sometido, esclavo. Y el método que propone es muy sencillo: el servicio. Servicio recíproco, porque de otro modo el que sirve se transforma a su vez en esclavo y ya la hemos vuelto a liar. Servir es ayudar, corregir, organizar, mandar a menudo, planificar, realizar un trabajo físico, acompañar en un dolor, bailar con alguien, charlar de temas importantes o intrascendentes, cantar en una reunión, predecir el tiempo, traducir la carta de un restaurante extranjero a los acompañantes, mandar a la cama a los chicos que quieren seguir levantados, rascarle la espalda a tu mujer... Limpieza de intención y ejecución, librarán al mundo del poder.

Pero como lo más probable es que no todo el mundo esté muy de acuerdo con esto, al menos hagamos algo en la medida de nuestras posibilidades, impidiendo que el poder dirija nuestras acciones y al mismo tiempo nuestras vidas. Para eso son necesarias dos condiciones: Rectitud de intención y mirada alerta. Y siempre grandes dosis de sentido común. Para el poder, que es al cabo un ataque a la libertad, el mayor daño es que se note quién lo ejerce de forma abusiva y quién se defiende eficazmente de él.

Y en todo caso pensemos siempre que los grandes movimientos que implican a la macroeconomía, a las grandes relaciones diplomáticas, a las derivas eclesiales de largo alcance, a los convenios entre partidos políticos y grupos económicos, en fin, todo aquello que nos condiciona de forma absolutamente incontrolable como personas, no son realmente accesibles ni siquiera a la información. No sabemos qué hacen con nuestra sociedad ni cómo lo hacen y tampoco qué se ha planificado para su evolución. Sabemos perfectamente que todo eso es real, pero no podemos influir en el poder sin formar parte de él. Y somos parte de la sociedad.

Y si estamos comentando esto es sencillamente porque no somos poder; el poder no se muestra avisando o preguntando, sino atemorizando o dando indicios de que existe, para mayor refuerzo de su esencia. Si conociésemos la realidad de cómo nos determinan, controlan y manipulan, la vida ya no sería difícil sino insufrible, insoportable; creer que tenemos capacidad de controlar lo fundamental de nuestras vidas, especialmente en el ámbito de la dimensión social, es de una ingenuidad que raya en la idiotez. Contemos con todo eso y procuremos que el poder no nos controle al menos en el estrecho ámbito en el que podamos neutralizarlo. Es el escaso margen de libertad que nos queda y por pura dignidad humana, por autoestima, no podemos renunciar a ello.

Resta añadir dos consideraciones finales que se desprenden por sí solas de lo ya dicho. La primera es que un poder con mayúsculas, que condiciona a toda la sociedad sin posibilidad práctica de defensa, puede llegar a veces a ser, en los países de nuestra órbita social naturalmente, menos dañino que el cúmulo de poderes con minúsculas, que nos modelan y domestican de forma a menudo imperceptible o al menos no tan escandalosa como para generar una reacción de defensa inmediata y eficaz. Los pequeños poderes se transforman en grandes cuando van minando a la persona, ahuecándola, como esas galerías que los invasores conejos van excavando en taludes de carretera o bases de ferrocarril, hasta que un mínimo sobrepeso acaba por derrumbar la vía superior. La segunda es que, por diferentes motivos, a veces es difícil resistir al poder de menor

cuantía, porque el esfuerzo que ello supone puede comprometer incluso la propia vida, destruir totalmente la convivencia familiar, condenar al ostracismo irreversible, etc. En esos casos, al menos intentemos mantener una actitud de rebeldía continua, de detección y rechazo de los poderes que nos intentan controlar; es seguro que eso contribuirá a acortarnos un poco la vida, pero al menos tendrá la virtud de que la vivida será un poco más auténtica, menos ilusoria, más consciente.

Hasta las fieras salvajes olvidan su valor si se las mantiene en cautividad.

Tácito, *Historias*, 4, 64

